



PASCAL BRUCKNER

Un buen hijo

Traducción de Lluís Maria Todó

Introducción de Juan Manuel Bonet



IMPEDIMENTA

Un buen hijo



Pascal Bruckner

Traducción del francés a cargo de
Lluís Maria Todó

Introducción de
Juan Manuel Bonet



IMPEDIMENTA

Introducción

Una «quest» terrible

por Juan Manuel Bonet

Aficionado a las «quests» en torno a todo tipo de personajes, he leído unas cuantas referidas a padres cuyos hijos, víctimas del «siglo de siglas», querían indagar en el pasado, más o menos turbio según los casos, en que se habían visto envueltos debido a sus progenitores. Todavía no he leído el libro de Niklas Frank, el hijo del verdugo de Polonia durante la Segunda Guerra Mundial, Hans Frank, que sale en *Kaputt*, de Curzio Malaparte, sobre fondo del Wawel cracoviense, donde estaba su siniestra corte. Me imagino que esa búsqueda de *Der Vater* debe de ser un libro terrible. En el mismo contexto nazi, ciertas familias se dividen: la siniestra Gudrun Burwitz, una de las dos hijas de Himmler, está entregada al culto a su según ella encantador padre, culto contra el cual está movilizadora en cambio Katrin Himmler, sobrina nieta del artífice de la Solución Final. Pero, aunque verán que a la postre no vamos a salir del mundo germánico, en el caso de Francia tengo ya una pequeña biblioteca de «quests» filiales de *collabos* más o menos ilustres y más o menos *encombrants* (incómodos, que ocupan demasiado sitio) según los casos. En ella figuran *La Guerre à neuf ans* (1971) y *Le Nain jaune* (1978), de Pascal Jardin, agrídulces retratos de su padre, Jean Jardin, la eminencia gris de Pierre Laval, a los cuales en fecha mucho más reciente se ha venido a añadir la evocación bastante más al vitriolo, *Des Gens très bien* (2011), firmada por el nieto, Alexandre Jardin; *Les Lauriers du lac de Constance* (1974) y otros dos títulos de inspiración similar de una Marie Chaix obsesionada por su padre, Albert Beugras, una de las figuras más duras del siniestrísimo PPF; *L'ombre d'un père* (1978), el libro sobre Jean-Pierre Maxence de su hijo Jean-Luc; volviendo al PPF, el de Dominique Fernandez sobre un Ramón Fernández, al cual convierte sencillamente en *Ramon* (2008), sin acento, pese a la ascendencia mexicana del *pater familias*; y,

naturalmente, *Un pedigree* (2005) y otros títulos del gran Patrick Modiano, que también en esto ha sido precursor, aunque solo sea a partir del título que acabo de citar que hemos sabido a ciencia cierta quién era Albert Modiano. No he leído en cambio los dos libros de Dominique Jamet sobre su padre, el periodista Claude Jamet. Tampoco las memorias del dibujante de cómics Philippe Druillet, en las cuales revela la historia del suyo, Victor Druillet, dirigente de la Milice, cuyo destino, tras pasar por Sigmaringen, sería, como el de tantos otros, español.

Pascal Bruckner (París, 1948), conocido sobre todo como uno de los más brillantes ensayistas de su generación, solo o con su «hermano de tinta» Alain Finkielkraut (*Le Nouveau Désordre amoureux*, 1977, traducido a nuestro idioma dos años después), también es autor de una obra narrativa importante y ya relativamente extensa, en la cual cabe destacar títulos como *Lunes de fiel* (1981), que inspiró la película de Roman Polanski *Bitter Moon* (1992), o *L'amour du prochain* (2005), con páginas dignas de Georges Bataille, y parecida mezcla de autobiografía y ficción. Su último libro por el momento, *Un bon fils* (2014), que ahora se traduce al castellano, presenta la particularidad notable de consistir en la descarnada «quest» de un padre del cual hasta ahora nadie había oído hablar, ingeniero de minas, antisemita y filonazi. Fallecido dos años antes, este padre sin notoriedad alguna era el secreto mejor guardado por el escritor. Entre 1942 y 1945, René Bruckner trabajó en Alemania y Austria para una empresa importante dentro del complejo militar nazi: la Siemens. No fue un trabajador del STO (Servicio de Trabajo Obligatorio) como lo fueron Georges Brassens o su tocayo Georges Marchais, sino una pieza bastante más relevante de un engranaje en el cual creía, compartiendo el sueño de una Europa alemana, y dejando incluso —es el hijo quien lo señala— alguna constancia de ello en la prensa de la época. Tras la contienda, haciéndose pasar precisamente por una víctima del STO, logró escabullirse, y no ser inquietado jamás. De aquellos años conservaría una gran nostalgia —fue el tiempo, llegará a decir, más feliz de su vida—, y un amor enfermizo por lo germánico —su familia tenía raíces al otro lado del Rin— que intentará transmitir, sin éxito, a su hijo. La rememoración por parte de este, en el fundamental capítulo «Lo detestable y lo maravilloso», de varias estancias en la Austria de la posguerra, es una mezcla de encantamiento —la primera montaña de este futuro frecuentador de un sanatorio suizo, y gran enamorado siempre de los picos y de los pinos—, y de

descubrimiento del horror —y de la voluntad de revancha— que latía bajo la aparente normalidad de una tierra de cánticos y de velas en la noche de los cementerios, que era precisamente aquella —lo aprenderá el narrador años después— donde, en el momento de la derrota de su ídolo, se refugió el ingeniero de Siemens.

No quiero destripar el libro, pero el tono del mismo ya lo da la primera página, en la cual Pascal Bruckner, niño, le solicita a Dios, en sus oraciones, la muerte de su padre, al que más adelante calificará de Atila doméstico. El clima del domicilio de los Bruckner es asfixiante, imprecación antitodo y especialmente antisemita, violencia doméstica contra la esposa, maltrato físico y moral del hijo único. El recuento de los agravios por parte de este último es exhaustivo. Aunque recuerde también algunas «playas de armonía», el ejercicio es terrible y agotador —para el lector, pero, todavía más, para el narrador—, especialmente en todo lo que se refiere a la relación del personaje central del libro con su mujer, que encima comparte lo principal de las ideas de su verdugo.

Maurice Bardèche, Robert Brasillach, Alexis Carrel, Louis Ferdinand Céline, el pionero Édouard Drumont, Jacques Isorni, Henri Massis, Charles Maurras, Thierry Maulnier, Roger Peyrefitte, Lucien Rebatet o Jean-Louis Tixier-Vignancour son algunos de los ídolos de papá Bruckner, lector jubiloso, en la posguerra, de un semanario de nostálgicos de Vichy y de la colaboración como *Rivarol*, un semanario abyecto, cuya presencia en los kioscos franceses, a estas alturas del siglo xxi, constituye un hecho absolutamente inquietante. Lógicamente, Bruckner padre, además de admirador de Pétain y de Hitler, y de antisemita, es furibundamente anti-De Gaulle, partidario de Poujade, anti-Mendès France, anti-Chaplin, anti-hermanos Marx, partidario de la OAS... Más tarde, como al personaje de *Lunes de fiel* inspirado en él, le encanta comprobar que existe un rebrotar antisemita de la mano de los árabes. Y le indigna que a su hijo, por asociación con Finkielkraut y otros de sus amigos «*nouveaux philosophes*», lo tomen a menudo por judío.

Están luego las sucesivas metamorfosis o derivas ideológicas del *salud* — es Bruckner hijo el que emplea el término, mientras uno de los reseñistas del volumen, Éric Aeschmann, de *Le Nouvel Observateur*, preferirá calificar al *pater familias* de *ordure*, término todavía más fuerte—. Efectivamente, pasa por un período relativamente largo, y que su hijo califica de liberal, en el

cual, olvidándose un tiempo de sus «nostalgias infames», vota a la izquierda, se siente fascinado por el mundo austrohúngaro —incluidos algunos de sus narradores judíos—, y atraviesa incluso una fase místico-ecologista, de adicción a *Planète*, a Teilhard de Chardin, y a escritores como Lanza del Vasto —al cual llegaría a visitar en su «Communauté de l’Arche»—, Luc Dietrich o René Daumal. Pero, a la postre, iba a poder más el veneno absorbido en su juventud.

Tras encontrar antídotos contra su historia familiar, como la literatura anglosajona, el jazz o la California de la contracultura, vivida en directo, Pascal Bruckner nos conduce luego, en otro gran capítulo, hacia sus «padres de sustitución», mascarones de proa determinantes para su generación —al paso, hay un retrato tierno de su entonces inseparable Finkielkraut—, que es la de Mayo del 68, y la del descubrimiento del Tercer Mundo y de la multiculturalidad. Los retratos de Sartre —al cual acaba prefiriendo a Camus o a Raymond Aron— o de Foucault son esperables; el de Barthes ya tiene más interés; por mi parte, me gusta sobre todo el de Vladimir Jankélévitch, en cuyo apartamento de la isla de Saint-Louis el autor lo escucha al mismo piano que el pintor Xavier Valls alcanzaba a escuchar él también, en las noches claras, desde su ventana del otro lado del Sena. Se entiende que Pascal Bruckner no tenga ganas de que la verdad sobre su progenitor sea conocida por el filósofo que, tras la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, era bien sabido por todos que había renunciado radicalmente a todo lo alemán.

Libro desasosegante, por el lado de «la banalidad del mal», este del supuesto «buen hijo» que ahora practica una suerte de parricidio literario —son palabras de Jérôme Garcin también en *Le Nouvel Observateur*—, en las páginas finales del cual, sin embargo, reconoce que, al final, se hizo cargo de la existencia de su progenitor viudo y residente en una «caverna de detritus», a pesar de todo.

Libro desasosegante, sí, como desasosegante este tiempo francés en que uno lee a Pascal Bruckner, y en que uno se pregunta con inquietud si será verdad que una de cada tres personas que uno se cruza por la calle piensa «*bleu marine*»...

Libro del cual ahora es el lector el que tiene que hacer la experiencia única e intransferible de su lectura, hasta la bomba final.

Libro que contiene muchas más cosas, de entre las cuales para terminar entresacaré, en clave de lista, y un poco en desorden, algunas que me han

llamado la atención, en sus márgenes, pinceladas que contribuyen a aliviar la tensión reinante en otras páginas, y contribuyen a la exactitud de estas memorias, colocándonos ante el paisaje de fondo, completamente *normal*, de una historia de inusitada violencia.

La felicidad de la nieve cayendo en silencio y con nobleza: frases a incluir en una posible antología general de la nieve, que abre aquello de Ramón Gaya de que la nieve es siempre medieval.

El encantamiento ante la atmósfera, ante la luz de París y concretamente de Saint-Germain-des-Prés, epicentro de una capital cosmopolita, por parte del adolescente enfermizo que hasta entonces había residido con su familia en la *banlieue* de Lyon, y estaba por lo tanto acostumbrado a la grisalla, a las sotanas y a las nieblas, al huerto familiar... Adolescente que se convertirá en un peatón enamorado de París, en un *flâneur*, en un degustador del espectáculo de las *passantes*.

En la calma casi campesina de la mañana en su barrio del centro de la capital, la emoción que a Pascal Bruckner, trabajando en su despacho-celda, le produce escuchar las campanas de la vecina iglesia armenia: un momento de gran poesía.

El famoso «tiburón», el Citroën ds: el automóvil emblemático de una cierta ascensión social durante «*les trente glorieuses*». Y, en la misma clave, en las paredes obras de Bernard Buffet o Victor Vasarely: un cierto arte moderno emblemático de unos *fifties* franceses que inevitablemente nos llevan hacia el cine de Jacques Tati.

Los trenes Märklin, en uno de los aludidos momentos de remanso: el elogio de lo diminuto, del «teatro de lo minúsculo», por un lado «patria de los juguetes», que me hace recordar el gusto de Valery Larbaud y de su amigo Alfonso Reyes por los soldados de plomo, o algún feliz poema de paisaje liliputiense de nuestro Adriano del Valle.

Por último, los guiños a Séraphin Lampion (aquí, en España, Serafín Latón), a los generales Alcázar y Tapioca y a otros personajes nacidos de la imaginación de Hergé. La tintinofilia, tan importante para la educación sentimental de los niños franceses nacidos en los cuarenta, como Pascal Bruckner, o los cincuenta, como el firmante de estas líneas.

París, abril 2015

*Las fuerzas creativas acuden
cuando el alma está amenazada.*

INGMAR BERGMAN

Para Eric y Anna
Para Lara y Adrien

PRÓLOGO

ORACIÓN DE LA NOCHE

Es la hora de acostarse. Arrodillado al pie de la cama, con la cabeza inclinada, las manos juntas, murmuro mi oración en voz baja. Tengo diez años. Después de un breve repaso a las faltas del día, elevo una petición a Dios Nuestro Creador Todopoderoso. Él sabe que nunca faltó a misa, que siempre comulgo, que Lo amo por encima de todo. Le pido simplemente, Le suplico, que provoque la muerte de mi padre, si es posible en accidente de coche. Un freno que falla en una cuesta, una placa de hielo, un árbol, lo que Le parezca mejor.

«Dios mío, os dejo la elección del accidente, pero haced que mi padre se mate.»

Llega mi madre para arroparme y leerme un cuento. Me mira con ternura. Yo redoblo el fervor, me pongo en plan beato. Cierro los ojos, digo para mis adentros: «Dios mío, os tengo que dejar, mamá acaba de entrar en mi habitación».

Mi madre está orgullosa de mi fe ardiente, pero le da miedo que algún día quiera hacerme cura. Le he comentado la posibilidad de entrar en el Seminario Menor, me levanto a las seis de la mañana para ayudar a misa en el externado Saint-Joseph de Lyon, el colegio de jesuitas en el que estoy estudiando. Es una misa rezada, es decir, corta, yo no estoy preparado para ayudar en las ceremonias solemnes, que requieren una liturgia compleja. Cuando me pierdo, hago la señal de la cruz para disimular. A esa hora matinal, en la iglesia hay poca gente, tan solo en los rincones alguna beata recién salida de la cama que musita sus oraciones. Soy el niño-que-le-hace-la-pelota a Dios: me embriaga el olor del incienso, tal como se embriaga el cura que llena las vinajeras y se mete un trago de vino peleón, un blanco de ínfima calidad, a las siete de la mañana. A los monaguillos nos da un ataque de risa al ver sus ojos vidriosos. Enciende los cirios con alegría, me gusta ese momento de recogimiento antes de las clases. Comulgo, me encanta el sabor

de la hostia, ese pan ázimo que se funde bajo la lengua como una oblea. Eso me llena de fuerza, balbuceo mis fórmulas en latín sin comprenderlas, cosa que las hace aún más hermosas. Ayudo a misa con furia de adulator; quiero sacar las mejores notas en el paraíso. Cuando desvío la mirada, me parece que Jesús me está guiñando el ojo a mí, afectuosamente.

Dos años más tarde, durante mi comunión solemne, me entrego a una orgía de bondad. Sonrío a todo el mundo, el Ángel del Bien en persona habita en mí. Husmeo con voluptuosidad mi nuevo misal de cantos dorados cuyas páginas parecen susurrar cuando las pasas. Voy flotando con mi túnica blanca por encima del suelo, me sumerjo en la unción. Tías y tíos me cubren de besos que yo a mi vez prodigo a mis primos, sin escatimar. Ese cielo colma a mi madre de orgullo y de una secreta inquietud. Está bien creer, pero con mesura: la buena villa de Lyon, antigua capital de la seda, ahora está llena de curas miserables, vestidos con sotanas manchadas y zapatones rotos, que son las víctimas de la jerarquía, las cabezas de turco de los chavales, los proletarios de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Muchos de ellos mueren jóvenes, agotados y maltratados.

—Métete en la cama, venga, que ya es tarde.

—Sí, mamá, ahora mismo. Solo un minuto, aún no he terminado.

Repaso rápidamente mis pecados del día, añado dos o tres, tal como más adelante añadiré algunos ingresos de más en mis declaraciones de la renta por miedo a alguna omisión de mayor importancia. Le doy gracias al Señor por sus bondades.

«Dios mío, libradnos de él, os lo suplico, me portaré muy bien.»

Mi madre está muy lejos de imaginarse lo que tiene tan agitado a su angelito, no ve en mí más que inocencia y dulzura. La causa de mi petición al Altísimo se remonta a unas semanas atrás.

Tengo que entregar los deberes de geometría y decido terminarlos después de cenar. Estoy en la cama, sin saber qué hacer, las matemáticas no son mi fuerte. Viene mi padre a ayudarme: ante mi obcecación en no entender nada, se pone nervioso. Cuanto más intenta explicarme el problema, menos lo entiendo. Estoy cansado. Después de los consejos vienen los gritos, los alaridos acompañados de bofetadas. Soy un imbécil, el deshonor de la familia. Él es inmenso, imponente. En pocos minutos me encuentro tirado en el suelo, me acurruco como una bola para escapar a los golpes, me meto

debajo de la cama, de donde su potente mano me extrae para inculcarme los rudimentos del cálculo. Pero sobre todo, y eso yo no me lo perdono, le suplico que no me pegue:

—Perdón, papá, perdón, estudiaré mucho. Por favor, no me pegues.

Los bofetones, las patadas importan poco. Son dolores que pasan. Pero humillarse ante el verdugo, suplicarle que te salve la vida porque has leído en sus ojos un fulgor asesino, eso es algo que no tiene excusa.

Más tarde, viendo películas policiacas, siempre me parecerá lamentable esa tendencia de las víctimas a implorar clemencia a los asesinos. Eso, en vez de enternecerlos, atiza su sadismo. Si hay que morir, que sea con dignidad. Sube mi madre, nos separa, me estrecha largamente entre sus brazos mientras yo sollozo con las mejillas moradas. Después mi padre vendrá a darme un beso.

—Venga, hagamos las paces. Mañana por la mañana lo terminaremos todo.

Yo murmuro un débil: «Sí», pero el rencor ya se ha instalado en mí. Es una bolsa de pus que irriga poco a poco cada uno de mis pensamientos. Se ha declarado la guerra: habrá armisticios, a menudo felices, etapas de armonía, pero hay algo que empieza y que ya no se detendrá nunca más. Incluso cuando de noche, bajo las sábanas, juguemos al trineo en la banquisa rodeado de lobos, no me dejaré engañar. Ahora lo veo como a una fiera dispuesta a devorarme. La confianza ciega que le tenía se ha roto.

Dios no cumplirá mis deseos y al cabo de cuatro años dejaré de creer en Él. Mientras tanto, cada tarde o casi, oigo que se abre la reja del portal y los faros del coche iluminan la avenida. Subo a encerrarme en mi habitación, decepcionado y nervioso. Mi madre se arregla el pelo y va a recibir a su hombre en la escalinata, preparada para enfrentarse a la tempestad. Por la noche, sueño que mi cuerpo abandona la cama y vuela por el espacio. Me quedo pegado al techo como si estuviera dotado de un paracaídas ascensional. Quiero permanecer suspendido en la estratosfera, ver el mundo desde arriba, sin participar en sus problemas.

Los padres violentos tienen una ventaja: no te atontan con su dulzura y sus arrumacos, no juegan a ser hermanos mayores o amigos tuyos. Te despiertan como si fueran una descarga eléctrica, te convierten en un eterno luchador o un eterno oprimido. El mío me comunicó su rabia: le estoy muy agradecido. El odio que me inculcó también me salvó. Lo volví contra él como un bumerán.

PRIMERA PARTE

LO DETESTABLE Y LO MARAVILLOSO

CAPÍTULO 1

SU MAJESTAD EL BACILO DE KOCH

Salíamos de noche, como un desfile de duendecillos con pompón, cogidos de la mano, guiados por niñeras. El aire era un cristal helado que nos quemaba la garganta y los pulmones. Los copos descendían a miles, tan duros que nos flagelaban el rostro, hiriéndonos como cristales. La nieve crujía bajo las suelas, amortiguaba nuestros pasos. El viento la arrancaba del techo de los chalés, la pulverizaba por el aire en ráfagas, transformando las tinieblas en un blanco *Maelstrom*. Podíamos ver a nuestros compañeros transformados en estatuas andantes de las que brotaban chorros de vapor a cada espiración. Para infundirnos coraje, entonábamos cánticos, *O Tannenbaum, Stille Nacht*.

La carretera estaba cerrada a la circulación, con la excepción de los trineos de caballos que tintineaban transportando a las familias arropadas bajo las mantas. Al levantar la cabeza, apenas distinguíamos la cordillera encrespada de las cumbres del Vorarlberg. Todo nos empujaba a apretar el paso. Teníamos miedo a abandonar el desfile, a quedar olvidados, sepultados bajo el blanco manto. Invariablemente, alguno de nosotros, aturdido por el frío y el miedo, se ensuciaba en los pantalones. Había que cambiarlo a toda prisa y el infeliz se ganaba el apodo de «*Buchsenschiss*» (el que se caga encima). Finalmente aparecían las cristaleras del templo: subíamos la pequeña escalera del cementerio, accedíamos a la entrada de la iglesia donde una multitud de parroquianos ya se agrupaba para la misa de medianoche. Después de la hostilidad de la intemperie, ahora llegaba el ambiente cálido de una Navidad alpina con sus cánticos y su órgano. El edificio no se parecía en nada a esas construcciones tirolesas en forma de bulbo, con sus decorados extravagantes: era una iglesia modesta, con paredes ocre, un campanario de pizarra negra en forma de lápiz y una nave desnuda. Junto al altar se alzaba un abeto adornado con bolas de colores, un san Nicolás de estuco, espumillón de plata, velas inestables cuya cera goteaba de rama en rama con peligro de prender fuego al árbol. Había dos cubos de agua previstos para un caso de accidente. Un ángel rubio colgaba de la cima del árbol, con las alas abiertas en signo de

misericordia. Un pesebre gigante albergaba a Jesús, María, José y todos los demás personajes, modelados en terracota, tan altos como nosotros. Todos esperábamos con ansia el momento en que el buey o la mula volvieran la cabeza, se pusieran a bramar o a mugir. La feligresía estaba compuesta por montañeros, rudos granjeros o ganaderos con pantalón de cuero, señoras con vestidos estampados y la cofia tradicional. La guerra había terminado hacía apenas seis años, la ocupación francesa del Tirol y el Vorarlberg había concluido entre 1947 y 1948. La asamblea contaba con una mayoría de mujeres: muchos hombres seguían prisioneros o tal vez estaban muertos.

Nuestra atención la acaparaba el tonto del pueblo, el «*Dorftrottel*», un muchacho de unos quince años aquejado de bocio, con el pelo cortado al rape y cara de simplón, encargado de divertir a la asamblea que esperaba el inicio de la ceremonia. Hacía una imitación de la misa en versión caricaturesca, provocando las carcajadas del público. Poco después, a la salida, en el momento de la dispersión, lo bombardearíamos con bolas de nieve, a veces con piedras, ante la mirada bonachona del párroco. Quien se burla del oficio religioso bien merece un pequeño correctivo. El cura solo intervenía en el momento en que el bufón, ya caído en el suelo, se echaba a llorar. El coro del pueblo, acompañado por una pequeña orquesta local, cantaba con una torpeza magnífica la *Misa de la Coronación* de Mozart. La soprano, una sencilla posadera del pueblo, subía tan alto que su voz parecía a punto de romperse, volvía locos a los músicos, recuperaba el aliento, pero terminaba el aria, agotada. En aquella pequeña iglesia de la Europa Central, la música de Mozart elevaba el alma de aquellos patanes que poco antes habían luchado en defensa del Reich. Todavía ahora, no puedo escuchar el *Laudate Dominum* sin que se me haga un nudo en la garganta. Extenuado por la hora tardía, entumecido por el calor, me quedaba dormido generalmente en el *Agnus Dei* para despertarme al final de la ceremonia, cuando me sacaban del sueño el repicar de las campanas al vuelo y la perspectiva de los regalos. Los feligreses bebían vino caliente con canela deseándose felices Pascuas y encendían velas en las tumbas de sus familiares difuntos, en el cementerio. Muchos regresaban a casa esquiando, montados en largos patines de punta curvada atados a los zapatos con simples correas.

Eran los años cincuenta, en el Kleinwalsertal, al oeste de Austria, un cantón extremo del Vorarlberg, enclavado en Baviera. Yo había caído víctima de una primoinfección por haber estado jugando con las sábanas sucias de un tío mío

aquejado de tuberculosis renal, la enfermedad familiar por excelencia, y me habían mandado a un *Kinderheim* (hogar infantil) en Mittelberg, una aldea a mil doscientos metros de altitud, a partir del año y medio de edad. Balbuceaba un dialecto germánico antes de hablar francés, y mi madre, a quien yo llamaba «*Mutti*», con gran disgusto por su parte, tuvo que emplear durante varios años como traductora a una institutriz bilingüe, Frau Rhuff. Al hermano de esta mujer, un enfermo mental, le habían practicado la eutanasia en 1940, por degenerado, dentro del Programa Gnadentot, «muerte piadosa» (expresión de Adolf Hitler), sin que ella supiera exactamente si había sido gaseado en un camión o ejecutado con una inyección letal. El dialecto del Vorarlberg, parecido al bávaro, era una lengua de campesinos, de una dureza de granito, hablado por tribus montañosas celosamente encerradas en sí mismas. Parecía ponerte grava en la garganta y obligaba a forzar las vocales por la intensidad con que las consonantes te golpeaban el paladar. Mis padres venían a visitarme desde París y mi madre se quedaba sola conmigo unas semanas más. En aquella época, el viaje en 4CV duraba casi veinticuatro horas, especialmente en invierno, cuando había que enfrentarse con tormentas de nieve y carreteras heladas.

La tarde del día de Navidad me iba con ellos al establecimiento en que se alojaban, una pequeña pensión llamada Kaffee Anna. Los abetos nos daban escolta, y con sus paquetes de nieve en los brazos parecían una hilera de criados con librea cargados de regalos. Llegábamos a la habitación del albergue: al pie de otro árbol, este en miniatura, sobrecargado de esplendores, adornado con bombones y golosinas, resplandecían los regalos en sus envoltorios rutilantes, algunos de ellos ocultos entre lo más profundo de las ramas. Desde entonces, el abeto siempre ha sido para mí el árbol a cuya sombra nacen los regalos. Cada año me regalaban un vagón o una locomotora. Mi padre me fue completando, desde la infancia, un maravilloso tren eléctrico Märklin que después montaba en nuestra casa, en Francia. Se pasaba horas con él en el desván, y al cabo de unos años había creado una provincia entera con su ciudad, su tranvía, sus colinas, su teleférico, sus peatones, sus coches, dos o tres estaciones, túneles, viaductos. Debajo de la mesa se ocultaba una madeja de cables eléctricos. El tren en miniatura y, en un sentido más amplio, el amor por el ferrocarril y el oficio de ferroviario son pasiones que heredé de mi padre. La reconstrucción al milímetro de todos los detalles, la diversidad de modelos propuestos —gracias a una pastilla química

disuelta en la chimenea, las locomotoras a carbón echaban humo— nunca han dejado de hechizarme. Reconstruir el mundo a pequeña escala a falta de poder dominarlo, tal es el goce insensato del modelista. Aquel teatro de lo minúsculo nos convierte en dioses intermitentes dotados de un poder sin límites. Yo, colmado de atenciones, miraba por la ventana a través de los cristales veteados de hielo. La ventisca redoblaba y el gran bosque, del que yo guardaba en casa un rehén engalanado, se estremecía llenándome de espanto.

Desde entonces, ir a los Alpes es regresar a la infancia, volver a la patria de los juguetes, los funiculares, los cencerros atados al cuello de las vacas, los pueblos con aspecto de juguete, los balcones de madera labrada, los frescos pintados en los caseríos. Me gusta la cortesía añeja, los ritos sencillos de las culturas alpinas e incluso la omnipresencia de los lácteos en la alimentación. Cada vez que subo más arriba de los mil metros, estoy en casa, en mi paisaje mental. Me emociona incluso el *yodle*, ese alegre sollozo gutural que ha pasado de Suiza a la música *country*, con sus trinos, sus cuartos de tono y el acompañamiento ingenuo de un acordeón. Lo que me seduce de la montaña es su falta de hospitalidad: te acoge rechazándote, te obliga a enfrentarte con precipicios vertiginosos, con la dureza mineral de las crestas, con la paz engañosa de los glaciares. Y cuando parto hacia las cumbres, atormentado por un miedo tan nauseabundo como placentero, lo hago con la esperanza de encontrar, al regreso, a mi compañero el abeto. Para mí, él hablará para siempre la lengua balbuceante de la infancia. Donde crece ese plebeyo, a la sombra y contra el viento, reinan los gorjeos, las risas repentinas. Siempre será el árbol de esa frontera impalpable que separa lo llano de lo elevado, el centinela que nos acoge en el reino de lo encumbrado. Tendido hacia el cielo, espera la nieve, dispuesto a soportar la carga a la que con toda evidencia parece destinado. Cuando por fin esta llega, se deja cubrir, adorna sus ramajes con un espeso manguito blanco y se despierta resplandeciente de hielo, captando la luz con sus agujas. A lo largo del día, sus extremidades consteladas de minúsculas joyas se irán resquebrajando y desintegrándose.

A las emociones que suscita en mí el abeto, se añade esta: es el árbol del hogar. Rimbaud maldecía el invierno porque lo consideraba «la estación del confort». Es exactamente lo que a mí me hace quererlo. Me gustan esos pueblecitos apiñados en torno a una iglesia, junto a un torrente de murmullo refrescante, esos chalés de madera de techo bajo, con muebles limpios y

fragantes, con camas empotradas, cubiertas por un edredón blanco bien grueso, que esperan al viajero. Cada habitación respira la opulencia y la sencillez, cada rincón parece un nido de bienestar. Y las nevadas tienen para mí el valor de la intimidad, reúnen a las personas, se dirigen al enamorado aterido, al sedentario que habita en nosotros. Contrariamente a la lluvia, que sigue tontamente las leyes de la gravedad, la nieve desciende con nobleza, roza las cornisas, acepta posarse sobre un cojín que ya han preparado otros copos. Amortigua los sonidos, oculta nuestra fealdad, produce una sensación de inmovilidad como si, después de haber consentido en caer, se remontara lentamente desde la tierra hacia el cielo. No es fría, calienta los corazones, se convierte en agente sutil del deseo. Cada vez que estoy en la montaña y abro los ojos a una noche azulada por copos amplios y suaves, me parece estar viendo entre las ramas de los abetos encapuchados, corriendo a mi encuentro, el rostro de la mujer amada que se destaca, enigmática y acogedora.

Nací en París, a finales del año 1948, en una de esas semanas en las que los últimos prisioneros de guerra alemanes iban abandonando los campos de internamiento franceses. Fue también el año de la muerte del doctor Theodor Morell, médico personal del Führer, el notorio charlatán que le recetaba medicamentos contra la impotencia, el estreñimiento, el cólico, el insomnio, los espasmos; en total cerca de noventa productos diferentes que fueron tan culpables de la muerte del canciller como los reverses de la *Wehrmacht*. Viví de milagro: al nacer me dieron por muerto, salí azul, con el cordón umbilical enrollado al cuello. Fue necesaria una hora de inmersión, alternando agua fría y caliente, para reanimarme. Al salir, destrocé a mi madre, que jamás pudo volver a tener hijos. Aquejado de raquitismo, con débil mineralización ósea, luego tísico, como se decía entonces, me convertí, como una forma de compensación, en un niño mimado. Mis padres, aun sin ser ricos, me colmaban de regalos. En contrapartida, la muerte y la enfermedad me acompañaron desde el inicio como dos amigas: en nuestro entorno, cada uno era identificado por la afección que le aquejaba, angina de pecho, poliomielitis, cáncer, artritis; era el tributo que había que pagar para pertenecer a la humanidad. Un niño no comprende el mundo de los adultos; pero percibe sus líneas de fuerza y de debilidad. Mi tío Louis Marc, el que me había contagiado el bacilo de Koch, era la oveja negra de mi familia materna. Como si le hubiesen pintado una cruz de apestado en la espalda desde su nacimiento; nos dejó joven, a los treinta y siete años, para que sus hermanos

y hermanas pudieran seguirlo. El héroe de mi madre no era solamente el sacerdote, todavía omnipresente en aquella época en la sociedad francesa, sino también el médico, ese dueño de nuestros destinos que tenía en sus manos nuestros frágiles organismos y decidía con una palabra quién iba a vivir y quién a fallecer. Según mi madre, yo era enclenque y enfermizo, predestinado a desaparecer joven o a sobrevivir a medio gas. Todavía la oigo decirle a la hermana mayor de una amiga con la que yo «salía» a los diecinueve años de edad:

—Si mi hijo hace el amor todos los días, se morirá.

En casa, la muerte reinaba como dueña y señora, todos éramos cadáveres diferidos, obligados a vivir protegidos como por un burlete. La existencia nos había sido concedida a ese precio. Yo no podría volar jamás con mis propias alas; tal como indicaba mi nombre, yo era el cordero «pascual» de la tradición cristiana, que se inmola en Pascua y que hay que alimentar antes del sacrificio.

A la espera de la defunción, pasé en la montaña algunos momentos estupendos, primero en Austria y después en Suiza, donde permanecí ocho años alojado en casa de la señorita Rivier. La magia de la infancia consigue convertir la adversidad en dicha. Las penas de aquellos años, de las cuales la mayor era la separación de mi madre, se atenuaban ante la belleza alpina y la novedosa experiencia de una vida en grupo. La enfermedad, si no te aniquila, te convierte en vástago de una aristocracia. La patología se convierte en el equivalente a un título nobiliario. Recuperar entre los papeles de la familia un certificado del hospital de Immenstad im Allgäu, datado en 1953, prescribiéndome inyecciones masivas de penicilina me llena de una alegría casi pueril. Es verdad que yo estuve enfermo y viví en esa región, que yo fui un niño de la *Mitteleuropa*; podría reivindicar una tradición a la que guardar fidelidad, allí estaba mi *Heimat* (mi hogar). Aquel mal, al apartarme de mis padres, fue una bendición, sobre todo porque los antibióticos me curaron. Medio siglo antes, habría entregado el alma junto con otros moribundos, escupiendo sangre a borbotones. Tal es la crueldad de la enfermedad moderna: mata demasiado pronto a aquellos que no han aguantado lo suficiente para ver llegar el medicamento milagroso. Los progresos de la medicina han transformado la muerte en una lucha contra el tiempo. Yo he pasado en los preventorios, sanatorios, casas de convalecencia, momentos de gran felicidad, entre el olor de las cataplasmas de mostaza, las fumigaciones

de azufre y la ardiente succión de las ventosas calentadas a la llama. Lejos de mis padres, pronto comenzó mi aprendizaje de la libertad. En Leysin, el «Davos romanche», donde se habían alojado, como supe cincuenta años más tarde, Michel Simon, Albert Camus y Roland Barthes, descubrí el alegre bullicio de los dormitorios, los primeros amores, los susurros de los pequeños, mientras que en el exterior corzos y rebecos corren por la nieve con pasos amortiguados; todo eso me llena de felicidad. La cura es un ritual tranquilizador: siesta obligatoria, a ser posible al sol bajo una manta; toma de temperatura cada tarde; correr descalzo sobre la nieve, un ejercicio recomendado por sus virtudes terapéuticas; análisis de las expectoraciones, lavativas, visita médica semanal, y para los más afectados, discreta evacuación hacia el hospital cercano. Nos cuidaban unas mujeres altas, abnegadas y austeras, que parecían haber renunciado a toda vida propia. Nosotros éramos sus hijos adoptivos. Más tarde me enteré de que muchos de los niños pacientes eran judíos. Diez años después de las hostilidades, seguían ocultando su identidad, eran designados con nombres prestados, como si se temiera el resurgimiento del ogro verde-gris. Y cuando yo me expresaba en alemán, todos me respondían sistemáticamente en francés, fingiendo no entenderme, para extirpar de mi memoria aquel idioma maldito. Recuerdo haber llorado viendo la película *Heidi*, la historia de aquella chiquilla obligada a abandonar su aldea alpina para ir a vivir a Berna con un pariente. En una escena desgarradora, sube a lo alto de un campanario para intentar divisar su casa, entre los montes. Pero ¡qué suerte paradójica escapar de la familia, tan joven, y descubrirte independiente, dueño y señor de tus propias capacidades!

Muy pronto desarrollé el gusto por las bromas, incluso las de gusto dudoso, una sólida voluntad de supervivencia, un narcisismo que me ha ahorrado muchos males, y por encima de todo un marcado sentido de la alegría. Yo era el niño que hacía reír a las chicas, que corría desnudo por sus habitaciones solo por oír sus chillidos de horror. O bien me encerraba en un cuarto de baño con una amiga para dar un buen repaso a nuestras anatomías. Cuando nos sorprendían, el castigo era benigno. ¿Qué significaban un bofetón o una cuarentena en el «pasillo negro», un pasillo sin luz, en comparación con aquellos tesoros desvelados?

La tuberculosis era una enfermedad familiar: todos mis tíos y tías la habían sufrido; una prima mía, que estaba conmigo en Leysin, Marie Eugénie, la

había contraído a consecuencia de una mordedura de perro; dos parientes lejanos míos habían muerto de dicha enfermedad, entre ellos mi abuela materna, fallecida en Hauteville-Lompnes, en Ain, en el año 1936, ante los sarcasmos de su marido, que la acusaba de dejarlo abandonado. A todas las cartas que ella le mandaba —él vivía en Amberes y era ciudadano belga—, él respondía subrayando con trazo furioso las faltas de ortografía. Hauteville es una pequeña villa sin encanto, en los contrafuertes del Jura, a unos cincuenta kilómetros de Ginebra. Situada a novecientos metros de altitud, es un lugar dedicado por entero a las taras del cuerpo, antaño sanatorios, hoy centros de oncología y toxicologías, sin olvidar las inevitables residencias para enfermos de Alzheimer y los hogares para jubilados. Toda la parte alta del pueblo está invadida por edificios anónimos poblados por espectros en sillas de ruedas o que cojean sobre muletas. Mi padre, de adolescente, junto con su hermana y su hermano, muy afectados por la desaparición de su madre y abandonados por su propio padre, fueron recogidos allí por una familia adoptiva, los Bavuz, tapiceros, unas buenas personas que fabricaban colchones, sillas, sillones, manejando con destreza grandes agujas. Sus dos hijos, unos mozos simpáticos y algo cortos, antiguos miembros del maquis de Ain dirigido por Henri Romans-Petit, se sumieron en el alcoholismo después de la guerra. Finalmente, el mayor, un día de borrachera, fue a buscarle pelea a su hermano menor, empezó dándole una paliza y lo remató de un disparo con una bala de posta. Terminó en el manicomio.

De niño, yo iba muchas veces a su casa durante las vacaciones: el aire era bueno, se comía bien, la gente era cordial. Durante todo el día corría por los campos con otros chicos: nos fabricábamos tirachinas, puñales con puntas de metal sin filo, matábamos todos los animales que se ponían a nuestro alcance, con una especie de maldad mecánica. Poníamos esquirlas de cristal en las toperas para que los animalitos se cortaran el hocico al salir a respirar, clavábamos sapos vivos en las paredes de las granjas, disparábamos contra paros y vencejos con el tirachinas, cazábamos víboras, luciones y culebras, que cortábamos en trozos, o prendíamos fuego con gasolina de encendedor a la cola de gatos o perros. El forastero que quería entrar en la pandilla tenía que superar tres pruebas: primero, debía aguantar una avispa o una abeja en el puño cerrado durante un minuto entero sin mostrar reacción alguna a las picaduras; después, robar la camada de una gata que acabara de parir y ahogar las crías. Yo lo hice una mañana: golpeé los cachorros recién nacidos

contra la piedra de un lavadero antes de encerrarlos en un saco de yute que mantuve bajo el agua. Todavía veo las burbujitas de aire enrojecidas por la sangre remontando a la superficie, y conservo de ello un recuerdo horrorizado. La tercera prueba era la visita al matadero del pueblo. Cada vez que pasaba por delante de aquel edificio de material prefabricado, los gritos de agonía de los cerdos me helaban la sangre. Un día, un ganadero trajo un ternero que se resistía con todas sus fuerzas a una muerte presentida, y mugía de desesperación. Tres hombres se hicieron con él y, evitando las coces, lo colgaron boca abajo atándolo de los dos jarretes traseros. El carnicero, formidable a mis ojos con su uniforme de verdugo, ceñido por un delantal del que colgaban cuchillos y tajaderas, le asestó un mazazo detrás de la cabeza, lo degolló con una gran cuchilla y casi inmediatamente, mientras el animal todavía tenía convulsiones, le cortó la cola y empezó a eviscerarlo antes de arrancarle el cuero. Había que asistir a la ceremonia de pie, sin parpadear. La vida campestre rara vez te enseña el amor por la naturaleza, es ante todo una escuela de crueldad.

Fue también allí donde descubrí las historietas americanas de ciencia-ficción, prohibidas en casa, la invasión de las arañas gigantes liberadas por la guerra nuclear, las cochinillas y las moscas asesinas, las lombrices gigantescas que salían de la alcachofa de la ducha y estrangulaban a los humanos. Disfrutaba con *Les Pieds nickelés*, gamberros y caballeros anarquistas, con *Pim, Pam, Poum*, una serie de tiras cómicas publicadas a partir de 1897 por Rudolph Dirks en el *New York Journal* con el título de *The Katzenjammer Kids* (literalmente, los niños de los gatos llorones). Esta serie se inspiraba a su vez en los dibujos de Max y Moritz que me habían deleitado en mis años jóvenes junto con el *Struwwelpeter*, literalmente Pedro el Desgreñado, pequeños relatos en verso, ilustrados y sádicos, que mostraban a un niño rebelde al que le cortaban los dedos como castigo por chuparse el pulgar, o que se ahogaba en la sopa por negarse a tomarla. Sin contar, desde luego, los álbumes de Tintín, que me trajeron de nuevo al mundo, literalmente, y que releo íntegramente cada tres años, así como los menos conocidos de *Jo, Zette et Jocko*, un chico, su hermana y un mono. Hergé fue el primero que inculcó el gusto por Asia, sobre todo la India, cuando leía las peripecias de Tintín y Milú con el maharajá de Rawhajputalah en *Los cigarros del Faraón* y *El loto azul*. *Pim, Pam, Poum* trata de unos chiquillos que viven con su familia en la isla tropical de Bongo, donde reina un rey

holgazán. No paran de gastar gamberradas a dos adultos barbudos, el Capitán y el Astrónomo, robando los pasteles preparados por la tía Pim y echando la culpa a otros. Cuando son sorprendidos con las manos en la masa, reciben unas palizas descomunales a golpes de rodillo de pastelero que los dejan en cama durante semanas. Más tarde, me inspiraría en estas edificantes lecturas para gastar toda clase de gamberradas a los míos, la piel de plátano bajo el pie, el cubo de agua encima de la puerta entornada (mi madre, al entrar en el comedor, casi se muere por culpa de uno de esos chapuzones), líquidos diversos dentro de las botas, cacas de plástico, cadáveres de ratón metidos entre las sábanas, camas convertidas en sobre, excrementos de conejo flotando en la sopa.

La memoria es un tamiz singular. De aquella infancia en la que lo abominable y lo prodigioso se daban la mano, durante mucho tiempo solo me quedó el lado bueno. Para sobrevivir hay que olvidar, apartar los recuerdos que impiden progresar. Pronto me construí un santuario inviolable, una especie de ciudadela psíquica para escapar de los gritos y las violencias de los adultos. Al ser hijo único, fui de entrada no solo amado, sino, por fuerza, el preferido. Incapaz de ser infeliz, dotado de la facultad de convertir el disgusto en placer, fui el niño mimado de una madre que quería satisfacer y anticiparse a mis menores deseos. Ello me alentó y me desnaturalizó a partes iguales: me dejó una sensación de conquistador, la certeza de que en esta tierra me habían estado esperando, una confianza en mi buena estrella, por más que en la adolescencia la educación cambiara brutalmente. Tenían que mantenerme encerrado en casa por todos los medios, sustraerme al mundo y a sus corrupciones. El mal que habría podido matarme, la tuberculosis, me dio el gusto por la vida. La enfermedad no enseña nada, tan solo que puede ser vencida; en este sentido también ella me salvó.

Pero en la época en que vivía en aquella aldea desolada de Kleinwalsertal, a principios de los años cincuenta, devorado por el bacilo de Koch, estaba lejos de figurarme que mi padre se había escondido allí mismo durante seis meses, en la primavera de 1945, con su amante austríaca, para huir de las tropas soviéticas y escapar de las autoridades aliadas. Seis años más tarde iba a mandarme a ese mismo lugar para convertirme en un buen súbdito germanófono.

CAPÍTULO 2

CARICIAS CONYUGALES

Es la hora de comer. Voy a la cocina a buscar los platos para llevarlos al comedor, debo de tener unos doce años. Oigo los primeros gritos, semejantes a una serie de detonaciones, una melodía que conozco muy bien. Vivimos en las afueras de Lyon, junto a la Carretera Nacional 7, en un chalé con un gran jardín. Más allá empieza la campiña, las vacas y las ovejas pastan en los prados al otro lado del muro, desprendiendo un fuerte olor animal. A lo lejos se divisan las torres de un castillo, las alturas de Ecully. Más abajo pasa una línea de ferrocarril por la que circulan trenes de mercancías. Los gritos aumentan de volumen, mi madre pide socorro. Yo me precipito hacia allí: mis padres se están peleando, es casi un ritual. Pero esta vez parece más serio. Mi padre llama loca a mi madre, ella le llama hijoputa, él le propina fuertes manotazos en la cabeza, ella intenta tirarle del pelo, arrancárselo. Los dos están de un rojo subido. Ella se defiende, lo araña. Es una lucha torpe, en la que solo cuenta el volumen sonoro de los protagonistas. Ella brama:

—¡Cabrón de mierda, has vuelto a ir con tu puta!

Él lo confirma.

—Sí, pedazo de loca, he vuelto con ella, ¿o es que no has visto la facha que tienes, desgraciada? ¡Te voy a meter en un manicomio!

Él quiere golpearle la cabeza contra las paredes. Yo les suplico:

—Basta, basta.

La pareja enmarañada oscila, está a punto de caerse como en un vals interrumpido. En el enfrentamiento, mi padre introduce la mano de mi madre en el resquicio de la puerta, va a destrozarle los dedos, entonces yo me interpongo. Lo aparto *in extremis*, empujo la puerta, ella jadea de furor, ni siquiera ha visto el peligro; él duda si largarle otro tortazo o pegármelo a mí para enseñarme a no meterme donde no me llaman. Sale, coge las llaves del coche y se va dando un gran portazo. Mi madre llora, morada de rabia, se excusa:

—Qué tontos somos, ¿verdad?, dar un espectáculo así... Anda, ven a

comer, que se te va a enfriar el plato.

Pero han arrancado el mantel, los platos yacen rotos y esparcidos por el suelo, el comedor es un campo de batalla, la sopa forma una cascada verde que gotea hacia el piso. Se me ha pasado el hambre, creo que yo también estallo en sollozos. Recogemos los trozos, los fragmentos de vidrio, enjugamos el charco de sopa con una bayeta.

He querido defender a mi madre, pero ¿la he defendido lo suficiente?

Veinte años más tarde, a comienzos de los años ochenta, aunque yo ya soy un adulto, por la fuerza de la tradición a veces voy el domingo a comer a casa de mis padres, que ahora viven en París, en la puerta de Auteuil. El guión se repite de manera idéntica. La comida empieza más o menos normalmente y, de repente, con un pretexto cualquiera, una ensalada mal aliñada, un rábano mustio, una cuchara caída, surgen las primeras salvas. Mi madre se pone pálida, pide a mi padre que se calle.

—Cállate tú, que no le importas a nadie.

Él insiste. Entonces ella, de manera automática, empieza a toser. ¡Síntoma fatal!

—¿Qué es ese ruido? Ve a escupir si estás enferma.

—No estoy enferma, solo estoy carraspeando.

El decorado ya está montado, la dramaturgia me la sé de memoria. La tensión sube sensiblemente, como una fiebre. Un incidente degenera en tempestad, se despierta el huracán. Todas las humillaciones de la semana, todos los problemas quedarán recogidos en la escena dominical. Es nuestro sabbat particular. Mi padre necesita explotar. Como un actor con gran experiencia, se regodea, hace creer que va a pasar a otra cosa. Inicia conmigo una conversación anodina, pero es un truco para contraatacar. De repente, se vuelve la tortilla. El Bilioso gruñe, la erupción es inminente. Mira fijamente a mi madre, con dureza.

—Al menos podrías haberte arreglado un poco para recibir a tu hijo. ¿No ves que vas hecha una facha (su expresión favorita)?

—Vete a paseo...

Acompaña esas palabras con ruidos guturales diversos.

—¿Otra vez?

—Tengo la garganta irritada, déjame en paz.

Pero la irritación se convierte en congestión, de repente mi madre se ve

sacudida por furiosas expectoraciones que la obligan a levantarse. Escupe perdigones, se pone morada como una ciruela. Esta vez se ha declarado la guerra, mi padre ya tiene el pretexto que quería.

—¡Basta ya, joder!

Levanta la mano derecha.

Mi madre no puede responder, está sacudida por una tos irreprimible.

—Si sigues así, me voy.

—¡Pues muy bien, vete!

—Que te crees tú eso, imbécil. Para ya, te digo. Si alguien tiene que marcharse, eres tú.

—Ni hablar —intenta articular ella entre dos sacudidas—, estoy comiendo con mi hijo. Y no intentes estropear me la comida con tus groserías.

Apenas ha terminado la frase, el cuello se le vuelve a hinchar, las mejillas se inflaman, una serie de convulsiones procedente del fondo de los bronquios asciende a la superficie. Se asfixia, se contorsiona. Esa tos histérica la acompañará durante toda su vida. Como si regalara a su marido un pretexto para reñirla. Él le prohibía fumar, ella consumía Craven A en elegantes cajas rojas de metal que olían a tabaco con especias. Era de estatura media, de remota ascendencia española, tenía el pelo negro, los ojos risueños, la nariz respingona, llevaba un peinado ondulado que ascendía desde la frente, como mandaba la moda de la posguerra. Él respondía al estereotipo del ario de la propaganda: alto para la época, pelo espeso y rubio, casi pelirrojo, ojos gris azulado, la nariz recta, la frente ancha.

Una vez echó a mi madre de un recital que dio Wilhelm Kempff en Lyon en los años sesenta porque manifestó por dos veces una leve irritación de las mucosas. En aquel lugar, el menor ruido se convertía en un grito. El maestro había mostrado una señal de impaciencia, sus hermosas manos de virtuoso, aquellos animales razados, tan finos y musculosos, que habían tocado de todo durante la guerra para los jefes del Partido Nacionalsocialista, habían quedado suspendidas encima del teclado. La sala entera se volvió hacia nuestra fila en señal de reprobación. Mi madre tuvo que quedarse paseando por el pasillo, privada del espectáculo, ahogando su pequeño estrépito sonoro en la inmensidad del lugar. Cuando salí a buscarla, ya se había ido a la parada del autobús, en la plaza Bellecour, para volver a casa. Llegó mucho después que nosotros, y a falta de Beethoven y Schubert, tuvo su ración de insultos, como está mandado.

Aquel domingo concreto, veinte años después, mi madre trataba de detener los espasmos procedentes del fondo de su pecho. Los pulmones le silban. Le doy unas palmadas en la espalda para que se le pase. Mi padre me aparta brutalmente, la agarra, la sacude.

—¿Vas a terminar de una vez, coño?

La mecánica infernal está en marcha. Yo empujo a mi padre, pero la comida ya se ha fastidiado. Él se levanta y se va. Se trata, una vez más, de una falsa salida, y vuelve con una mirada tremenda. La busca, la provoca, mi madre ha despertado el mal humor del monstruo, y este ahora ya no va a soltarla. Como para regalarle otro buen pretexto, la mujer estalla en mocos, escupitajos, provocando en el otro frente una auténtica oleada de mugidos. El crescendo ha sido perfectamente respetado, ahora atacan los órganos mayores. Él amenaza con tirar la mesa, lanzarle un plato a la cabeza. Yo lo detengo, pero no puedo evitar que le tire un vaso de agua en pleno rostro «para que se calme». Ella se sofoca, tiembla, mi padre se marcha para encerrarse en su despacho. Al instante, la tos cesa, mi madre está temblando. Con voz aflautada, como si no hubiese pasado nada, dice:

—Qué tontería, ¿verdad?, eso de ponerme a toser de esta manera... Lo siento mucho, cariño.

Conozco de memoria ese reflejo, la víctima se acusa de la persecución de la que es objeto, yo le suplico que deje a su marido, ella responde tienes razón, tienes razón, para que la deje tranquila. Me marchó una hora más tarde, con los nervios destrozados. Me siento mancillado. Tardaré seis meses en volver. En el metro me encuentro con mi novia de entonces, una guapa mestiza antillana y mejicana, y me deshago en llanto entre sus brazos, como un crío. Ahora me pregunto: «¿No tendría que haber pegado a mi padre, como se merecía, propinarle una soberana paliza?».

Sin embargo, conviene distinguir entre las pequeñas alteraciones de humor y las Grandes Algaradas, que preferentemente debían tener lugar ante testigos, durante una cena. Entonces mi padre se sentía a sus anchas, hallando en la presencia de terceros, niños o adultos, una ocasión propicia para sus expansiones. El escenógrafo preparaba sus efectos. Se frotaba las manos, disfrutaba por adelantado: tenía una víctima y su público, el espectáculo podía empezar. La comida empezaba entre sonrisas, él se mostraba alegre. Eso hacia el cambio más brusco. ¿Que mi madre tenía la desgracia de hacer

tintinear un vaso demasiado fuerte, o de darse contra una pata de la mesa? ¡Error fatal! Él la reñía: «Un poco de cuidado, mujer...». Ella se disculpaba, y volvía a las mismas. Aquello le valía una nueva reprimenda: «¡Mira que eres torpe!», cosa que provocaba una nueva torpeza. Entonces pasaba de «torpe» a «imbécil», con gran insistencia en la segunda sílaba, y empezaba el segundo acto. En un instante, el anfitrión amable se convertía en un loco furioso: levantaba los brazos al cielo y los dejaba caer pesadamente sobre la mesa, haciendo temblar toda la vajilla. Si un sobrino, un primo, se echaba a llorar, reforzaba el espectáculo, los amenazaba con las peores represalias. Mi madre trataba de parar los golpes, se ofrecía como víctima expiatoria. Pedía perdón mil veces: era demasiado tarde. Por fin él se levantaba, no sin tirar al suelo algunos platos, dejando a la asamblea agotada, como si fuera un Atila doméstico. Los platos y los vasos solo se inventaron para permitir a los maridos irascibles desahogar sus nervios: la musicuilla que producen al romperse es un gran sedante para el alma. Esta dramaturgia del rayo la aproveché más adelante como estructura para alguna de mis novelas. He encontrado este rasgo de carácter en algunos amigos míos mal casados, cuyo placer consiste en rebajar en público a sus esposas, que para ellos son el símbolo de su fracaso existencial. Las personas presentes salen de la escena como si las hubiesen ensuciado.

1999, seis meses antes de la muerte de mi madre, han ido a pasar el día a Lyon. Mi madre, muy debilitada por una encefalopatía que le provoca trastornos de movilidad, tropieza con una acera y se cae al suelo. Él, en vez de ayudarla a levantarse, la tilda de «imbécil» ante la mirada estupefacta de los transeúntes, la acusa de hacerse la interesante y la deja tirada. Se necesitará la ayuda de tres personas para ponerla en pie. Él ya ha desaparecido y, por la noche, en el tren que los lleva de regreso a París, la gratifica con todo su repertorio de insultos. Varias semanas después, una tarde de octubre, mi madre se cae en el bulevar Saint-Jacques delante de un gran hotel al que ha entrado para comprar el periódico de la tarde, y se fractura el fémur. Tiene setenta y nueve años. Yo acudo a toda prisa al servicio de urgencias del hospital Cochin. Mi padre irrumpe como una tromba en la habitación y, ante la enfermera estupefacta, se pone a gritar:

—¿Cuándo acabarás ya de hacer tus numeritos, pedazo de estúpida? Anda, levántate y vamos a casa.

Yo lo echo a la calle y le prohíbo que vuelva. Durante cincuenta años de matrimonio, él habrá mostrado una notable constancia en el ataque, y ella una admirable perseverancia en la sumisión. El derribo sistemático de su esposa se inició apenas un año después de la boda, tras lo cual ella empezó a manifestar sus primeros ataques de epilepsia. Ahora, en la cama, la mujer que fue un caso ejemplar de servidumbre consentida, está contemplando a su marido con los ojos muy abiertos, con una especie de sorpresa divertida. Él patatea, ella ya está lejos y le pregunta con voz ausente:

—¿Qué te ocurre, René, querido? Pareces enfadado.

Le va a hacer la peor jugada posible, se sumirá en la demencia y morirá al cabo de pocos meses, dejándolo sin su víctima favorita. Que haya pasado tantos años pactando con su verdugo, que haya consentido en vivir en ese infierno mediocre, es algo que me deja sumido en la perplejidad.

Ella esperaba verlo cambiar, especulaba con una mejora en su carácter. Destacaba sus lados buenos, que los tenía, desde luego, y muchos. Trataba de justificar con todos los argumentos su posición de esposa maltratada. Él, día tras día, le machaba el cráneo, la convencía de su inferioridad, de su fealdad. El altercado era la norma; la calma, la excepción. A cada enfrentamiento, ella bajaba la cabeza, se iba adaptando poco a poco al espejo que él le tendía, adelgazaba, se ponía cada vez más pálida. Peor aún: durante veinte años, ella fue su secretaria, escribía sus cartas en estenografía sin recibir remuneración. Los dictados degeneraban inevitablemente en bronca, el aullador en jefe añadía a sus habituales regañinas los reproches relacionados con el trabajo. Los más graciosos epítetos

—mamarracha, cretina, imbécil— volaban por los aires como avispas. Ella fingía no notar las picaduras. Se esmeraba escribiendo las cartas de negocios en una vieja Remington. A la más mínima falta, él rompía la carta, la obligaba a empezar de nuevo con una copia en papel carbón. Yo lo oía vociferar desde mi habitación y me tapaba los oídos. A veces, por la mañana, mi madre llegaba a desayunar con los labios tumefactos, huellas de moretones o contusiones en los brazos, que trataba de ocultar. Cuando se lo hacía notar, respondía:

—Me he dado un golpe, es que soy tan torpe...

Parecía inmunizada contra la humillación y se tomaba «un escupitajo como una gota de lluvia», según la expresión consagrada. Incluso en sus mejores momentos, vivíamos bajo la amenaza de una tempestad inminente. Podía

estallar en plena noche, yo oía un zumbido al otro lado de la pared, seguido por murmullos rabiosos, objetos pesados que caían con estrépito, portazos. La escena es una purga eficaz para romper la banalidad de los días. Cuando se convierte en cotidiana, se integra en el paisaje de la rutina. Después, para hacerse perdonar, él la cubría de regalos. Ella se los tiraba a la cara.

Entrar en la intimidad de nuestra familia era como levantar una piedra bajo la que se retuercen los escorpiones. Durante un tiempo, a mi madre, promovida al rango de burguesa de provincias al mejorar nuestra situación financiera después de las vacas flacas de los comienzos, se le ocurrió organizar torneos de *bridge* en casa con algunas amigas. Las tres o cuatro primeras veces, las reuniones transcurrieron más o menos normalmente. Hasta el día en que el Déspota, enojado por aquella prueba de independencia, irrumpió en mitad de una partida y, con el pretexto de que necesitaba un informe urgente mecanografiado, se agarró un cabreo tremebundo. Las buenas señoras se estremecieron como pajaritos asustados, mi madre se deshacía en excusas. Intentó reunir de nuevo a sus amigas, pero la sombra del Tirano flotaba en el aire, y el *bridge* quedó relegado al cesto de las pasiones imposibles. Así se hizo el vacío a su alrededor. Al cabo de diez años de matrimonio, consiguió sacarse el permiso de conducir. Él, un día, le cedió el volante del coche sin dejar de guiarla desde el asiento del copiloto; en un hermoso acto fallido, al cabo de pocos kilómetros, consiguió estrellar el coche contra la puerta de casa. Además del bofetón que se llevó instantáneamente, quedó eternamente condenada al ciclomotor, con lluvia o con viento. No se atrevió a conducir nunca más.

Todo eso no impedía largas etapas de alegrías compartidas, descubrimientos, viajes. Mi padre tenía éxito en su trabajo. Era ingeniero de minas, y varias veces me llevó al subsuelo con él: se ponía el casco, las gruesas gafas, y se convertía en una criatura del averno. Su función, según creo, era medir el nivel de grisú, controlar el apuntalamiento de las galerías, la fractura de las rocas, el asiento de los railes, la circulación de las vagonetas. (Mucho más tarde me enteré de que el filósofo alemán Friedrich Leibniz, que también era ingeniero en las minas de plata de Harz, entre 1680 y 1686 ideó un sistema de evacuación de las aguas que en su tiempo fue revolucionario.) Yo me sentía aterrorizado por las vibraciones del ascensor, las fuertes voces de los mineros que trabajaban con el torso desnudo, el calor asfixiante, la temible oscuridad.

Los pozos de la mina me parecían fosas a las que tiraban a los niños malos para que fueran a pudrirse en los subterráneos. Mi padre, veterano de las minas del Sarre y de los Carbones de Francia, vería más tarde, con desolación, el cierre de las minas de Alès, Forbach, Decazeville, Sarreguemines. Seguramente no se equivocaba. El caso es que al llegar a los treinta años empezó a cobrar los primeros dividendos de su trabajo. Se había estrenado con un 4CV verde que parecía una rana con ruedas, siguió con un Panhard, luego un Fregate en los años sesenta, y finalmente se pasó a la competencia y se compró el DS 19 de Citroën, el culmen de la ascensión social. Jugábamos con la suspensión neumática que hacía subir y bajar el vehículo. Mi padre quería ganarse la estima de los suyos, dar alcance a sus cuñados, que habían triunfado más que él, cosa que mi madre, en una pequeña venganza legítima, no paraba de reprocharle, acusándolo de fracasado en cuanto se ponían a pelear. Cada uno era el carcelero del otro. Él estaba orgulloso de haber escapado a la condición obrera a la que su padre, rentista arruinado, quería condenarlo, y que era la de su hermano y su hermana. Nosotros, en cambio, íbamos de camino hacia la mediana burguesía, las perspectivas nos sonreían. El mobiliario iba cambiando, entraban en casa los últimos adelantos técnicos, sofisticados aparatos que provocaban nuestra admiración o nuestra risa. Recibíamos; los amigos de mis padres me recordaban a Serafín Latón, ese agente de seguros gorrón y bromista que invade el castillo de Moulinsart, rodeado de su innumerable chiquillería, en los álbumes de Tintín. En aquel momento yo no prestaba la menor atención a la rubia picarona, de escote con trampa, terriblemente años cincuenta, que le hacía arrumacos a su marido cuando ya era amante de mi padre. Nos íbamos de vacaciones a España, a Portugal, a visitar a nuestros primos lejanos, doblegados bajo la férula de unos dictadores que a mi padre no le parecían tan mal. Se las daba de amante del arte moderno, compraba los bodrios de Bernard Buffet y las litografías de Vasarely, el colmo de la vanguardia para él. Subía de categoría en sus negocios, iba ganando peso. Era culto, manifestaba una erudición impresionante en geografía y ciencias naturales, construía con sus propias manos armarios y asientos, leía a los clásicos, era un excelente cocinero. Con los visitantes de paso ofrecía una fachada amable, elocuente. Tarareaba «*Viens, Poupule! Viens! / Quand j'entends des chansons / ça me rend tout polisson*» («Ven, pichoncita, ven, / cuando oigo una canción / me pongo hecho un picarón») de Charlus (1903), o

Marinella de Tino Tossi, *On dit que j'ai de belles gambettes* (*Dicen que tengo bonitas piernas*) de Mistinguett, *Le Gorille* (*El gorila*) de Brassens, *La paloma*. Mi madre fruncía el entrecejo, lo mandaba callar, quería preservar mis oídos de aquellas infamias de moda, sabiendo que cada una de aquellas canciones iba asociada a una aventura galante.

Pero bajo la máscara de la vanidad social, una grieta lo precipitaba instantáneamente hacia la rabia, hacia el goce de destrozar. Martirizaba nuestros tímpanos al no poder convencer nuestro entendimiento. De toda persona emana un clima, un humor general, que constituye su longitud de onda. Ese clima lo sigue paso a paso, haga lo que haga, y queda grabado en la memoria como la síntesis de su paso. Esa tonalidad, por su negrura, acaba corroyendo todos los placeres. En el caso de mi padre, su alegría maligna particular consistía en someternos a preguntas difícilísimas que ponían de manifiesto nuestra ignorancia y, por contraste, lo elevaban a él a la categoría de sabio universal. Todos los días teníamos examen de alemán; había que traducir a la lengua de Goethe las expresiones más complicadas. Nosotros nos quedábamos mudos y, si mi madre intentaba dar una respuesta, mi padre se burlaba de su acento y lo parodiaba durante el día entero, poniendo boca de culo de gallina. Ella y yo éramos dos niños aplastados por la tutela de un califa omnipotente. Mi madre le tenía miedo, siempre repetía:

—Tu padre es tan fuerte, tiene tanta energía...

—No, mamá, es tu debilidad lo que lo hace fuerte.

Yo también le tenía miedo, me volvía escurridizo. Cuando me sentía aterrorizado por su voz tremenda, juraba vengarme. Pero también quería agradarle, ganarme su aprecio, asombrarlo como todos los niños, hacerlo reír con mis muecas, mis bromitas simpáticas. Soñaba con que dejaba caer sobre mí una lluvia de epítetos elogiosos en vez de sus observaciones punzantes. Su reprobación me dejaba desolado. Pero cuando planteaba la pregunta estúpida «¿A quién prefieres, a papá o a mamá?», yo no me veía con ánimos de mentir y respondía invariablemente: «A mamá». A consecuencia de este triángulo familiar, nuestra vida cotidiana era un sistema de alianzas cruzadas y cambiantes: mi padre y mi madre contra mí, mi padre y yo contra mi madre, mi madre y yo contra él, todos nosotros contra los demás. Y llegó un día en que la combinación fue yo con los demás y sin ellos.

Así pues, al estar constantemente bajo la vigilancia de mi padre, la única libertad que nos podíamos permitir eran nuestros breves paseos por los

alrededores. Ser libre es querer algo y poder hacer lo que se quiere. Nosotros éramos impotentes. Nos paseábamos siguiendo la vía del ferrocarril o hasta el pueblo de Charbonnières, pasando por delante de las villas guardadas por amenazadores dogos. Mi madre caminaba en vez de marcharse de una vez. Huía para volver mejor, encadenada a su torturador, que la martirizaba sin dejar de mantener en otros lugares amoríos apasionados. Andábamos a pasitos para volver a someternos mejor a los caprichos del Soberano. Mi madre leía los periódicos, se alimentaba con la vida abstracta de las naciones y los pueblos para olvidar la suya. A cada crisis, exclamaba: «Ay, ay, ay, qué mal va el mundo...», y aquellos titulares atenuaban sus desdichas. Saber que en otras partes del mundo había seres humanos que pasaban hambre, sufrían matanzas, inundaciones hacía su desgracia íntima más llevadera. En mi casa aprendí dos cosas contradictorias: la pasividad y el odio, y que ambos se alimentan mutuamente.

A falta de vida propia, mi madre empezó muy pronto a desarrollar enfermedades. Un año después de mi nacimiento, sufrió sus primeros ataques de epilepsia, que se prolongaron hasta el final de su vida y que a mí me dejaban aterrorizado. Se medicaba primero con gardenal, un fenobarbital, después con depakina, indicada en el tratamiento de las convulsiones. Más adelante, tras una multitud de pequeñas patologías e intervenciones quirúrgicas, consiguió envenenarse con bismuto para curar sus banales contracciones intestinales, cayó en coma profundo durante varios meses y regresó aureolada de misterio y respeto durante cierto tiempo. Después de lo cual, cuando yo ya tenía cuarenta años, desarrolló una encefalopatía y la enfermedad de Parkinson. Se ponía enferma para que mi padre cuidara de ella, coleccionaba males como otros coleccionan países exóticos, para hacerse visible de algún modo. Pero aquella serie de dolencias todavía la alejaba más de nosotros. Aquel cuerpo devastado a él lo exasperaba más, era como si mi madre pasara de una patología a otra a la manera de una nómada. Sus temporadas de salud no eran sino cortas pasarelas entre dos recaídas. Era por sí sola toda una enciclopedia médica; tenía a gala atrapar alteraciones extrañas, incubaba los bacilos y los virus más estrambóticos, dejando perplejos a los médicos. Siempre tenía demasiado frío o demasiado calor, vivía en un malestar permanente. A la pregunta «¿Tú que has hecho en la vida?», ella habría podido responder: «He tenido cierto número de enfermedades que llevo colgadas como si fueran condecoraciones». Quería

caer en el campo del honor de la salud. Schopenhauer compara las relaciones humanas con las de los puercoespines. Cuando quieren calentarse se acercan unos a otros, pero se lastiman con sus pinchos. Entonces se alejan de su compañero, pero tienen frío. Deben repetir las maniobras hasta encontrar la distancia ideal y que el dolor infligido por los pinchos se haga soportable. Mi madre había perdido todos los pinchos, o más bien los había vuelto contra ella misma.

Yo le imploraba, igual que sus hermanos y hermanas, que se divorciara.

—Mira, en nuestra familia esas cosas no se hacen. Las mujeres divorciadas tienen muy mala fama.

Era la menor de una familia católica con nueve hijos, educada en la beatería y el desprecio hacia el cuerpo, en la escuela Notre Dame de Sion, donde estuvo interna, y no podía decidirse a semejante transgresión. Además, no habría podido vivir sin el dinero de su marido. El argumento económico era una excusa: cuando más adelante encontró un empleo en el Ministerio de Finanzas y accedió a cierta independencia económica, siguió al lado de su esposo, esta vez con el pretexto de que él tenía muchísimas deudas. Era la guardiana del hogar, y en su vejez acabó privándose de todo, mientras mi padre no dejaba de gastar sin medida. Ella se comía las sobras, las cortezas de queso, los mendrugos de pan seco, las verduras pasadas, ahorraba en la luz e incluso en las cerillas, adelgazaba a ojos vistas, se privaba del capricho más insignificante. Al final de su vida no era más que un saco de huesos. La avaricia es un síntoma de desasosiego: en su caso actuaba sobre su mundo y lo encogía. Daba mucha pena verla tan desarreglada, indiferente a su aspecto, perdiendo el cabello, andando con paso tembloroso e indeciso.

Era el derrotismo con rostro sonriente. Muchas veces la encontraba triste, con los ojos húmedos de haber llorado, envejecida antes de tiempo, sin comprender realmente lo que le ocurría. Hay que crecer para compadecerse del sufrimiento de los demás, tomar distancias respecto a uno mismo. Los días de invierno eran largos: yo estaba en el colegio; mi padre, ausente. Mi madre se aburría, se atormentaba: ¿dónde estaba él?, ¿qué estaría haciendo?, ¿con qué «golfanta» la estaba engañando? En ella, los celos ocupaban el lugar de la existencia. Prefería que la pegara, porque al menos así estaba ahí. Todas las mujeres eran sus enemigas, y odiaba a la mujer que había en ella. En Notre Dame de Sion, a las muchachas tan solo se les permitía bañarse en camisón. La higiene no era tan importante como el miedo a la desnudez: las

monjas inculcaban a las colegialas el asco hacia su anatomía. Su vocabulario para referirse al género femenino oscilaba entre «pava», «zorra» y «tía». Todas las mujeres querían «echar el anzuelo» a los hombres: ese léxico heredado de la pesca resumía para ella las relaciones entre los sexos. Alrededor de los hombres solteros no había más que mujeres intrigantes, vampiresas empeñadas en meterlos en cintura. Había matado en ella toda feminidad: se castigaba para castigar a mi padre. Hurgaba en sus papeles, contabilizaba sus amantes, a veces las llamaba para ahuyentarlas. Llegó a entregarme las cartas o las postales que mi padre les escribía, reuniendo así un *dossier* por si acaso. Mi padre practicaba sin prudencia el adulterio epistolar, con la intención de dar a sus aventuras cierto barniz literario. He conservado algunas de esas misivas: lirismo y verborrea. Nada del otro jueves. Eso es lo único que le he perdonado.

Más tarde, mi madre aplicaría esa misoginia a mis primeros amores. ¡Ah, si hubiese podido coserme el sexo, o desmontarlo y encerrarlo en una cajita! Las estudiantes con las que yo salía eran el diablo personificado, unas traidoras lascivas que me chuparían la sangre. Cada vez que mi madre venía a casa, me robaba un poco de ropa sucia, sobre todo ropa interior. Pensar que podía llevarla a la lavandería y confiar aquel tesoro a las anónimas rotaciones de una lavadora era algo que la ponía enferma. Quería conservar el control absoluto sobre mis flujos corporales, detectar una eventual enfermedad, comprobar que no abusara de mis ardores juveniles. No le importaba cruzar todo París con dos camisetas y un par de calzoncillos. A veces, en alguna cafetería, intercambiábamos por debajo de la mesa aquella mercancía altamente comprometedora. Cosía una pequeña etiqueta roja con mi nombre en todas mis prendas, incluso en los pañuelos. Cada año teníamos el numerito del calcetín perdido: los pares desaparejados daban lugar a unas investigaciones que duraban meses y que convertían a mi madre en Sherlock Holmes, removiendo cielo y tierra, registrando mi casa, a fin de recuperar el objeto ausente. Mi padre se apuntaba a la fiesta. Las hipótesis oscilaban entre la negligencia y el robo organizado: o bien yo era un pasota, o bien existía una banda particularmente perversa, que trabajaba para los cojos, y que se había especializado en el hurto de un solo calcetín cada vez. Recuerdo una escena bastante cómica en la que, saliendo de la casa de mi madre después de comer, la oí llamándome a grito pelado:

—¡Pascal, he zurcido tus calzoncillos, tómalos!

—¿Mis qué?

—Tus calzoncillos azules, ya sabes, esos que tanto te gustan.

Los transeúntes formaban grupos, empezaron a gritar a coro:

—¡Pascal, tus calzoncillos!

La habría matado, le ordené que se callara. Finalmente decidimos reírnos todos juntos. Me gustaba su manera de reír, incluso esos ataques que la hacían llorar de risa. Volvía a ser la niña que nunca conocí, llena de esperanzas y proyectos. Había pasado dos años en Brasil, cuando tenía veinte, trabajando como profesora de francés, antes de regresar en 1940 a París, cuando se declararon las hostilidades, para enterrarse después bajo el lienzo conyugal.

Yo, a los treinta y siete años, asfixiándome en una patria que consideraba demasiado estrecha —ser francés es un acto de fe y yo me había vuelto agnóstico—, me fui a California como profesor. Mi nombramiento se debió a una pura y simple carambola. Después de que se tradujeran dos libros míos al inglés, solicité una beca Fullbright. La Universidad del Estado de San Diego aceptó mi petición. El presidente del Departamento de Estudios Románicos, Tom Cox, me llamó un día para anunciarme, desolado, que no había pasado la selección. Al cabo de dos semanas me volvió a llamar, muy amable, a última hora de la tarde: su candidato, un reconocido especialista en cine, Michel Ciment, apenas aterrizado había decidido regresar a París, porque no soportaba la expatriación. ¿Estaría yo dispuesto a ir? Acepté de inmediato, y desde mi llegada fui sometido a una estrecha vigilancia por miedo a que yo también saliera huyendo. Obtuve el puesto solo gracias a la desilusión de mi contrincante, y todavía hoy le estoy agradecido. Allí pasé varios meses fabulosos enseñando el *nouveau roman*, que para mí no es más que una excrecencia de la escuela naturalista, Literatura Comparada e Historia de la Doctrina Socialista, en el Departamento de Ciencias Políticas. Mi apartamento daba a la playa, estaba a orillas del océano Pacífico, a media hora de México, con un clima ideal, propicio para el trabajo y los placeres, vivía con mis estudiantes. Allí leí, entre otras cosas y no sin fatigas, *En busca del tiempo perdido* en su totalidad, un libro del que mi padre, citando a Céline, decía que estaba escrito en «franco-yiddish-floripondio». En contacto con la vida americana recuperé mi afecto por Francia y, de hecho, nunca me siento tan francés como cuando estoy en los Estados Unidos.

Mis padres vinieron a verme, quedaron encantados, y mi madre se quedó

diez días más, sola conmigo. Al contacto con una cultura extranjera, se transformó en una niña. Como no conducía, tenía que ir andando por las calles y se perdía regularmente. Me llamaba desde una cabina.

—¿Dónde estás?

—En un cruce muy grande.

—¿Cómo se llama?

—Hay una avenida que se llama Stop at Red Light (Parar con el semáforo en rojo).

—¿Y qué más?

—Espera, voy a mirar mejor. Ah, sí: Left Lane Must Turn Left (Carril de la izquierda para el giro a la izquierda).

—Mamá, eso son indicaciones para el tráfico. Para de hacerte la tonta, anda. La calle debe tener un nombre, ¿no?

—Es que no veo nada. Realmente soy una idiota, estoy completamente perdida.

Lo hacía adrede, pretextaba su mala visión, se aprovechaba de su debilidad. Me pasé horas buscándola, en una época en que el GPS y los teléfonos móviles todavía no existían. A veces me llamaba la policía y la traía, ruborizada y confusa, encerrada en el compartimento con rejas del coche, como a una ladrona. Yo me alojaba en un edificio junto al mar, en Pacific Beach, y en el piso de arriba vivía una dama encantadora, Janis Glasgow, profesora del Departamento de Francés y especialista en George Sand. Cuando tenía que ausentarse, yo iba a hacer *cat-sitting* a las seis de la tarde. Tenía que dar de comer a su gatito y peinarlo mientras en el equipo de música sonaba un CD con «*El vuelo del moscardón*» de Rimsky-Kórsakov. Yo tenía que ejecutar algunos pasos de danza ante aquel animal excesivamente peludo y melómano, del que su dueña afirmaba que era la reencarnación californiana de Isadora Duncan. El gato agradecía mis atenciones mediante voluptuosos ronroneos. Cuando mi madre estaba de visita, no dejaba jamás de acompañarme en aquella pequeña ceremonia, y yo la exhortaba a bailar conmigo un vals ante Su Majestad Felina.

* * *

En casa, durante mucho tiempo, yo fui el pequeño emperador, y todo giraba a mi alrededor. Me movía ante la mirada amorosa de mi madre, me sentía necesario, mi vida no era inútil. A veces sus atenciones me abrumaban. Para

fastidiarla, le decía:

—¡Me quieres demasiado, déjame respirar!

Pero no quería separarme ni un milímetro de ella, hacía los deberes en la cocina, a su lado. Ponía la mesa, la ayudaba a escardar las lentejas, a pelar las zanahorias. Nos inventamos un método de aprendizaje de la ortografía, teníamos el barón del Circunflejo, el conde del Subjuntivo, la princesa de la Cedilla, el cardenal de las Comillas. Sin duda, en aquella época se originó en mí una visión de la pareja que me acompañaría durante muchos años: la de estar acurrucado en brazos de la mujer amada, sin dejar de ofrecer los míos a las otras que pasan. En la ciudad tomaba clases de piano con una tal señorita Zay, hija, como supe veinte años después, de Jean Zay, el que fuera ministro de Educación durante el Frente Popular, asesinado por judío en 1944 por la milicia a las órdenes de Vichy. En mi recuerdo, era una señora menuda, discreta y solitaria, que se impacientaba ante mi inconstancia. Yo le suplicaba que me iniciara en el *jazz*, ella me remitía a Debussy, el colmo de la modernidad según ella. Mi madre me preparaba enormes bocadillos de rosbif, que me dejaban tan embotado que era incapaz de prestar atención en clase, por lo que salía, además de empachado, desanimado por haber decepcionado una vez más a mi profesora. Y cuando me presenté al examen en el Conservatorio regional, después de haberme preparado una sencilla sonata de Mozart, fallé en un crescendo de notas falsas. Mi madre quedó consternada: soñaba con un Dinu Lipatti y le había tocado un zangolotino sentimental. Cuando, más tarde, descubrí finalmente el *blues*, el *boogie-woogie*, el *swing*, el *jazz*, tuve ganas de volver a casa de aquella mujer tan paciente, tan triste, y decirle: «¿Qué, señora, nos echamos un baile?».

Nuestra casa, en las afueras de Lyon, era demasiado grande para mí; a través de la bodega se comunicaba con los infiernos del subsuelo y por el desván, con los diablos de tejado. Todavía hoy sueño con ella como si fuera un lugar embrujado: los espíritus malignos llegan desde arriba y desde abajo para llevarme, para despedazarme. Muchas noches bajaba al sótano a cargar la caldera de carbón y temía el ataque de los ratones que pululaban por los alrededores de la despensa. Disponíamos de algo que actualmente se ha convertido en un lujo: un gran jardín donde mi padre había construido un huerto, una zona para el cultivo de flores, y unas jaulas para conejos. Estábamos en la ciudad como si estuviéramos en el campo, cosechábamos judías verdes, patatas, zanahorias, yo cavaba el jardín, daba de comer a los

animales. En verano regaba las plantas y las flores antes de cenar, hortensias, petunias, rosas, gladiolos, según la estación. Las víboras y las culebras huían bajo el chorro de la manguera. Pero por la noche, los monstruos salían de la tierra y asediaban el chalé. Venían a buscarme para matarme, oía pasos en la escalera, gritaba para pedir socorro, el miedo fue mi pasión más constante durante aquella época. En cuanto mi padre salía de viaje, yo iba a dormir con mi madre, al menos así fue hasta los once o doce años. La tenía toda para mí, ya no tenía que compartirla. Me convertía en una ilustración caricaturesca del complejo de Edipo: estábamos al fin solos, nos habíamos librado del Psicópata. Mi madre me leía libros. Recuerdo *Jody y el cervatillo* de Marjorie Kinnan Rawlings, y otros clásicos infantiles, Joseph Cronin, Jules Verne, Maurice Constantin-Weyer. Yo me dormía en sus brazos, convencido de que el mundo era amigo mío y me acogería. Me pregunto si también ella, cuando dormíamos juntos en aquella gran mansión, no habría soñado alguna vez con acabar con mi padre. Ya había cumplido con su deber, le había dado un hijo. Podía hacerle una reverencia y hacer mutis por el foro. Hubiera pasado estrecheces económicas, pero tal vez habría podido conocer a un hombre más educado, encontrar un trabajo bien remunerado, volar con sus propias alas. Si en aquella época mi madre me hubiese propuesto eliminarlo, urdir una conspiración contra él, sin duda yo habría aceptado, estaba realmente harto de aquel energúmeno. Pero ella se sometió, encontrando para su torturador, en el fondo de su ignominia, ciertas circunstancias atenuantes, compartiendo con él más de lo que yo mismo podía suponer. Él la mató a fuego lento, ella se inmoló a sus humores en vez de asumir el control de su destino.

Y tal como la acosó durante cincuenta años, en los últimos meses de su vida la cuidó con una abnegación admirable. La muerte fue la única venganza que ella ejerció contra él, al no haber logrado seducirlo. Durante años le suplicó a mi padre que hiciera algún régimen, pues pesaba ya más de cien kilos, le repetía que estaba cavando su tumba con tanto comer, y que no quería heredar sus deudas. Ni siquiera aquel favor le fue concedido. En nuestra familia, los hombres entierran a sus esposas. Cuando murió ella y la pusieron en un box, en el depósito del hospital Cochin, le dije a mi padre:

—Ahí deberías estar tú, no ella. Siempre se van los mejores.

Durante años, todas las ancianas de la calle tuvieron el rostro de mi madre. Me parecía que todas me enviaban mensajes de ánimo: «No te preocupes, yo cuido de ti».

Recuerdo una charla que di en Reims a raíz de la aparición de un libro mío. La sala estaba casi vacía; la organizadora, desolada. Solo estaba ocupada una primera fila de ancianos, los abonados. En cuanto abrí la boca, por obra y gracia de mi verbo, los ancianos se quedaron dormidos en un mismo movimiento. A veces alguno de ellos abría los ojos, me sonreía y volvía a sumirse en el sopor. Pero en cuanto llegué al punto final, aquellos venerables pensionistas del hogar de jubilados se despertaron y me aplaudieron a rabiar. En cada una de aquellas mujeres atildadas, de cabellos blancos o rosas, creía ver a mi madre. «Muy bien, hijo mío, sigue así, estoy orgullosa de ti».

La invité a ir de crucero conmigo, alrededor del Mediterráneo, a Egipto, a visitar los Santos Lugares, a las pirámides. Durante mucho tiempo ella rechazó la invitación por miedo a ofender a mi padre, y cuando finalmente aceptó ya estaba demasiado enferma para viajar. Hasta su muerte yo fui, junto con mi hijo, el principal objeto de su amor. A veces la veía por la rue Montorgueil, en el barrio en el que viví varios años con mi hijo; andaba merodeando, hacía algunas compras, con la intención de cruzarse con uno u otro, como por casualidad. Yo la evitaba las más de las veces, no sin remordimientos, sabiendo que el menor encuentro provocaría horas de consejos, manifestaciones de inquietud sobre la palidez de mi cara, mi delgadez, y terminaría con la eterna advertencia:

—Supongo que no harás tonterías...

—Sí, mamá; las tonterías son lo único que vale la pena en esta vida.

Todos los días, a primera hora de la tarde, me sorprende esperando su llamada, una costumbre que habíamos instituido y que entonces me pesaba. Este silencio es como una astilla que tengo clavada en el corazón.

CAPÍTULO 3

EL VENENO SEMITA

Estamos en Mittelberg, Austria, durante las vacaciones de Navidad de 1956. Tengo ocho años: cada año volvemos aquí de romería. Nos quedamos en el Kaffee Anna, a unos pocos metros del *Kinderheim*, donde voy a visitar a mis antiguas profesoras. Parte de mi alemán se ha desvanecido. Es la hora de la comida. Las camareras con sus cofias pasan los platos con salchichas y col, filetes de ciervo con arándanos, sopa de *knödel* (albóndigas de pan y patata), vasos de *schnaps* (aguardiente de cereza). Yo me estoy aseando en los lavabos después de la jornada de esquí y antes de sentarme a la mesa. La nieve brilla hasta cegarnos. Un hombre alto, vestido con pantalón de cuero y sombrero con plumas, está esperando a que haya terminado de lavarme las manos. Se queda mirándome fijamente y cuando paso ante él me dice con un fuerte acento dialectal y apuntándome con el dedo:

—*Du bist ein Jude* (Tú eres judío).

—*Nein, ich bin nicht* (No, no lo soy).

—*Doch, doch, das kann ich sicher sagen* (Sí, sí, lo puedo decir con seguridad).

Yo corro a repetírselo a mi padre. Este se pone rojo, se levanta, va a buscar al culpable, pero este ya ha salido y está dando unos pasos por el camino. Mi padre lo increpa, mi madre teme un escándalo. Los dos adultos tienen una explicación, yo no sé qué significa la palabra «judío», solo sé que es algo que no está bien. Mi padre me hace señas, tengo que acercarme a ellos. Yo obedezco como si hubiese hecho algo malo. ¿Acaso me he mostrado insolente con aquel señor? Mi padre me hace poner de perfil, girar a derecha e izquierda, señala con el índice mi pequeña nariz. No lo comprenderé hasta mucho más tarde: está dando al forastero una clase de fisionomía racial. No le reprocha que me haya insultado, sino que haya leído equivocadamente mi rostro. Ha cometido un error de interpretación. Esta nariz pequeña no es ganchuda como la de los judíos, en todo caso sería respingona. Yo soy un ario de pura cepa. Le falta poco para bajarme los pantalones. El hombre se

disculpa, me da un golpecito en la mejilla y se va. Aquel señor vive en la nostalgia de un régimen difunto. Yo no me podía figurar entonces que Austria rezumara todavía ese odio a los judíos y ese espíritu revanchista.

En mi familia, tanto la paterna como la materna, éramos bilingües desde la cuna: aprendíamos el antisemitismo al mismo tiempo que el francés. No había ninguna animosidad en ello: era un hecho tan natural como la ley de la gravedad o la rotación de la Tierra alrededor del Sol. La guerra no había cambiado nada en aquella mentalidad heredada de los años treinta y de siglos de antijudaísmo cristiano. Al contrario: era por culpa de los judíos que habíamos conocido aquella miseria, que habíamos incurrido en aquellas espantosas matanzas. Ellos nos habían arrastrado al caos con sus costumbres extrañas y su pasión por el dinero. Así era como se imputaba a la víctima la causa de sus desgracias. En el caso de mi padre, ese reflejo mental había alcanzado cumbres altísimas. Desde que tengo uso de razón, ya en el desayuno, no se hablaba más que de otra cosa que no fuesen los cerdos judíos y otros apelativos delicados. Nunca se recuperó por completo de la derrota de la *Wehrmacht*, y profesaba odio eterno a De Gaulle, a los ingleses, a los americanos. En su diario de guerra de 1941, evocando al primero, se indigna de que sus camaradas de las Canteras Juveniles, una organización paramilitar creada por Vichy, escuchan en Radio Londres «los berridos de mister Tontolculo», mientras que él pega en cada página sellos con la efigie del mariscal Pétain. Esta inclinación, con la edad, llegó a orientar su visión del mundo. El antisemitismo, cuando se lleva a ese grado de incandescencia, deja de ser una opinión, y se convierte en una pasión que impregna a la persona en su integridad. Peor aun, una pasión que se alimenta de su refutación. Mi padre leía a Léon Poliakov, a Jules Isaac, para encontrar en ellos razones suplementarias para vomitar sobre los judíos. Ver cómo esa aversión emigraba desde la extrema derecha europea hasta el conjunto del mundo árabe-musulmán —en las aceras de El Cairo y en las librerías de algunas mezquitas francesas se vende *Los protocolos de los sabios de Sion*— le llenaba de asombro al final de su vida. El islam radical, desde los Hermanos Musulmanes hasta los salafistas pasando por Al-Qaeda, se había convertido parcialmente en depositario del tesoro nazi.

Una aversión así o te exalta o te asquea. Mi padre, que era un seductor, tal vez me habría podido reclutar en su bando, al menos durante unos años. Pero su temperamento belicoso me impulsó a identificarme con aquellos a los que

él execraba. Me habría gustado cruzarme con él a sus veinte años, tomarlo a mi cargo, impedirle adquirir ciertos automatismos. Todos los niños sueñan con recrear a sus padres, hacerlos volver al buen camino. Mi madre me cantaba la misma canción pero en modo menor; aquel era uno de sus territorios de acuerdo, se reconciliaban a costa de los «israelitas», una manera para ella de esquivar la cólera de su esposo.

—¿Sabes, Pascal? Fueron los judíos los que mataron a Jesús.

—Anda. ¿Eso es grave?

Cada día nos tocaba una ración de interminables peroratas sobre Charles Maurras, el mariscal Pétain, el dulce Robert Brasillach y el fogoso Lucien Rebatet. A los dos últimos mi padre los adoraba, en casa teníamos todos sus libros, cada semana leía en voz alta los editoriales del segundo en *Rivarol*, un panfleto de extrema derecha negacionista, fundado por Michel Dacier, en el que escribían entre otros ADG y Gérard de Villiers. La biblioteca estaba llena de los clásicos de la Colaboración: Thierry Maulnier al lado de Tixier-Vignancour, Maurice Bardèche, Benoist-Méchin, sin contar las obras de Drumont y Céline, aunque este último tenía un toque demasiado subversivo para mis progenitores. Las memorias del mariscal Rommel eran profusamente comentadas durante las comidas, así como las de Jacques Isorni, abogado de Pétain, y de Henri Massis, que había dado los últimos toques a la defensa de este. Alexis Carrel, el padre del eugenismo, también ostentaba un lugar de honor. Mis padres devoraron el libro de Roger Peyrefitte *Los judíos*. Apreciaban a aquel provocador de talento, jactancioso y celeberrimo, pero deploraban sus costumbres de invertido. Con el objetivo de desmontar el antisemitismo, «revelaba» que todos los personajes célebres de la época, De Gaulle, Kennedy, Brigitte Bardot, la reina de Inglaterra e incluso Adolf Hitler, eran judíos. Mis padres, escépticos, sacaron de aquella lectura la lección inversa: en realidad los judíos estaban en todas partes y camuflados bajo las más diversas identidades. Había que intensificar la vigilancia. Escuchábamos en la radio las arengas del señor Poujade que a mitad de los años cincuenta fustigaba a Edgar Faure y a «las minorías apátridas de traficantes y pederastas» que estaban arruinando Francia. En la familia se repetía incansablemente que nosotros habíamos declarado la guerra a Alemania para defender a esos «idiotas de polacos», y que la derrota era todo lo que habíamos recibido por ello. Las vacaciones pagadas habían arruinado al país, los franceses se habían divertido demasiado, la Depuración

había sido peor que la Ocupación, los aliados habían cometido crímenes equivalentes a los de los alemanes. Las atrocidades de los unos anulaban las de los otros. Más tarde escuché ese mismo argumento en boca de los intelectuales estalinistas, que justificaban los asesinatos en masa del comunismo mediante los del capitalismo. Para mi padre, al este de una línea que iba de Trieste a Dántzig pasando por Viena, no había más que infrahombres, todos igualmente turbulentos y despreciables, los eslavos, destinados a ser exterminados después de los judíos y los gitanos. Nadie se salvaba a sus ojos, ni los húngaros ni los rumanos, ni los albaneses; exceptuaba a los checos de los Sudetes, porque hablaban alemán. Yo escuchaba aquellas imprecaciones con perplejidad, sin entenderlas, incapaz de separar la verdad de la mentira, dividido entre el deseo de abundar en su argumento para agradecerle y el de replicar para afirmarme yo.

—¿Pero qué te han hecho los judíos?

—Pues... —balbucía él con rabia— pues, bueno, está clarísimo. Los judíos lo han corrompido todo, lo han ensuciado todo, lo han pisoteado todo. Quieren dominar el mundo, se burlan de nuestros valores más sagrados. Yo solo aprecio a los judíos que viven con la vergüenza de ser lo que son.

Reflexionaba y proseguía:

—No se puede confiar en ellos, ¿entiendes? Siempre van por ahí errantes, un día aquí, otro allá. Son *Luftmenschen*, como se dice en alemán, criaturas del aire. Además, son racistas, no quieren mezclarse. No me gusta su ironía, no respetan nada. Fíjate en los hermanos Marx: sus películas siempre me han parecido enfermizas, de lo más casposas.

El argumento era débil, pero en su debilidad residía precisamente su fuerza. La ignorancia del agravio originario es la condición de la animosidad. Uno ya no se acuerda del porqué de la animadversión, se conforma con mantenerla como quien alimenta un fuego, conservando las brasas.

Todavía en la actualidad sigo sin comprender las razones de aquella fobia llevada a tal extremo. Acaso la clave está en nuestro orígenes: procedemos de un grupo de hugonotes expulsados del sureste de Francia, más exactamente de la región de Nimes, tras la revocación del edicto de Nantes en tiempos de Luis XIV, y nuestros antepasados se refugiaron en Alemania y Austria para casarse con unos Bruckner e instalarse entre Aquisgrán, Lieja, Amberes, París y Bruselas. Desde hace dos siglos, los Bruckner no cesan trasladarse, por motivos de negocios, de uno a otro de estos países. Nosotros encarnamos,

en nuestra genealogía, las tensiones de la relación franco-alemana. Cada generación fue poniéndose a favor de un bando y en contra del otro, alineándose con el vencedor de turno. Mi bisabuelo Émile, aunque era súbdito alemán de nacimiento, se negaba a hablar la lengua germana, que comparaba con una paja que había que masticar. Mi abuelo, que hablaba neerlandés y era germanófilo, se alistó como voluntario en el Ejército Real Belga en 1914, y combatió cuatro años en la guerra, que más tarde describió como la época más feliz de su vida. Después de haber luchado contra los «*boches*» (alemanes), se casó con una burguesa judía alemana, Frau Frankfurter, de la que se divorció poco después porque era estéril. Era un delator compulsivo, que, según mi padre, llegó a denunciar a su propio progenitor como agente del Káiser, cosa que le mereció al denunciado la confiscación de sus bienes y una amenaza de prisión, antes de ser rehabilitado. Más tarde, mi abuelo, tras haber pasado tres meses en la cárcel de Lille, en 1944, como sospechoso de colaboración —durante la contienda, toda la región del Norte y el Paso de Calais habían quedado bajo la autoridad del Gobierno militar alemán de Bélgica—, a principios de los años cincuenta, denunció a su propio hijo en las minas del Sarre, acusándolo de haberlo abandonado y condenado a la miseria. Llegó vestido de harapos al despacho del director para dar testimonio de su condición. Después de eso, en los años sesenta, escribirá al superior de los jesuitas de Lyon para difamarme a mí y describirme como un sujeto indigno de recibir la enseñanza de los Padres. Era un protestante intransigente y no toleraba que yo fuera educado en una institución papista. Era, como decíamos en la familia, «un curioso pistolero», amable eufemismo que utilizábamos para describir a un individuo perverso, por lo demás dotado de un hermoso talento para la acuarela y el piano. Le encantaba repartir zarpazos dándoselas de inocente. Cuando venía a visitarnos a casa, en Lyon, solía preguntar a bocajarro, cuando estábamos comiendo, y señalando a mi madre:

—Dime una cosa, René, ¿quién es esa mujer tan flaca que está comiendo con nosotros?

Hurgaba en los cajones, leía las cartas, las robaba o las rompía si no tenían la suerte de ser de su agrado.

Mi padre, a su manera, reprodujo ese antagonismo germano-francés: en 1942, adelantándose en unos meses al Servicio de Trabajo Obligatorio, se fue

primero a Berlín y después a Viena hasta la primavera de 1945, a trabajar en la Siemens, que en aquel momento era proveedora de material militar. La Siemens pagaba a las SS para poder emplear esclavos judíos o soviéticos. Estos prisioneros, de acuerdo con el Programa de Exterminio por el Trabajo, eran explotados hasta el agotamiento. De este modo, mi padre fue un servidor voluntario de Alemania y ofreció sus competencias profesionales a la industria armamentística del Reich. He encontrado rastros suyos en varios periódicos de la Colaboración, donde se proponía formar a jóvenes técnicos procedentes de Francia a través del PTTFa, el Perfeccionamiento Técnico de los Trabajadores Franceses en Alemania, miembro de *Die Deutsche Arbeitsfront* situado en Grillparzerstrasse, 14, en Viena. De esos tres años pasados en Berlín y en Viena, mi padre conservó un recuerdo encantador. Fue la época más hermosa de su vida, llegaría a decirme muchas veces, como para su padre lo fueron las trincheras de Argone. «Si pudiera, repetiría la experiencia sin pensarlo», me decía. En una especie de diario de a bordo, redactado en alemán, en el que guardaba una colección de billetes de tren, postales y briznas de hierba, consigna, por ejemplo, una visita a Berchtesgaden el 8 de octubre de 1944 y una vista magnífica sobre el Königssee. El mundo estaba en llamas y él, en sus momentos de ocio, se dedicaba a hacer turismo por los alrededores del nido de águilas del Führer. Otra vez describe una velada aparentemente festiva en un hotel de la *Hitlerjugend* en Rax-Habsburghaus, Austria, en octubre de 1943, a dos mil metros de altitud. La forma anecdótica de este diario es bastante hábil: en caso de arresto por parte de unos u otros, él quedaría cubierto. No se le podría acusar ni de espionaje ni de colusión ideológica. Había llevado consigo a su hermano Maurice, un muchacho muy guapo que estuvo a punto de ser enviado a una mina de sal por haber seducido a la esposa de un suboficial.

En marzo de 1945, cuando el Ejército Rojo estaba a las puertas de Viena, mi padre huyó con su compañera, una nazi convencida como él, para esconderse en el Tirol y el Vorarlberg, a la espera de que las cosas se calmaran. Me imagino su huida ante las tropas rusas, vagando por las carreteras atestadas de refugiados, sus noches en granjas o casas aisladas, su miedo a ser denunciado en cualquier momento y entregado a las tropas francesas procedentes del Oeste, su estupor ante el aplastamiento y el suicidio de su dios en el búnker de Berlín. Pierre Laval ya había sido detenido en Innsbruck, ciudad que había sido liberada por la resistencia local, la *Osterreichische Freiheitsfront*, en el

verano de 1945, y entregado a las autoridades francesas para ser juzgado y después ejecutado. Más tarde, mi padre llegó hasta Hamburgo, donde, mediante algún tipo de tejemaneje que desconozco —¿sobornó a la joven secretaria que se ocupaba de los registros en el consulado francés?—, consiguió que su nombre desapareciera de las listas de personas buscadas por las autoridades tras la Liberación.

Regresó a Francia en el otoño de 1945, haciéndose pasar por una víctima del Servicio de Trabajo Obligatorio. Aquel hombre timorato, doblegado ante cualquier autoridad, débil ante los fuertes y despiadado con los débiles, adoraba la brutalidad de algunos salvajes, porque era incapaz de ella. También como Laval, que exclamó el 22 de junio de 1942: «Yo deseo la victoria de Alemania», él apostó por el triunfo incondicional del Reich. Para él, como para mi madre, el trauma de la derrota de 1940 se tradujo en una admiración sin límites por el vencedor. «Tú me aplastaste, pues yo te adoro.» La *Blitzkrieg* y la victoria alemana eran tan rotundas que solo podrían ser eternas. Ninguna potencia militar podría contrarrestarlas. Inglaterra se alinearía con Berlín o sería aplastada; además, los británicos, cultural y racialmente, eran semejantes a los alemanes; en cuanto a los Estados Unidos, permanecerían neutrales. El espantoso desbarajuste del Éxodo, la huida despavorida de centenares de miles de civiles, alimentó su cólera contra los judíos y los masones, responsables últimos de la guerra. Aquella misma adhesión a los vencedores la encontré más tarde en el *Diario* de Drieu La Rochelle, que durante el verano de 1944 pasó de la idolatría de Hitler a la de Stalin:

Hitler es aun más tonto que Napoleón (...). Llegó demasiado tarde a una Europa demasiado vieja y terriblemente encogida (...). Los rusos se acercan a Varsovia. ¡Hosanna! ¡Hurra! Esto es lo que grito ahora. Puesto que la burguesía es idiota, el hitlerismo no es más que un justo medio (feroz como todos los justos medios); puesto que Europa rechaza la conciencia y la unión, pues bien, que pase la justicia de Dios, como dijo aquel. Además, instintivamente, yo siempre he estado a favor de Stalin y contra Trotsky: estoy siempre a favor de aquel que asume la responsabilidad más enorme.

Al menos Drieu La Rochelle tuvo el coraje de admitir su traición. Rechazó el ofrecimiento de Malraux de esconderlo y, después de varios intentos, acabó suicidándose con gardenal en marzo de 1945.

Una mañana, yo debía de tener unos doce años, acudí a desayunar en pijama y marcando el paso de la oca, con la pantorrilla bien perpendicular a la

cadere, eructando sílabas guturales, muy orgulloso de mi imitación. Mi padre me dio un tortazo y tuve que irme a la cocina. Mi madre vino a consolarme: «Tu padre está preocupado». No le gustaba que se burlaran del Führer, nunca perdonó a Charlie Chaplin su film *El gran dictador*. Había cometido un error de diagnóstico fatal. Se había echado con furia en brazos de la bestia rubia, y nunca se arrepintió de aquella opción. No se recuperó jamás de la rendición alemana de los días 8 y 9 de mayo de 1945, que atribuyó a un complot judeo-bolchevique: el judío jugaba la doble carta del capitalismo anglosajón y el comunismo soviético. Aunque en privado conseguía disimular su despecho —el judaísmo internacional le ponía una mordaza en la boca, decía—, en privado se desquitaba. Nos castigaba con una purga verbal, una cloaca de palabras. Podía aflorar en cualquier momento. Tenía que manifestar su aversión cotidianamente. Pero la cloaca no evacuaba jamás lo suficiente. Su nazismo, en buena medida imaginario, se refugiaba en un prurito verbal, en una especie de postura estética. Incluso en el los momentos más intensos del conflicto, él nunca fue más que un espectador sin envergadura. Una vez le pedí que me contara si había derramado sangre —se jactaba de haber ido a Dachau en varias ocasiones—. Me juró que no. ¿Me atreveré a confesarlo? Quedé decepcionado, habría preferido tener por padre a un auténtico torturador antes que a un pobre subalterno. También en este sentido el destino me negó la posibilidad de la grandeza en la abyección. Un verdugo me habría asqueado sin contrapartida. Pero ¿se puede abominar de un mediocre? Poco antes de su muerte, en 2012, me contó que también mi madre había ido a trabajar a Alemania, en la empresa Siemens, en el invierno de 1940. Pero ella volvió pronto, incapaz de dominar el alemán. Presa del remordimiento e incluso asustada, le hizo jurar a su marido que no me contaría nada de aquello. Este pequeño secreto me emociona: mi madre tuvo vergüenza, y eso la salva a mis ojos.

Describí a mi padre en *Lunas de hiel*, de 1981, con los rasgos de un viejo fascista que muere trocando su odio hacia los judíos por odio contra los árabes. A él le gustó el libro, la única de mis novelas que aceptó leer, y no se enfadó por la alusión. Yo me había equivocado: el odio hacia los judíos no era negociable, lo prefería a todos los demás. En la amplia galería de chivos expiatorios, siguen siendo los mejores. Pueden exhibir una tradición milenaria. Con los árabes, eventualmente, una vez superados algunos malentendidos, se puede llegar a trabar una alianza contra los hijos de Sion.

Mi padre los detectaba en todas partes, incluso detrás del patronímico más anodino. Husmeaba los apellidos con raíces germánicas, los mascaba, los repetía, los deshuesaba, hasta que desprendieran, como decía él, «un leve aroma de *shtetl*». De niño, viví sumergido en un baño lingüístico que actualmente ha quedado olvidado: *youpin, métèque, gouape, rastaquouère, levantín, banania, interlopes*.¹ Mi hijo y yo nos reíamos de esas invectivas como de los desvaríos de un viejo chocho. Todavía en la actualidad, a veces nos repetimos algunas de sus reflexiones como si fueran fragmentos de una antología. En cierto modo, yo siempre he considerado las opiniones políticas de mi padre bajo la óptica del folclore. No llegué a comprenderlas cabalmente hasta muy tarde. Cuando mis amigos venían a casa, por miedo a alguna salida de tono de mi señor padre, siempre les advertía de que tenía unas ideas «un poco especiales». Lo hacía como quien habla de un viejo tío original o incontinente, que no hay que tomarse muy en serio. Era mi manera de levantar entre él y yo un escudo de burla. El auténtico secreto de familia no es el que se calla, sino el que todo el mundo conoce. Está sobreexpuesto y, por lo tanto, resulta imperceptible.

Por su noventa aniversario, le regalé un libro del historiador inglés Ian Kershaw sobre el Führer; solía bombardearlo con estudios sobre el nazismo y sus crímenes para abrirle los ojos. No lo leyó, por supuesto, pero después de hojearlo me dijo:

—¡Qué imbécil, ese Hitler! Qué tonto era. Tendría que haber esperado al final de la guerra para resolver la cuestión judía. Primero vencer a los rusos y a los aliados gracias a los V2, y después hacer una buena limpieza. ¡Movilizar miles de trenes para llevar a los judíos a los campos de concentración, vaya pérdida de tiempo! Además, no tenía ninguna necesidad de exterminarlos. Los habría podido mandar a Madagascar o a Asia Central. Después, cerrar las fronteras herméticamente para asegurarse de que ningún judío pudiera escaparse. Había otras soluciones... Mira, yo tengo una hipótesis. Escucha bien lo que voy a decirte, porque seguramente algún día será confirmado por los historiadores: Hitler fue engañado por la burocracia del Partido: Göring, o quizás Himmler. Esos sí eran unos canallas. En realidad, Hitler no era nazi.

Otra vez que fui a visitarlo al hospital Sainte-Marie, ya al final de sus días, oí desde el pasillo la conversación que estaba manteniendo con su última

«amiga», una antigua amante de juventud, perteneciente a la alta burguesía, simpatizante rezagada del nacionalsocialismo, como él mismo.

—El tío que me hace los análisis aquí se llama Gluckstein; en fin, no hace falta que te dibuje su retrato...

Ella y mi padre habían llevado su amor por Alemania hasta el extremo de hablar, cuando estaban solos y con voz trémula, en un *hochdeutsch* cursi, la lengua de los Amos: era muy extraño oírlos proferir aquellas sílabas con un toque de acento francés. Aquello parecía un fragmento de pasado desgajado del tiempo y trasladado tal cual al presente.

Un día, hacia el año 2005, mi padre me llamó con urgencia. Acababa de recibir una carta del Ministerio de Asuntos Exteriores austríaco, el BMeiA (*Bundesministerium für europäische und internationale Angelegenheiten*), proponiéndole una compensación por sus «años de cautividad». La suma podía calcularse con efectos retroactivos, si él lo deseaba. Mi padre echaba chispas de rabia.

—Les he mandado un mensaje muy sentido explicándoles mi orgullo por haber trabajado en Siemens. Deberían avergonzarse por renegar así de su historia.

Cuando me hartaba de sus monsergas, le preguntaba por qué no se había resistido. Muchos hombres procedentes de la extrema derecha, como el coronel La Rocque, deportado a Checoslovaquia y Austria, o Daniel Cordier, alias Caracalla, se habían echado al monte y habían luchado valerosamente. Él estallaba de indignación: los resistentes eran unos asesinos, unos refractarios, fugitivos de la justicia, con la excepción del maquis de Les Glières, cuyos miembros habían pagado su estupidez con sus vidas, abandonados por «ese bellaco de De Gaulle y los hijos de puta de los ingleses». Del general pensaba lo que Drieu La Rochelle escribió en su diario el 12 de enero de 1944:

De Gaulle es un maestro de ceremonias contratado por los judíos para preparar su regreso a Francia. A los judíos les gustan los apellidos con «De».

Acogió los acontecimientos de mayo del 68 con una alegría suspicaz, al menos durante las primeras semanas. Ver a su enemigo caricaturizado como Hitler en los carteles callejeros le confortó el corazón: por fin el traidor mordía el polvo. Incluso el furibundo judío alemán Daniel Cohn-Bendit le resultó simpático.

Durante la guerra de Argelia, fue fichado como simpatizante de la OAS, al menos es lo que él afirmaba, acaso por jactancia. Un día en que De Gaulle, de visita oficial en Lyon, tenía que pasar por delante de nuestra casa, la policía vino a registrarla y ocupó la finca. El único acto de valentía que se permitió mi padre fue gritar: «Crápula, vendido», al paso del cortejo presidencial. Yo lo miraba proferir insultos ante la mirada bonachona de los gendarmes. Mi madre, incómoda, permanecía escondida dentro de casa. El fracaso del atentado del Petit-Clamart, pero sobre todo la ejecución del coronel Bastien-Thiry, principal instigador del complot, pasado por las armas el 11 de marzo de 1963, acabaron de perfilar el odio que mi padre sentía hacia el general desde el 18 de junio de 1940. El día de su muerte, 9 de noviembre de 1970, bailó de alegría y brindó con champán.

Vuelvo a ver a mi padre en una foto posando conmigo en 1951 en Kleinwalsertal. Yo llevo un sombrero tirolés, una especie de platillo bordado, y un pantalón bombacho. Él está guapo, delgado, con sus ojos gris azulado, su abundante cabellera. Poco antes, seis años atrás, había evitado que se le condenara a indignidad nacional. Habría podido rehacer su vida sobre nuevas bases, ocultar aquel extravío en su memoria. ¿Cómo sospechar que aquel hombre elegante se sumía regularmente en escenas groseras y nostalgias infames? Durante mucho tiempo esperé que fuera una especie de Benjamin Wilkomirski de la colaboración (nombre de un fabricante de instrumentos musicales suizo que en los años noventa se hizo pasar por superviviente del Holocausto). Que fuera un falso colaboracionista que ocultara su coraje bajo proposiciones abominables, una especie de agente doble de la Resistencia. Nos habría engañado a todos, para revelarse mejor en el ocaso de su vida, en una gloria superior: la del Justo oculto. Cada vez que la televisión, la radio, los periódicos evocaban lo sucedido entre 1940 y 1945, él estallaba: «¿Hasta cuándo seguirán tocándonos los cojones con el genocidio ese?».

Pero tampoco él conseguía pasar página: el Moloch nazi seguía subyugándolo. La Francia contemporánea no ha salido de la lógica de la Segunda Guerra Mundial, que sigue siendo su barómetro absoluto, su novela familiar. Las heridas no han cicatrizado, la animosidad resurge con cada crisis, sobre todo cuando Berlín le toma la delantera económicamente a París, reavivando así las heridas de una derrota secular. Tres guerras, con un saldo de dos derrotas y media si se considera que la victoria de 1918 se obtuvo a

costa de una hemorragia demográfica y moral sin precedentes, y gracias al empuje final de los aliados. Frente a su gran vecina del Este, Francia sufre el complejo del vencido. Nunca se ha recuperado de esos cuatro años de humillación, mientras que la mayoría de la población acogió el fin del imperio colonial como un alivio. Nuestra nación no está enferma del islam ni de la inmigración, que son tan solo agentes reveladores de su debilidad, sino que lleva y seguirá llevando el estigma de la debacle y del régimen de Vichy. Toda la actualidad se puede leer a través de este esquema: cada bando político acusa al otro de colaborar con el Mal, incluyendo a la extrema derecha, que se presenta con los rasgos de la resistencia frente a la invasión extranjera. En 2013, el profesor Nimbus, en la televisión, llegó a declarar que la industria alemana era sospechosa de querer «exterminar» (*sic*) la industria francesa! Este cretinismo afecta a las generaciones más jóvenes: los anarquistas desfilan entonando el «Canto de los partisanos», los islamistas comparan su suerte con la de los judíos durante la guerra, los grupos identitarios insultan a la policía comparándola con las SS, la acusación de «colabo» o de petainismo es la más frecuente en todos los bandos. Seguimos representando interminablemente el argumento mismo de la Ocupación.

No le perdono a mi padre el haber matado en mí la cultura alemana. Mecánicamente, he borrado de mi memoria esa lengua porque era la suya, optando en su lugar por el inglés, que te permite sentirte como en casa en los escenarios más lejanos y te sitúa en pie de igualdad con todos los hombres. Mi padre justificaba a Hitler a la luz de Mozart o Beethoven, y por un efecto de proximidad cultural deducía el primero de los otros dos. El Tercer Reich triunfaba entre los trinos de *La flauta mágica*, el tachín-tachín del «Himno a la alegría». Una cultura que había producido semejantes obras maestras no podía ser del todo mala, sobre todo si esa gran música podía interpretarse entre los barracones de un campo de concentración. Que un verdugo pueda ser melómano es algo que se las trae, sin la menor duda. El sábado y el domingo, en casa, se escuchaba el «*Deutschland über alles*», el himno nacional alemán, tomado de un cuarteto de Haydn, a su vez adaptado de una melodía croata, pero jamás a Mahler o a Mendelssohn. Yo no podré soportar la música clásica hasta pasados los cuarenta años.

Por suerte, la biblioteca familiar incluía también obras inglesas, americanas, la mayoría comprada por mi madre, de Katherine Mansfield a D. H. Lawrence, pasando por Charles Morgan, Dickens, Faulkner, Dos Passos. Fue

en aquella época cuando elevé la cultura anglosajona al rango de segunda patria. Desde entonces no he cambiado.

En su momento de relativa prosperidad, la dolencia de mi padre conoció un periodo de remisión. Empezó a preferir el Imperio autrohúngaro, modelo de tolerancia y coexistencia entre minorías, al Tercer Reich. Leía profusamente a los autores judíos austriacos o húngaros, como Joseph Roth, Franz Werfel, Sándor Márai, desarrollaba teorías liberales sobre la cuestión. Lo creí curado de sus obsesiones, pero estas tan solo habían cambiado de curso. Se convirtió en filosemita: aquello fue peor que lo de antes. De pueblo maldito, los judíos se vieron de repente elevados a la categoría de pueblo modelo, adornado con todas las virtudes. Ellos nos mostraban el camino. La repulsión tomaba la vía de la envidia. Los judíos eran políglotas, empezaban una frase en alemán, la continuaban en inglés, la terminaban en ruso o en francés. Todos hablaban el *emigrante*, en pocos meses aprendían cualquier lengua. Eran ricos, solidarios, estaban unidos. Un judío de Odesa tenía familia en Argentina, en Sudáfrica, en China. En caso de desgracia grave, nadie quedaba desasistido, se comprendían, se ayudaban unos a otros. Esta fue la cantinela que le largó, muy ufano por su amplitud de miras, a Alain Finkielkraut cuando este vino un día a comer a casa. Al terminar la carrera, Alain y yo habíamos desarrollado una amistad casi *fusional*, y habíamos escrito dos libros a cuatro manos, ambos éramos hijos únicos en busca de un gemelo espiritual, él, hijo de un deportado a Auschwitz; yo, de un simpatizante nacionalsocialista. La conversación durante aquella comida fue educada pero seca.

—Si no hubiera sido por ti, me habría levantado de la mesa —me dijo Alain, muy disgustado—. Me he tenido que tragar todos los tópicos antisemitas de los años treinta.

Mi padre encontró a mi amigo bien educado pero «cortito». ¡En fin, nunca llegaría a comprender a «esa gente»! Sin embargo, más tarde no dejaría de asumir su defensa en nombre de nuestra amistad, tal como llegó a proclamar su amistad inquebrantable con Roman Polanski, porque había adaptado una novela mía. Aquel periodo liberal aún le duró algunos años, antes de que la naturaleza recuperara sus derechos, al primer revés de la fortuna. Añadiremos que mi entrada, a los cuarenta años, en la familia de Gérard Oury, nacido Tannenbaum, los vínculos estrechísimos y duraderos que establecí con todos sus miembros, mi inmersión en la calidez matricial del clan, el hecho de tener una hija, Anna, con su nieta Caroline Thomson, hizo que se desarrollaran en

él unos celos feroces. Los «judíos» le habían robado a su hijo, lo habían corrompido con su bienestar, con su dinero. Pasé de una sociedad de la mutua degradación a un círculo de admiración recíproca en el que cada uno halagaba al otro para que subiera el nivel de estima del grupo. El uso generoso del superlativo contrastaba enormemente con el recurso ilimitado al peyorativo. Y cuando mi compañera y yo nos separamos, al cabo de dieciséis años, a mi padre solo se le ocurrió un comentario:

—Mucho cuidado, los judíos siempre se vengán...

Tenía una explicación para todo. Yo lo miraba como a un enfermo grave. El colmo del delirio se produjo unos meses más tarde, con una reflexión que le hizo a mi hijo:

—Tu padre es el único que ha conseguido enredar a los judíos. No sé cómo se las ha apañado.

SEGUNDA PARTE

LIBRARSE DE UNA BUENA

CAPÍTULO 4

EL GRAN SABOR DE AFUERA

¿Cómo salimos de la infancia? Mediante la revuelta y la huida, pero sobre todo por atracción: multiplicando las pasiones que nos lanzan al mundo. La libertad consiste en ir sumando dependencias, la servidumbre supone estar limitado a uno mismo. Yo me libré de mi familia cargando con el peso de otros vínculos que me enriquecieron. Antes incluso de emitir cualquier sonido, somos hablados por nuestros padres, somos el objeto pasivo de sus especulaciones. Más adelante, incluso sin querer, ellos redactan la constitución de nuestra existencia, nos atribuyen tal gusto, tal profesión, proyectando sus propios deseos sobre su prole. A los catorce años, yo tuve la horrible sensación de estar atrapado en una trampa; mi vida apenas empezaba y, sin embargo, ya había terminado. Me puse a escribir para no ser escrito por los míos. Me veía amenazado por un desastre sutil pero irrevocable: la mediocridad. Como todos los desvalidos, me soñaba todopoderoso. Primero usaba una mentira para protegerme. Me creaba un escudo de fábulas, me sorprendía forjando trolas como un músico de *jazz* que improvisara melodías. La gente fingía creerme. Las buenas mentiras siempre se construyen con los materiales de la verdad, tienen que parecer verosímiles. Un día, el sistema se volvió contra mí: llega un momento en que el mitómano se enreda en las historias que él mismo ha urdido. Mentir se convierte en una buena razón para no cambiar nada en la propia vida, salvo que se trate de un acto programático que no alude al pasado, sino al futuro. De ese tiempo conservo una propensión a adornarlo todo para dar al paso de los días una pátina más novelesca. Sigo sometiendo los hechos al régimen de la exageración, la cual, a cambio, me obliga a conformar mi existencia al relato que doy de ella. Invento ficciones para izarme a su nivel.

Supliqué a mis padres que me metieran interno. Intentaron matricularme en el Colegio de los Jesuitas de Friburgo, en Suiza, donde se impartía una enseñanza trilingüe. Me rechazaron: la fe me había abandonado, había pasado de la beatería a la burla, me había convertido en un comecuras, era el

animador de círculo sobre ateísmo en los Jesuitas de Lyon, y mi mala reputación me precedió. Los Padres eran muy listos: toleraban en su seno cierto tipo de protesta anticlerical advirtiéndolo: «Puede que tú hayas dejado de creer en Dios, pero Dios sigue creyendo en ti». Lo que pienso es que los gastos de matrícula, facturados en francos suizos, resultaban demasiado gravosos para la economía familiar. Yo iba creciendo, y entraba en un enfrentamiento directo con mi padre. Varias veces estuvimos a punto de llegar a las manos, yo echaba espuma por la boca, me moría de ganas de pegarle. Él gritaba, yo gritaba más fuerte, y sin darme cuenta empezaba a parecerme a él. Me amenazaba con el correccional. Yo le decía:

—¡Pues muy bien! Para mí, cualquier cosa antes que seguir vegetando en esta barraca.

No haría nada, y yo lo sabía, su reputación habría sufrido un rudo golpe. Habría querido disponer del derecho de vida y muerte sobre mí, como un señor feudal del Antiguo Régimen. Las grandes palizas ya no estaban de actualidad, ni los latigazos ni los azotes con el cinturón. A los primeros martinetes que mis padres compraron en la ferretería, yo les corté las correas para dejarlos inservibles, o bien iba a enterrarlos al jardín. Una noche soñé que los martinetes sepultados en la tierra empezaban a crecer como zanahorias o nabos, salían por todas partes, nuevos y relucientes, con correas dotadas de bolas de plomo muy dolorosas. Todos mis primos también recibían azotes con «el látigo de siete colas», era la costumbre de la época, como los golpes con la regla en los dedos. Las más de las veces bastaba con blandir el martinete para conseguir la rendición del recalcitrante. En algunas ocasiones, cuando mi padre volvía contrariado del trabajo, tenía que descargar los nervios sobre alguien: si yo asomaba por el pasillo corriendo demasiado o gritando demasiado fuerte, me ganaba una colleja. No había ningún motivo, únicamente servía para que él se calmara. En la mesa, si respondía a un comentario o tiraba un plato, recibía doble ración en ambas mejillas, un tortazo de mi madre y otro de mi padre. Tenía que abandonar la cena y subir a mi habitación. Lloraba con las mejillas ardientes y sin dejar de repetir: los odio, los odio. Con el tiempo, serían ellos los que se lastimarían o se torcerían la muñeca al pegarme. Cada vez que eso ocurría, yo me echaba a reír. Los castigos físicos, si no derivan en tortura, al final dejan de afectarte. Te endurecen, la piel se pone coriácea. Cuando la fusta te azota los muslos, la mordedura de la trenza se transforma en calor y deja unas huellas rojizas

como los zarpazos de un gato: son como timbres de gloria ante los compañeros. Las heridas auténticas son las verbales, los juicios negativos, las humillaciones que se te marcan con letras de fuego. Mi padre quería convencerme por todos los medios de mi inferioridad: acabaría como un indigente, era un gandul, un holgazán, un fracasado, era incapaz de trabajar. En cuanto aparecía, me miraba con reprobación. Ahora estábamos luchando en el ring de lo piloso, la rebelión capilar fue uno de los *Leitmotiv* de mi generación: si mi cabellera crecía unos centímetros de más, tenía que ir a la peluquería inmediatamente para que me raparan al cero. Yo era culpable antes de haber incurrido en cualquier infracción, y cometía sistemáticamente la falta que iba a confirmar mi culpabilidad: si me regalaban una navaja avisándome de que no me cortara, a mí me faltaba el tiempo para hacerme un profundo corte en el dedo.

También había momentos de tregua en los que ambos deponíamos las armas y olvidábamos los agravios. Por ejemplo, cada miércoles escuchábamos por la radio «Los maestros del misterio», un programa policiaco que se emitía a la hora de cenar y cuya sintonía, una especie de sierra mecánica temible que iba subiendo de tono en un crescendo, nos taladraba los oídos y nos producía estremecimientos por todo el cuerpo. El asesinato tenía lugar en el primer plato, la solución llegaba con el postre. Mientras tanto, entablábamos febriles discusiones, sobre todo durante las pausas musicales. Yo me deshacía en elocuencia, me ponía sabihondo, ellos me replicaban, en general todos nos equivocábamos, y el desenlace deparaba una sorpresa que dejaba atónita a la audiencia.

Para un niño, su padre es un gigante que va menguando a medida que él crece. Como muchos hijos únicos, yo soñaba con que, un día, un hombre muy elegante llamaría a nuestra puerta, se anunciaría como mi auténtico progenitor y me llevaría de vuelta con mi verdadera familia. Soñaba con que me raptaban, imaginaba que era de noble cuna y caído por casualidad en aquel ambiente que no correspondía a mis íntimos anhelos. Todavía hoy día algunas veces me pongo a imaginar que un día aparecen ante mi puerta un joven o una muchacha y se presentan como hijos míos nacidos de algún encuentro efímero. Yo los acojo en nombre de un valor al que siempre he dado gran importancia: la fecundidad de lo inesperado. Mi padre se mostraba autoritario porque era incapaz de ejercer una auténtica autoridad. Al horror que puede inspirar un déspota se añade, en mi caso, la decepción de haberlo

descubierto, en realidad, vulnerable. Dar me cuenta de su desvarío abrió un abismo bajo mis pies. Sus aberraciones racistas ya no lo ayudaban precisamente a vivir: el hombre que nos había mantenido bajo su yugo durante tantos años, ese *Gauleiter* de opereta que nos ladraba a la mínima contrariedad, se deshacía en reverencias ante sus superiores. Esta es la lógica de la trasmisión indirecta: cualquier educador, enseñante o jefe de Estado, está emitiendo en todo momento dos discursos contradictorios. Una cosa es lo que su boca profiere y otra lo que su cuerpo sugiere. Cuando el segundo contradice al primero, en el niño, el alumno o el ciudadano que le atiende se produce una disonancia. La brutalidad, el desprecio o el miedo que desprende cierta gestualidad prevalecen sobre el sentido de las frases pronunciadas.

En mi adolescencia, empecé a escribir para imitar a los autores que admiraba, acelerar mi vida, escapar a la masa común. Llenaba páginas y páginas con historias violentas o grotescas. Me convertí en escritor para ser amado, para purgar el pecado de existir. Entonces me hice un juramento absurdo: no me casaría nunca, no tendría hijos, no sería jamás un empleado a sueldo. Gracias al cielo solo he mantenido la última cláusula de esta promesa, ya que llevo cuarenta años viviendo de mis libros, y he evitado así las servidumbres del asalariado. Entre los trece y los dieciséis años descubrí un principio más fuerte que la rebelión: el principio de exterioridad. La razón de ser no se encuentra en el resentimiento, que te mantiene pegado al objeto de tu execración. Se necesita además un sí incondicional a la vida. Fuera del círculo familiar existe un mundo más rico, más denso. Familias, ni os amo ni os odio: os pongo entre paréntesis.

En el colegio de los Padres, inmerso en un ambiente sin asperezas ni benevolencia, destacaba siendo más aplicado que los demás. El estudio el camino directo hacia la emancipación. Acaparaba todos los premios, era un repelente estudiante perfecto. Lyon, en los años sesenta, era una ciudad gris, sin ningún parecido con la metrópoli italianizante en la que se ha convertido hoy en día. Era la capital de una burguesía en declive, la de los maestros sederos arruinados por la competencia de otras fibras más baratas, como el rayón y el nailon, y estuvo durante años sumida en el antagonismo entre el alcalde radical Édouard Herriot, anticlerical furioso, y el cardenal Gerlier, primado de las Galias y antiguo petainista convertido en salvador de niños judíos, que la impidió despuntar. La ciudad exhalaba un tufo insoportable a roña y a provincianismo. En el barrio de Ainay, donde se hallaba mi colegio,

el externado Saint-Joseph, las calles estaban atestadas de cuervos, es decir, de curas con las clásicas sotanas negras. A su paso, los niños graznábamos: cruac, cruac. Entre ellos también podíamos encontrar a los curitas más miserables, desnutridos, con la sotana raída o remendada: auténticas almas en pena. El olor que salía de debajo de esos ropajes no era precisamente a rosas, sobre todo los días de calor intenso, pues aquellos elegidos de Dios habían olvidado las bondades del jabón. Nuestro odio por la institución religiosa no conocía límites, y como no podíamos insultar a los prefectos o al padre prior, la tomábamos con los subalternos. Recuerdo con rabia que ya en las clases de párvulos, en la escuela pública, unas maestras fanáticas, solteronas virtuosas ya ajadas, blandían crucifijos amenazándonos con el infierno si comíamos carne los viernes. Nosotros las escuchábamos aterrorizados y suplicábamos a nuestras madres que ese día pusieran pescado para comer. Todo esto fue el caldo de cultivo ideal para un rencor que sería directamente proporcional al miedo que me habían metido en el cuerpo. Éramos jóvenes potros tirando del cabestro. Los niños no son amables, son solo débiles, pues todavía no han tenido la ocasión de manifestar su maldad. En el refectorio, nos atendían unos hombres casi retrasados que la orden contratada pagándoles una miseria. Nosotros los bombardeábamos con quesitos, espinacas, puré, hasta que llegaba el vigilante y nos ordenaba que mostrásemos un poco de caridad cristiana. Éramos unos necios; a mí me llamaban «cerdo *boche*», yo replicaba con un «cerdo hijoputa»: las conversaciones no brillaban por su nivel, precisamente. Una nimiedad podía provocar que llegáramos a las manos.

Los jesuitas fueron unos maestros excelentes. Impartían una enseñanza de calidad, sobre todo en humanidades, pues contaban con algunos profesores fuera de lo común, como el de Filosofía, Yves de Gentil-Baichy, jesuita exclaustro, que nos inició en Kierkegaard, Jaspers, Gabriel Marcel, cuando estábamos asfixiados por Péguy, Bernanos o Léon Bloy, pensadores oficiales del cristianismo de aquel entonces. Por lo demás, formaban una organización jerárquica bastante estricta que tapaba los escándalos, como los curas sobones de niños (más bien escasos por aquel entonces), o los confesores ligeros que embarazaban a sus parroquianas y de cuyos hijos se hacía cargo el colegio, a veces sin poder ocultar su origen. Yo, de padre hugonote y madre papista, acabé agnóstico en lo que respecta a la existencia de Dios. Pero el ateísmo del cristianismo no es como el del islam o el del judaísmo. Queda siempre impregnado de aquello mismo que repudia, sigue siendo cristiano en su

rechazo a Cristo. Y cuando actualmente, en mi apartamento situado en pleno corazón de París, más silencioso que una casa de campo, oigo repicar las campanas de la cercana iglesia armenia, me invade una sensación de sosiego. No hay nada más dulce que una gran religión en su crepúsculo, cuando ha renunciado a la violencia, al proselitismo, y solo exhala su postrer mensaje espiritual: la fe convierte automáticamente en emoción estética, en nostalgia de la infancia.

Los acontecimientos de Mayo del 68 iban a alterar Francia, barrerían unos tabús ya muy carcomidos y que solo estaban esperando un ligero soplo de viento para derrumbarse. Los hijos del *baby-boom* fuimos los grandes privilegiados del siglo xx. Tuvimos la suerte de vivir, durante treinta años gloriosos, una época de crecimiento económico inaudito y en la que imperaba una libertad amorosa sin freno a la que ninguna enfermedad ponía trabas. Nunca nos cansaremos de cantar la belleza de aquellos años líricos, enteramente dedicados a la celebración del deseo y la juventud, y atravesados por una increíble fecundidad artística. ¡Qué contraste con nuestro tiempo dominado por el lamento y la depresión! En el espacio de una sola vida, habremos conocido los últimos estertores del orden patriarcal, la liberación de las costumbres y de las mujeres, el final del tercermundismo y ahora el hundimiento de Europa, que se está muriendo de su propio éxito y de mala conciencia. Mi intuición de 1983, cuando escribí *Le Sanglot de l'homme blanc* (*El sollozo del hombre blanco*), que estaba basada en la existencia de una sociedad occidental que no se ama a sí misma y cultiva la duda mortífera, no deja de verificarse cada día. Odiarse es prepararse para la propia desaparición, y Francia lo conseguirá muy pronto. Toda una parte de nuestra élite de pensadores propone el suicidio o, por lo menos, la destrucción del concepto de Europa, para expiar nuestros crímenes de antaño. Abstraerse del mundo, abandonar la historia, ese es nuestro ideal. Pero somos nosotros los que nos vamos apagando, mientras que los demás pueblos se despiertan.

En la adolescencia, me sentía que estaba ante el amanecer de una vida nueva que me animaba a unirme a ella. Recuerdo mi arrebató cuando, a los catorce años, en el tocadiscos de un cafetucho de la plaza Bellecour, oí por primera vez la voz de Aretha Franklin. Quedé fulminado por aquella especie de lujo vocal, una prodigalidad de alientos y escalas de una cuasiperfección en la tesitura. Sentí que me elevaba sobre el suelo, liberado de las cadenas de

la gravedad, y escuché diez veces, y hasta cien veces, la misma canción. Llegué a comprarme su discografía completa en todos los soportes disponibles. En aquel momento nació mi amor por la música afroamericana (*gospel, blues, jazz, soul, funk*), que nunca he abandonado y que he transmitido a mis hijos.

Por la noche también escuchaba en un transistor de onda corta la música árabe, que estaba prohibida en mi casa. Me volvían loco Umm Kalzum, Farid al-Atrash, Fairuz, Asmahan. Era la época del *twist* y del *escubidú* cantado por Sacha Distel, de aquella morcillita retorcida, vagamente fálica, que adoptaba toda clase de formas; del *hula hoop*, con sus movimientos de mansa emancipación. Florecían las expresiones que hoy ya han pasado de moda: decir de algo que es «*bath*» para decir que está bien, o «Papá, ya no estás en la onda». Las palabras «*simpa*» y «*genial*» hicieron su entrada triunfal en el diccionario, donde iban a tener un éxito sensacional, antes de ser derrocadas por lo «*fun*» y lo «*cool*». La liberación llegó bajo la apariencia de una amable infantilización, una exhibición inmediata de todos los caprichos. En casa, aquellos pequeños placeres estaban autorizados porque resultaban insignificantes. Yo devoraba a escondidas las peores películas, como vía de escape a mi frustración; eran tales mi indigencia afectiva y mi timidez que elegí a escritores mediocres y los convertí en autores mayores, glosaba las canciones de moda, cualquier obrita sin pretensiones daba lugar a una exégesis febril. Un amigo mayor que yo me explicó en una playa española los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* de Freud, provocándome un mareo. Todo un continente se abría ante mí. Me refugié en mis compañeros, a falta de algo mejor, y desarrollamos un erotismo de vírgenes hecho de pajas recíprocas que no comprometían a nada y proporcionaban un desahogo provisional. Nos agarrábamos mecánicamente, sin delicadeza ni contemplaciones, en cualquier parte, en el aula, en el refectorio, e incluso en la sacristía; el semen no tardaba en brotar, y volvíamos a vestirnos. Algunos llegaron un poco más lejos y ofrecieron sus bocas a nuestros jóvenes ardores. Nosotros los despreciábamos, pero recurríamos a sus servicios guardando la mayor discreción. Un chico del último curso llamaba a eso «la hostia espermática», y aquel término sacrílego nos fascinó. Todavía hoy día, millones de adolescentes se inician sexualmente entrando por esa puerta lateral, para más tarde borrarla de su memoria. A esa edad, hay que perder la vergüenza, cuanta más mejor y por todos los medios: la pulsión puede más que el objeto,

la libido es un río a punto de desbordarse.

Finalmente, en los libros aprendí la gramática de la libertad gracias a los dioses de mi juventud: Sartre, Gide, Malraux, Michaux, Queneau, Breton, Camus. Con su ayuda me construí una fortaleza inexpugnable. En casa no teníamos televisión, y eso fue, en realidad, una suerte inesperada: mis aficiones se limitaron a la lectura, en gran medida responsable de una imaginación que me permitió escapar al atontamiento, a la inmersión en la sopa boba de la imagen. La biblioteca fue una muralla y un arma, me protegió del mundo y me ofreció argumentos para enfrentarme a él. Estaba en aquella edad en la que uno se aferra a unos cuantos gigantes del pensamiento creyendo comprenderlos, cuando en realidad no se entera de nada. Por lo menos nos abren la mente y nos invitan a visitarlos de nuevo en el futuro. Los libros no me han decepcionado jamás, he leído muchos que eran malos, pero muchísimos que eran muy buenos. Incluso hoy día compro libros cada semana, feliz al comprobar su exuberancia, su proliferación, aun sabiendo que no me bastarían cien vidas para leerlos todos. Los abro temblando, busco en ellos una revelación como quien descubre el cuerpo de una desconocida, emocionado al reencontrar lo que ya se conoce y que, en realidad, no se conocerá jamás. En cada volumen me alejo provisionalmente de mí, viajo a nuevos destinos, me alzo a otros niveles de comprensión.

Tenía catorce años, y en mi habitación había colgado un cartel con gruesas letras que decían: NI DIOS NI AMO. Mi padre arrancó rabiosamente el póster con la misma rabia con la que rompía los manuscritos que yo escribía y con la que, según él, había arrancado del cuello de su hermana, al terminar 1945, una cruz de Lorena, recuerdo de un romance.

—¡Quita de ahí esa porquería!

Cuando tenía unos quince, para subrayar mi independencia, protagonicé varias fugas patéticas. Nunca llegaba a alejarme más de unos centenares de kilómetros. En verdad, solo me iba para hacer rabiar a mis padres, escapando por los pelos a los guardias. Una noche, para evitar ir al barbero, tomé un tren nocturno hacia París en la estación de Perrache. En el vagón de segunda en el que íbamos apiñados, pues acababan de suprimir la tercera clase, se encontraban un clérigo, dos reclutas, algunos campesinos y una chica corpulenta y pintarrajeada, ataviada con un vestido de terciopelo rojo y un sombrero con flores. Parecía una pastilla de jabón enfundada en piel, con el cutis brillante. Me senté a su lado, ella debía de tener apenas diez años más

que yo, y en mitad de la noche aceptó que apoyara la cabeza en su hombro. Balbuceó:

—¡Me encantaría darte un buen morreo, sinvergüenza, pero no eres más que un crío!

La lamparilla de noche arrojaba una luz pálida y rojiza en el compartimento. Los soldados, muy jóvenes, nos miraban de soslayo y ansiaban su parte en el festín, furiosos por que un mocoso les hubiera arrebatado la presa que estaban acechando. Cuando por fin se quedaron dormidos, mi vecina emperifollada vecina me permitió explorar sus tesoros, fingiendo estar profundamente dormida. Yo me perdí con deleite entre los meandros de aquel cuerpo imponente, intentando orientarme con el tacto. Nos separamos al día siguiente, en un andén de la estación de Lyon, destrozados y sonrientes. Me permitió darle un beso en cada mejilla y me propinó un cachete afectuoso como castigo por propasarme. Cada vez que la desdicha me amenaza, viene a salvarme la bondad de una mujer.

Espabilé temprano, a los ocho años de edad, cuando una tía mía me descubrió con la cabeza metida entre las piernas de una prima y me despachó de un tortazo; pero me inicié tarde, casi a los dieciocho años. En aquella época, ante cualquier mujer, pensaba: «Es inalcanzable para mí», y daba media vuelta. Conseguir llegar al corazón de una desconocida se me antojaba una hazaña tal, que cuando conseguía un beso me sentía como un héroe. Me repetía: «Si acepta cogermelo de la mano, será una victoria tan extraordinaria que tendré que prosternarme ante ella sobre el polvo». Cuando estaba a solas con una mujer, me quedaba mudo, inmóvil, incapaz de comunicar mis sentimientos o mi atracción. No sabía cómo acceder a aquellos bastiones inexpugnables. Si hubiera sido más despierto, habría podido burlar la vigilancia familiar, fintar con las prohibiciones, conocer un goce precoz. Pedía a mis amigos que me soplaran expresiones atrevidas, que yo aprendía de memoria y recitaba como un lorito. En resumen, abusé de esos amores inacabados de la juventud en los que uno oscila entre la humildad y el desprecio, y quedaba en mí algo de esa maldad de los niños, que son incapaces de divertirse sin maltratar a alguien. Durante la adolescencia vemos el amor como un proceso de domesticación de la novedad; no sabemos que amar es aprender a dejar que el otro se separe de nuestro lado, se despliegue a la distancia adecuada. Estaba tan inhibido como obsesionado, con el añadido de que mi madre, por una vez aliada con mi padre, no me quitaba la vista de

encima. Ninguna damisela tenía derecho a franquear nuestro umbral sin haber sido previamente examinada por mi progenitora, que la sometía a un despiadado interrogatorio, y haber obtenido su visto bueno. En el momento menos pensado mi madre irrumpía en mi habitación de Lyon, en el primer piso, para comprobar que nos estábamos portando bien y que no aprovechábamos nuestra libertad para «cometer actos inconvenientes». Un día me contó con medias palabras la decepción que supuso para ella la noche de bodas: la incomodidad de la desnudez, aquel entrelazarse torpemente, la fealdad de los órganos apenas atenuada por la esperanza de la procreación. Si hay que darle crédito, quince días antes de la boda mi padre se reunió, él solo, con un médico que le explicó los misterios del cuerpo femenino y del florecimiento recíproco. A él le correspondía trasladar aquella información a su futura esposa, que no fue considerada digna de ser invitada. ¡Espero por ella que no llegara virgen al matrimonio! Para las mujeres de su generación, el deber conyugal era ante todo una humillación, rara vez seguida de placer. Por lo demás, su vida acabó tal como la había empezado, sumergida en agua bendita, pues durante sus últimos años se convirtió en una asidua visitante de Notre-Dame, loca de amor por el cardenal Lustiger, de quien no se perdía ni un sermón.

Hubo otro episodio crucial en mi formación. Yo estaba con otros estudiantes en La Clusaz durante las vacaciones de Semana Santa. Mi amigo Laurent Aublin, vecino de dormitorio en el Instituto Henri IV, conocimos a dos hermanas de dieciséis y diecisiete años, nosotros teníamos pocos más. Yo tuve una aventura con la menor, una rubia muy guapa que me invitó al albergue donde se alojaba durante las vacaciones, a las afueras del pueblo, para que me despidiera de ella. Entramos hacia la una de la madrugada en un dormitorio en el que habría unas treinta camas. Mi amiga me llevaba cogido de la mano, y me guio sin ruido hasta su cama. Unos leves ronquidos dialogaban en voz baja, alternando de vez en cuando con resoplidos y suspiros. De las literas superiores colgaban brazos trágicos y piernas inanimadas cubiertas con calcetines. La presencia de un muchacho en aquel lugar despertó a las durmientes. Nos abrazamos como dos niños inexpertos, intentándolo todo y sin culminar nada. Aquella chica me provocaba mucho, pero no me permitía nada. Nuestros besos y nuestras caricias resonaban como truenos en el silencioso ambiente: nos estaban espionando. Los colchones

crujían, nuestros cuerpos se doblaban y retorcían, y aquel pequeño convento del sueño se transformó en una colmena rumorosa. Nuestro torpe abrazo despertaba en las chicas que nos rodeaban apetitos insospechados. Al amanecer, mi dulce amiga tuvo hambre y se puso a devorar una bolsa de caramelos. Sus mandíbulas crujían junto a mi oído: me habría gustado ser la almendra y el praliné que masticaba entre sus dientes, descender a lo largo de su esófago, navegar por sus venas, contribuir al crecimiento de su magnífico cuerpo. A eso de las seis de la mañana, me echó, los vigilantes estaban a punto de llegar. Salí por la ventana, bajé siguiendo una especie de canalón hasta recuperar en el suelo la bolsa y los zapatos que había lanzado desde arriba. Frente a mí el sol asomaba tras la cordillera de Les Aravis, como consagración gloriosa de mi noche. Un vigilante me sorprendió en plena operación de vestirme, y le sonreí para despistar. La felicidad debía de leerse en mi rostro, pues me miró con envidia, tal como yo envidio ahora a una persona distinguida o a una chica liberada que sale de noche para correrse una juerga. No soy celoso por naturaleza, me preocupa más mi independencia que la eventual mala conducta del otro. Pero saber que hay gente que se lo pasa bien mientras yo me aburro me destroza los nervios. El hombre me dejó marchar; cogí un autobús hasta la estación de Annecy. Mis dedos estaban impregnados del olor de mi compañera: el opio delicioso de su vientre me embriagaba, y decidí conservarlo el mayor tiempo posible en la yema de mi índice. Olía aquel néctar a cada momento. En Lyon me recogió mi madre, que me examinó con desconfianza, pues llegaba con un día de retraso.

—Ya sabes que estás muy enfermo. Si haces tonterías te puede pasar lo peor.

Yo la miré con ironía; había tomado una decisión: dedicaría mi existencia a las glorias del cuerpo femenino.

A los veinticuatro o veinticinco años hice un viaje en el expreso París-Marsella, en pleno verano. En Lyon sube una mujer de unos treinta años, bronceada, morenaza, con falda corta, entra en el compartimento y se sienta frente a mí. No puedo apartar los ojos de sus piernas hasta Valence. Llega un momento en que las descruza y creo divisar, azoradísimo, el banderín rosa de unas bragas. Mi turbación la divierte, sonrío, se levanta, sale al pasillo para apoyarse en una ventana a la altura de Orange. El tren para en todas las estaciones. Sin decir palabra, yo me coloco a su lado y dejo que mis dedos toquen distraídamente los suyos. Ella me pregunta a qué estoy jugando, le

respondo que aquello no es ningún juego. Damos unos pasos hasta los fuelles que separan los vagones, la cojo por el brazo, nos besamos. Mi propia temeridad me produce sofocos. Quiero llevarla al servicio, ella se niega: primero quiere saber mi nombre. Me entero de que va a reunirse con su marido y sus hijos en la playa. Me concede algunas confianzas, que me dan tiempo suficiente para comprobar su emoción, pero poca cosa más. Con un estupendo acento marsellés, me explica que todo resultaría demasiado rápido, demasiado chapucero. Apenas tengo tiempo de bajar en la estación de Aviñón, mis padres me están esperando en compañía de mi hijo, que es muy pequeño. La indecencia de la situación me choca. Me siento atrapado de nuevo en la nasa familiar. Tengas la edad que tengas, cualquiera que sea tu posición, los padres siempre tienen el poder de agarrarte por el cuello y recordarte que fuiste y serás para siempre un chiquillo desvalido y un mocoso entre sus manos. La sexualidad da a los jóvenes una impresión de superioridad ilusoria. Cuando está solo esbozada, te remite a tu miseria. En el andén, me vuelvo, me despido de la viajera, aunque me quedo tocado por sus encantos, triste por alejarme de ella. Porque aquel episodio improvisado se vio frustrado por otra negativa: la de darme su número de teléfono. Con la misma rapidez con que se entregó, me esquivó. No fui para ella más que un desvarío momentáneo. Mi padre, que no se había perdido detalle de la escena, me preguntó con tono picarón:

—¿Te ha hecho un buen trabajo, al menos?

Mi madre se encogió de hombros y nos llevó lejos de aquel antro de perdición. Yo cogí a mi hijo en brazos y su sonrisa, sus besos, me consolaron de aquella herida en mi vanidad.

Nos alejamos de los nuestros para escapar de nuestros padres, pero sobre todo de nosotros mismos. Queremos huir para reconstruirnos de otro modo. Conócete a ti mismo: este imperativo significaba para los griegos significaba adquirir conciencia de los propios límites. Pero pronto nos conocemos, ya no somos tan extraños a nosotros mismos. Y después, ¡qué tristeza ser solo uno mismo y no poder olvidarlo! Superarse, sorprenderse a sí mismo, ahí está el gran arte de vivir. La adolescencia es la edad de las encrucijadas: uno se siente asaltado por tantas posibilidades que esa misma profusión te paraliza. Tomamos conciencia al mismo tiempo de que la ventana es estrecha, de que el candado volverá a cerrarse muy pronto, de que el nudo corredizo se irá estrechando poco a poco, dejándonos apenas aire para respirar. Crecer es

empezar traicionando, cruzar fronteras, romper amarras, abandonar la aldea, demasiado pequeña, la propia lengua, demasiado familiar, los personajes cercanos, demasiado domesticados, es elegir un pueblo, una cultura, como nueva patria. Me había matriculado en el Instituto Henri IV de París y preparaba mi partida con febrilidad, seguro de que había otra vida, más densa, esperándome a pocas horas de tren. Iba a entrar en el futuro, tomaría las riendas de propio mi destino, abandonaría el pringue provinciano, el monótono infierno del papá-mamá. No quedé decepcionado: la capital superó todas mis expectativas.

Llegué a París un maravilloso atardecer del mes de septiembre bañado por una luz exuberante. Al salir del metro en Saint-Germain-des-Prés, descubrí de un vistazo la libertad, la belleza y la inteligencia. Las terrazas de los cafés estaban atestadas de hombres y mujeres bronceados, elegantes, entregados al culto de los placeres y la conversación. Sus ágiles cuerpos expresaban aquella independencia mental, aquellas costumbres libres que contrastaban con la rigidez de mis compañeros de juventud. Era la hora milagrosa de las intrigas, de los pactos clandestinos que se urden antes de la noche; una diversidad de etnias, de colores de piel, de lenguas, de formas de andar como yo no había visto jamás se concentraba a mi alrededor. En un espacio apenas mayor que una plaza de pueblo se cruzaban los seres más extravagantes, los más disímiles. Sentí vergüenza de mi aspecto, de mi ignorancia, de mi mata de pelo, tan tupida. Tenía pinta de paleta. No podía apartar los ojos de aquellas criaturas fabulosas que se reían con estridencia, fumaban o se besaban en plena boca.

En París conocí por primera vez a argelinos, africanos, vietnamitas, americanos, askenazíes, sefarditas. Iba hacia ellos imantado por su singularidad, pero, al final, me asombraba descubrirlos tan parecidos a mí: compartíamos las mismas aspiraciones, las mismas frustraciones, las mismas ganas de escapar de nuestras tradiciones. También descubrí tribus de nombres desconocidos: los comunistas, los trotskistas, las feministas, los lambertistas, los situacionistas, los maoístas, los anarquistas, los anarcosindicalistas; todos enemigos unos de otros, ajustando cuentas a golpes de barra de hierro y de insultos. Yo me incliné instintivamente hacia la izquierda, una izquierda más bien libertaria, porque allí se admitía casi todo, aunque nunca me afilié a ningún partido. Cantábamos *Avanti Popolo*, *Bella ciao*, *La Jeune Garde*, para

desvincularnos lo más claramente posible de la nostalgia totalitaria. El izquierdismo fue aquella treta de la historia que permitió liquidar el comunismo entre los intelectuales arrastrándoles provisionalmente hacia sus dogmas. Yo no quería dejar pasar de largo mi época, perderme lo mejor que tenía, en su locura, sus inventos e incluso sus absurdos. Nunca fui comunista, trotskista ni maoísta. Anduve vagando durante varios años de una secta izquierdista a otra, según mis humores, incluso pasé unos meses en el PSU, y hasta conservo una imagen de Michel Rocard enseñándonos los rudimentos de la guerrilla urbana en una playa de Córcega. Todavía produce risa recordarlo. En realidad, yo prefería con mucho los movimientos *beatnik* y *hippy* antes que los doctrinarios del marxismo-leninismo, me sentía más cerca de Charles Fourier que de Lenin, más de Allen Ginsberg que de Antonio Gramsci, de Krishnamurti que de Mao Tse-Tung. Muchos años más tarde, llegaría a ver a Allen Ginsberg recitando su poema «*Howl*» («Aullido») en la librería City Lights de San Francisco, un manifiesto estético delirante, un sublime grito de cólera contra América y la vida moderna: el poeta emitía gruñidos, vociferaba, entraba en trance, y el público salía embelesado por aquella *performance*. Volvería a encontrarme con él en 1995, en Palo Alto, cuando fui a visitar a René Girard: Ginsberg estaba enfermo, más calvo que nunca, con dos farolas en el lugar de los ojos. Le expresé brevemente mi admiración por él.

Nunca he abandonado realmente el progresismo, a pesar de la densa estupidez y el *buenismo* que lo dominan. A mi edad uno no abandona a su familia adoptiva, solo se aleja de ella. Todavía hoy en día, las únicas estupideces que me indignan son las de la izquierda, las demás me dejan indiferente. Prefiero pensar contra mi propio campo, minarlo desde el interior, antes que desertar.

Me enamoré de París, mágico y piojoso a la vez. Quedé prendado, y esa sensación todavía perdura en mí. Vivir mis sueños o soñar mi vida no me interesa: nunca me he sentido decepcionado, porque la realidad siempre ha superado mis expectativas. El mundo es más rico que nuestro pobre corazón. En París, ciudad que por supuesto repugna a mi padre, aprendí que la belleza es en parte fealdad, el placer en parte dolor, que los contrarios confraternizan. El Sena era ya en aquel entonces este caldo infame que transcurre entre sus dos orillas, una fosa séptica con reflejos metálicos que remontan las *peniches* y los *bateaux-mouches*. Nada más llegar yo quise pertenecer a la *Rive*

Gauche, a la juventud bohemia, a la civilización del café con leche, de las conversaciones febriles. París para mí sigue siendo la ciudad erótica por excelencia, en la que uno se abrasa con una mirada, como una antorcha. Me atracaba de rostros alucinantes, viendo el espacio público como la proliferación de todas las intrigas posibles. Y entonces comprendí el objetivo de toda existencia: casar la verdad con la belleza. Me puse a esperarlo todo de las calles: mi sustancia, mi poesía, mis placeres. Vivía en cafetuchos ahumados, en esas pequeñas aglomeraciones movedizas que aseguran tanto la circulación como la selección. Nunca estás solo, nunca hay demasiada gente, tienes a todo el mundo al alcance de la voz y de la vista, la gente forma grupos según sus afinidades. La ciudad me decía: «Todo es posible». Yo me obligaba a permanecer alerta, a mantenerme a distancia de las comodidades enclaustradas de la vida en pareja. Si la palabra plegaria tiene un sentido, la que me dirigí a mí mismo aquella tarde incluía una única petición: quería mostrarme digno de aquel espectáculo.

CAPÍTULO 5

LOS QUE TE AYUDAN A DESPERTAR

Tengo veinte años y estoy leyendo bajo la luz del sol, bolígrafo en ristre y con la ventana abierta de par en par sobre la rue Guisarde, *La fenomenología del espíritu* de Hegel en la traducción francesa de Jean Hyppolite. Mi hijo Eric, de pocos meses de edad, llora en su cunita. Estamos jugando al filósofo. Yo le leo en voz alta algunas frases muy sonadas del Gran Alemán:

—«Cada conciencia persigue la muerte del otro.» ¿Y tú qué opinas, cariño? Él balbucea sin escucharme, muerde el sonajero.

—Ya veo que no te apasiona. Mira, esto te afecta más: «El nacimiento de los hijos es la muerte de los padres». Ya entiendes lo que esto significa: que nuestra desaparición está estructuralmente inscrita en tu venida al mundo. Es como para desanimarse, ¿no? A mí, en todo caso, me lo parece.

Al cabo de diez frases, una de dos, o se queda dormido o se echa a llorar. Hegel no es un alimento adecuado para lactantes. Al día siguiente, le leeré un poco de Schopenhauer o de Heidegger, fragmentos de *Ser y tiempo* para estimular su cerebro e impregnarlo de sabiduría. Vivimos con su madre Violaine, actriz y maestra, hija de un ex combatiente de las Brigadas Internacionales que perdió una pierna en el frente de Madrid en 1937, en un apartamento de doce metros cuadrados de la zona de Mabillon, una habitación con cocina americana y retrete a la turca en el rellano. Es la Francia de los años setenta, tacaña en jabón y sanitarios. Cuando mis padres se enteraron, con cierta emoción, de la existencia de mi hijo, seis meses después de su nacimiento (en 1970), todo lo que se le ocurrió decir a mi padre fue:

—Suerte que la madre no es judía ni árabe ni africana.

La primera reacción fue la peor. Pero enseguida se encariñaron apasionadamente con aquel niño y quisieron acapararlo.

Violaine y yo somos pobres de solemnidad, ella va a cantar de noche por las calles canciones de Barbara, Jean Ferrat, Gilles Vigneault, o temas que ha compuesto ella misma, yo paso el sombrero y me siento el más afortunado de

los humanos. Escucho sin parar a Léo Ferré: *Avec le temps, va, tout s'en va. Con el tiempo, va, todo se va*, una canción de emocionante fuerza y sencillez. Me atiborro de desdicha abstracta a una edad en la que, con el tiempo, todo llega, todo sucede, sobre todo lo mejor. He suspendido la oposición a la cátedra de Filosofía y el concurso de admisión a la Escuela Normal Superior, y me alegro mucho, mientras que mi madre se tira de los pelos. Nos habían repetido hasta la saciedad que los exámenes iban a desaparecer, así que hice yo hice el mío de cualquier manera. Ahora soy consciente de la suerte que tuve de haber escapado a la carrera que esperaba al resto de mis compañeros. Si hubiese sido catedrático de universidad o de instituto, habría tenido que soportar la indiferencia de los alumnos socarrones, ascender los peldaños del escalafón, someterme para agradar a mis superiores. Me he dedicado también a la enseñanza, pero más tarde y en otras condiciones. Lo que he ganado en libertad, lo he perdido en seguridad. Pago el tributo, que a veces es gravoso. He seguido siendo para siempre un eterno estudiante, con el bolígrafo en la mano, garabateando cuadernos que cubro de torpes dibujos, releendo a los clásicos como si los abriera por primera vez. Al ir cumpliendo años, calibro las dimensiones crecientes de mi ignorancia, lo cual, lejos de deprimirme, me permite presagiar nuevos asombros.

Tuve que espabilarme solo, dar el salto a lo desconocido con la angustia que ello comporta. Decidí, en una apuesta insensata, vivir de la pluma: sobrevivía sobre todo a base de becas y pequeños trabajos, como vigilante nocturno, periodista *free lance* en revistas de moda, recepcionista, profesor de alfabetización en empresas (llegaba a las oficinas a última hora del día, y allí me llamaban «el señor Moraco», pues las clases, que tenían lugar en el sótano, reunían una mayoría de magrebís), vendimiador, camarero de restaurante, pianista de bar: masacraba alegremente los temas clásicos en salones ruidosos, multiplicando los efectos de escalas y arpeggios, los *blues* atronadores, las interminables improvisaciones. Lo peor era cuando algún profesional se ofrecía a acompañarme al piano y después de unos cuantos acordes acababa eclipsándome, reduciendo mi música a un trabajoso ruido de fondo. A los veintiséis años conseguí por casualidad un puesto de redactor en una compañía de seguros. La primera mañana, cuando me dirigía a la oficina, atisé mi reflejo en un escaparate y lo que vi me asustó: un joven currante con la cartera en la mano que pronto iba a quedar atrapado en la espiral *métro-boulot-dodo* (metro-currar-dormir), como se decía entonces, y di

media vuelta. Antes apretarme el cinturón que caer en eso. Durante años, con gran desolación de mis padres, que me anunciaban una nueva catástrofe cada día, iba a conocer una especie de precariedad feliz, porque me entregaba al lujo supremo: la vida del espíritu y el tiempo libre. A lo largo de toda mi infancia había oído a mi padre, que soñaba con ser funcionario, machacarme con su breviario de la docilidad:

—No destaques, quédate en segundo plano, llega a las citas antes de tiempo, adopta las opiniones de tus superiores y recuerda siempre que el futuro pertenece a los que madrugan.

¿Qué tiene de extraño que en mis escritos haya usado sin reparos la provocación, que haya odiado las trabas y que durante mucho tiempo haya preferido el mundo de la noche? Comía en cuchitriles chinos o vietnamitas, de efluvios potentes y precios imbatibles. Los servicios de Sanidad los cerraban uno tras otro por uso ilícito de ratas, perros o gatos en la cocina, pero a nosotros no nos dejaban de parecer deliciosos. Esos animalitos saben mejor de lo que insinúa su mala fama. Yo ejercía el oficio que había elegido, tenía a mi disposición las obras cumbre de la cultura universal y no estaba sometido a ningún horario. Pertenecía a la aristocracia del ocio ilustrado: tenía poco dinero, pero pasaba todos los inviernos en Asia, gastando en tres meses lo que en París habría dilapidado en quince días, iba de Goa en enero a Ibiza en agosto, de Yogyakarta a Ko Samui, de Penang a Rangún. Pronto elegí la India como patria adoptiva, tan atónito por la miseria como entusiasmado por el esplendor, la elegancia y el refinamiento de ese pueblo, matriz de todas las civilizaciones asiáticas. Iba a aquel país con la certeza de no encontrar ningún rastro, ni siquiera indirecto, del mío, contrariamente a lo que ocurre en África o el Magreb. Me dirigía allí por hartazgo de mi propia cultura y para volver a mis orígenes, en busca de una alteridad redentora. Desembarqué en Bombay en el momento en que, en Europa, los antiguos *hippies*, esos príncipes andrajosos, se transformaban en mendigos, se morían en las cunetas de disentería, de agotamiento o de sobredosis, ante la indiferencia de los autóctonos. Disfrutaba del placer de desaparecer entre las multitudes, de ser un desconocido entre millones de personas anónimas, arrastrado por oleadas de cuerpos en movimiento. De vez en cuando conseguía colocarle un largo artículo sobre la política de Nueva Delhi, o las tensiones interconfesionales en el subcontinente, o la situación de las vacas sagradas (siento gran cariño por este animal y sus hermosos ojos húmedos) o

la reislamización del mundo malayo, a alguna revista especializada, con el fin de pagarme los viajes. Era apasionado, despreocupado, confiaba en mi buena estrella. Para mí, escribir siempre ha sido inseparable de un arte de vivir: el estilo ante todo, una estética de la existencia, gozar de las pequeñas cosas, albergar la esperanza de que las grandes son posibles. No renunciar a nada: ni a la filosofía, ni a la novela, ni al cuento infantil, ni al teatro: tal fue mi apuesta en la adolescencia, la fidelidad a cierta tradición francesa. He tenido suerte, lo reconozco, mis libros funcionaron bien desde el principio, corrían tiempos mejores.

Los libros me han salvado. De la desesperación, de la estupidez, de la cobardía, del tedio. Los grandes textos nos izan por encima de nosotros mismos, nos ensanchan el alma hasta que alcanzamos las dimensiones de una república del espíritu. Entrar en ellos es como aventurarse en alta mar o desmontar un mecanismo de relojería extremadamente sofisticado. Yo ya me había iniciado en algunos de los grandes maestros de la filosofía, y tenía la impresión de respirar mejor en su compañía. Los sistemas de pensamiento tienen algo de fascinante, dan cuerpo a las pequeñas ideas absurdas que se nos ocurren a todos: ¿por qué existe algo y no nada?, ¿estamos solos en el mundo?, ¿qué esperanzas podemos albergar? Me gusta la voluptuosidad en filosofía y disfruto de la filosofía como un voluptuoso. No concibo el comercio de las ideas sin una dimensión poética y carnal. Plantearse preguntas sin respuesta es, según creo, la grandeza enigmática de esta disciplina, aunque demasiado a menudo la vemos devaluada por la seriedad, que oscurece las cosas para hacerlas pasar por profundas. ¡Con cuántos profesionales del concepto me he topado que no saben abrir la boca sin citar a Nietzsche o a Spinoza, esos amigos de la sabiduría, macilentos y trajeados, con cátedra o sin ella, que llegan a la jubilación después de haber estado odiando toda su vida a sus alumnos y soñando con un destino más anchuroso cuando ya no están a tiempo! Se creían en la cima de la inteligencia universal y dejaron pasar de largo la vida. El espíritu ha dejado de soplar sobre ellos. Saben hablar de todo pero no saben de qué están hablando. Los libros los alimentaron, los libros los han matado. Lo maravilloso del oficio de profesor sucumbe por el hastío de la repetición si no está permanentemente inspirado por una especie de vibración misional, si no es el arte de captar las almas, de levantar los corazones. Admiro a los grandes eruditos, a los aventureros del

espíritu. Pero me gustan todavía más los pensadores sin título que pueden desplegar un razonamiento brillante, y por otra parte saben disfrutar de la vida, son capaces de burlarse de sí mismos, de reírse de la comedia social. ¡Ay de aquel que se toma por un sumo pontífice, que adopta la pose del mago o del profeta! La impostura lo está acechando. San Francisco de Asís quiso ser el juglar de Dios. Más modestamente, los intelectuales son bufones reales en la sociedad burguesa; nada más, pero nada menos. El burgués es más sabio que ellos cuando les recuerda su condición.

Nunca he podido terminar *La fenomenología del espíritu*, ni *Ser y tiempo*, los dejé en suspenso a mitad de la travesía, pero ya conozco el desenlace. Feliz en un caso, trágico en el otro. Algún día los retomaré, con prudencia: una intuición me dice que ciertos libros no hay que terminarlos, so pena de provocar la desaparición del lector. Pura superstición, lo reconozco. Mantengo una relación particular con ciertas obras maestras farragosas que tengo ganas de haber leído para no volver a tocarlas nunca más. Las abro, las huelo, las abandono con remordimiento, las vuelvo a coger con tedio. Incluso si ya me las he terminado, me parece que me he perdido algo y que debería volver a empezar de cero. Requieren una inversión mental que debe equilibrarse con alguna recompensa. He abierto la mayoría de las grandes novelas de la literatura universal sin atreverme a recorrerlas de arriba abajo, por miedo a que acabaran ellas conmigo.

Así, en el verano de 2012, visitando el Oeste americano, decidí recuperar *La montaña mágica* de Thomas Mann y leerla entera. El tema me tocaba en lo más hondo, puesto que la acción se desarrolla en un sanatorio para tuberculosos, el Berghof, en Davos, Suiza, en 1911. Narra, como es sabido, las dramáticas aventuras de Hans Castorp, un joven que llega desde Hamburgo para pasar unas semanas junto a su primo enfermo, Joachim. Allí descubre el extraño mundo de los internos, cuya principal ocupación es descifrar la radiografía de sus pulmones, contrae la enfermedad y se enamora de una joven rusa, Clawdia, una pasión que no se consuma nunca. Permanece siete años en ese lugar de las montañas, hasta la declaración de guerra de 1914, cuando parte a luchar en las trincheras. Uno de los objetivos de Thomas Mann, creo yo, es invertir las perspectivas: la sociedad de los tuberculosos, aunque aparentemente alterada, es más civilizada que el mundo de las llanuras que va a hundirse en la barbarie de la Primera Guerra Mundial. El lenguaje de los de arriba no es igual que el lenguaje de los de abajo. Las

personas sanas, sin saberlo, son los verdaderos enfermos, mientras que los supuestos enfermos son espíritus dotados de una lucidez superior. La cultura burguesa, tan exquisita, está a punto de engendrar una salvajada inimaginable. Había empezado el libro treinta años antes. Me quedé deslumbrado por las cuatrocientas primeras páginas, las trescientas siguientes provocaron mi desaliento; y las últimas, me hartaron. Hacía trampas, me saltaba los pasajes didácticos, las largas disertaciones, y llegué sin resuello al desenlace. En el prólogo, Thomas Mann refutaba de antemano la acusación de aburrimiento y pedía al lector que se tomara su tiempo para leer aquella historia y ponerse en el lugar de los personajes. Un libro escrito a lo largo de varios años necesita a su vez una lectura dilatada. Mi padre, convencido de que Thomas Mann era judío, perseguía a este escritor con su manía, pero por razones equivocadas, por su furiosa oposición a Hitler. Se dio la casualidad de que murió el día después de que yo cerrara este volumen enorme. No hay ninguna relación de causa-efecto, lo admito, pero vi en ello una señal.

La única manera de escapar de la propia familia es procurarse otras, vincularse espiritualmente a nuevas tradiciones. Apenas desembarcado en París, mi curiosidad se orientó hacia todas las testas coronadas de la esfera literaria. Un incidente resume por sí solo la relación que establecí con mis padres de repuesto. Un novicio tiene una confianza ciega en los superiores a los que admira. Mi primer maestro fue mi profesor de Filosofía en el primer curso de acceso a la Normal, el señor Bloch. Improvisaba sin nota alguna sobre Kant, Rousseau, Hegel, y yo tomaba apuntes de sus clases en unos cuadernos con márgenes que todavía conservo. Se mostraba brillante, claro y profundo a la vez, las dos cualidades imprescindibles en todo buen pedagogo. Era de esos profesores que te elevan el alma y en una hora deciden tu vocación. Poseía un don para la inversión dialéctica que nos dejaba pasmados a nosotros, pequeños provincianos que habíamos subido a la capital para espabilarnos de cuerpo y alma. Sus cursos eran una delicia, y me habría gustado memorizarlos a medida que él los iba impartiendo. En la clase de al lado causaba furor René Schérer, especialista en Husserl, con su rostro de ave de presa, defensor junto con Guy Hocquenghem de los amores pederásticos, y que había extraído de la lectura de Charles Fourier la noción de hospitalidad erótica con los muchachos. Un día el señor Bloch me llevó a su casa, cerca de Le Val-de-Grâce, para devolverme un ejercicio corregido.

Apenas habíamos abierto la puerta, una voz chillona gritó desde el salón:

—¡Raymond, ponte los chanclos!

Mi dios del concepto me miró con aire desolado, se encogió de hombros, y me señaló con el dedo un montón de babuchas de fieltro tiñosas, apiladas sobre el felpudo de la entrada. Metimos los pies vacilantes dentro de aquellas zapatillas, y todo mi entusiasmo empezó a desmoronarse en ese instante. Su esposa, una señora bajita y pálida pero con un timbre vocal consistente, comprobó que fuéramos bien calzados adecuadamente y corrió a encerrarse en su habitación. Salí de allí con mi ejercicio en la mano, incapaz de pegar los trozos de mi ideal roto. Un hombre tan brillante, pensaba yo, solo podía vivir en un sublime apartamento acompañado por una mujer excepcional. Aquel día decidí que yo jamás sería profesor, que evitaría por todos los medios aquella profesión, si había que pagarla con semejante compromiso. Ahora, con el paso del tiempo, mi actitud me parece de estúpida intransigencia. El señor Bloch era un gran profesor y un buen esposo en la vida civil, preocupado por mantener la paz conyugal. Que tuviera que cambiarse los zapatos por unos chanclos de fieltro me parece, en realidad, un gesto de higiene: después de todo, numerosas culturas nos exigen que nos descalcemos antes de cruzar el umbral de una puerta para no desperdigar por el interior las impurezas de fuera. Pero la juventud es necia, es la edad de lo absoluto, y no conoce el arte de los matices.

Una cosa es adoptar maestros y otra más angustiada verlos hundidos o en apuros. En 1967, asistí a un abucheo a Jean-Paul Sartre en la Escuela Normal Superior de la rue d'Ulm. Sartre había ido a hablar del existencialismo, pero su hora ya había pasado. Los recién llegados le replicaban desde la izquierda, era una generación de jóvenes profesores que se declaraban antihumanistas, Althusser, Derrida, Deleuze, Foucault. Yo, como el personaje de Chick en *La espuma de los días* de Boris Vian, estaba borracho de «Jean-Sol Partre», el predicador abstruso y pretencioso que sublevaba a las masas y podía decir lo que se le antojara, con la seguridad de suscitar entusiasmo y unanimidad. Sartre era mi héroe, el hombre al que había venerado durante mi primera juventud, el que me había descubierto las necesidades de la revuelta y los meandros de la mala fe, aquel cuyas costumbres y crepitación intelectual habían tenido a Francia electrizada durante treinta años, el que nos había enseñado, entre otras cosas magníficas, a «hacer algo con lo que los demás han hecho de nosotros». Mi padre lo odiaba, quería mandarlo al paredón por

su apoyo al FNL durante la guerra de Argelia. Eso hacía que yo le profesara más adoración si cabe. Aquella tarde, en la Escuela Normal Superior, Sartre no estaba en su mejor momento. Su ojo muerto le devoraba el rostro. Apenas abrió la boca, una docena de pijos sentados en primera fila se puso a gritar: «¡Uy qué anguuuustia, uy qué anguuuustia!», en referencia a las tesis de *La náusea* sobre la viscosidad del ser y el pánico del hombre lanzado al mundo sin razones. Sartre fingió no oírlos y prosiguió con voz metálica su conferencia, que solo cosechó unos tímidos aplausos. Estaba provisionalmente pasado de moda, cuando en realidad superaba, y cómo, a todos los candidatos a sucederlo. Yo me quedé escandalizado ante aquella falta de respeto hacia mi dios viviente, estaba siendo testigo de un sacrilegio. Volví a verlo al cabo de un año, en una asamblea general en la Sorbona, en los inicios del Mayo del 68. Se le veía minúsculo al lado de Claude Lanzmann y Simone de Beauvoir, perdido en medio de una multitud de mozos provistos de abundante pilosidad. Le costaba imponerse, quería ponerse «al servicio de las masas y de la revolución», adoptar una posición de escucha ante la juventud. A cada momento lo interrumpían gritando: «Cállate ya, Sartre». La revuelta antiautoritaria estaba en su apogeo: todo el mundo se tuteaba, un Premio Nobel no sabía más que un bachiller. Entre aquella masa juvenil se percibía el placer de cerrarle el pico a un monstruo sagrado, de rebajarlo al nivel de la masa. Yo me quedé apenado, igual que me ofendió verlo, unos años más tarde, encaramado a un barril para dirigirse a los obreros de la fábrica Renault de Billancourt, o saber que vendía por las calles *La Cause du peuple*, un panfleto de extrema izquierda, buscando siempre un vínculo mágico entre el proletariado y los intelectuales. También me disgustó verlo captado por los maoístas fanáticos de la *Gauche Prolétarienne* y su líder, Benny Lévy, alias Pierre Victor, un personaje autoritario y carismático, de dogmatismos variables, a quien le encantaba encarnar al superego en cualquier discusión con quien se terciase. Según dice Simone de Beauvoir, con él cometieron una auténtica corrupción de mayores. Es cierto que, tal como explicó en una entrevista con François Samuelson, encontró en ellos cierta forma de amistad, de comunión, que no había hallado entre los comunistas. Para él fue una manera de envejecer sin bajarse del tren.

Me enteré de su muerte en 1980, estando yo en el aeropuerto de Calcuta, llegaba de Sikkim y Darjeeling, y la noticia me afectó como si un pedazo de mi juventud se precipitase al vacío. Yo llevaba tiempo alejado de él

políticamente: su flirteo prolongado con el estalinismo y el castrismo (el pensador de la libertad absoluta se había convertido en cantor de la servidumbre total), su compadreo con el Partido Comunista, su petición de pena de muerte para los colonos en el prefacio de *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon, su riña con Camus y Aron, que fueron mucho más lúcidos que él frente al fenómeno totalitario, todo aquello me dejó desolado. Y lo atacué con virulencia en *Le Sanglot de l'homme blanc*.

Pero actualmente, pese a todos sus desvaríos políticos, encuentro en el Sartre de los inicios argumentos para refutar al Sartre de la madurez. Sigo saludando en él a una especie de genio en efervescencia, un polígrafo mágico, al menos en sus primeras obras. Sus fracasos son tan instructivos como sus compromisos, y a lo largo de una existencia exultante dio pruebas de una generosidad sin límites: se prodigó, a veces de manera irreflexiva, en las causas más diversas, y entregó sin freno y cada día sumas considerables a quien se las pidiera, sacándolas de su propio bolsillo. En comparación con los maestrillos que le siguieron en los años setenta y ochenta, sigue siendo sin discusión un gigante, aunque sea un gigante discutido.

De todos esos incidentes saco una lección muy sencilla: no existe el pensador supremo. Un gran artista puede mostrarse falible, exasperante, y seguir fascinándonos. Nos gusta con desgarro; quedamos estupefactos ante sus méritos, afligidos ante sus errores. Por regla general, más vale no llegar a conocer personalmente a los autores que uno venera, te pueden decepcionar. Limitarse a los clásicos nos evita el doble fardo de la envidia y la desilusión, mientras que un contemporáneo, por grande que sea, es también un hombre normal y corriente, que paga sus impuestos, dice tonterías y tiene catarros. Hay algo cruel en la admiración, y es que no perdona ningún fallo. Entre la adulación y el desprecio hay una línea muy fácil de traspasar cuando el objeto elegido deja de responder a nuestras expectativas. Este es el peligro de la visita al Gran Escritor. Lo experimenté en el curso de un encuentro con Albert Cohen. En 1980 fui a entrevistarle para *Le Monde*, en compañía de un amigo, Maurice Partouche. Yo esperaba encontrarme con un personaje al menos tan airoso como su Solal; acababa de terminar, impresionado, *Bella del Señor*, en el tren nocturno. Nos recibió un anciano con bata de seda, de una urbanidad exquisita pero con frases convencionales. Manifestaba una misoginia inquebrantable y mantenía a su esposa Bella arrinconada en las funciones de cocinera y madre suplente. Comimos una brandada de bacalao

insulsa, seguramente de lata. Incluso su apartamento estaba amueblado sin gracia, cuando yo me esperaba una especie de palacio oriental. La leyenda le venía grande a su protagonista. El desencanto fue inmediato. Desde entonces, no he vuelto a abrir ninguno de sus libros ni he comido nunca más brandada de bacalao, aunque cada año me hago la promesa de reparar esta doble injusticia.

Todos los hijos únicos buscan un hermano espiritual con quien compartir lo que no pueden confiar a sus padres. Para mí, Alain Finkielkraut fue este hermano. Nos conocimos en los últimos cursos del Instituto Henri IV, pero el auténtico encuentro se produjo en Dublín, durante una estancia de perfeccionamiento lingüístico en el Trinity College, el año en que apareció *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* de los Beatles, que ambos adorábamos y comentábamos canción a canción, con una minucia de talmudistas, buscando las correspondencias poéticas, el mensaje subliminal bajo cada palabra. De manera espontánea y con la mayor modestia del mundo, nos repartimos los papeles: él era McCartney, y yo, John Lennon. Fue un verano muy extraño: en aquel momento yo salía con una irlandesa exaltada —Irlanda es la locura barroca católica exacerbada por el odio a Inglaterra— que tuvo la feliz idea, el día antes de mi regreso a Francia, de clavarme un puñal bajo el omóplato para castigarme por mi partida. El arma solo me causó un rasguño y me desgarró la chaqueta, pero aquella agresión me emocionó sobremanera, y la consideré, bajo la lluvia, en la orilla de un canal, una suerte de despedida. Más tarde, mucho más tarde, el azar hizo que Alain y yo resultáramos ser vecinos en el barrio del Odeón. Esta coincidencia geográfica nos aproximó aún más. Nos cruzábamos mañana, tarde y noche, y poco a poco nos hicimos inseparables. Un día, exasperados por los repetitivos discursos atronadores sobre la liberación sexual —tanto él como yo nos movemos por alergia al lenguaje dominante—, decidimos componer juntos una canción diferente. Yo ya había publicado un ensayo y una novela, después de cinco años de manuscritos rechazados por diversas editoriales. Mandé textos al mundo entero, incluyendo a Simone de Beauvoir o a Claude Roy: todos me respondieron, me apoyaron, me consolaron. Ahora puedo calibrar su generosidad, cuando yo mismo me veo requerido por otros jóvenes escritores. Alain y yo decidimos unir nuestras intuiciones redactando cada uno un capítulo después de discutirlo con el otro. Fue la escritura más fácil, más espontánea, que he emprendido jamás. Cada cual aportaba nuevos

matices y lucidez al otro: formábamos una tercera persona hecha de las mejores cualidades de las dos primeras. Entre los dos, constituíamos un individuo más fuerte, más inteligente e, incluso, más rápido. Éramos jóvenes, solo dos nombres desconocidos comprometidos en unos pocos proyectos precisos. El apellido, los orígenes, la religión no importaban, o muy poco. Cuando fui a pasar unos meses con él en Berkeley, en 1978-1979, Alain era profesor invitado de esa universidad, y el movimiento de la contracultura tocaba a su fin: los antiguos protagonistas de la revuelta se habían convertido en indigentes, o bien en hombres de negocios. Elegimos como himno a nuestra amistad una canción de Crosby, Stills, Nash & Young, *Our House*, celebración del hogar, los gatos y las flores. La noche de mi llegada a San Francisco era Nochebuena, Alain y su amiga Sabina me llevaron a cenar al barrio de Castro, epicentro de la comunidad gay, que por entonces se hallaba en plena eclosión: en una calle oscura, con las aceras destrozadas, sobre el capó de un coche, dos mocetones fornidos, uno de ellos vestido de motorista o de policía, estaban haciendo el amor salvajemente. Yo contemplé la escena, estupefacto. Y ligeramente celoso: ¿por qué los heterosexuales no tenían unas costumbres tan directas? Eso me recuerda una frase de Foucault un día en que nosotros le explicábamos nuestras distintas concepciones del amor: Alain era más bien sentimental, yo más bien voluble. Foucault nos cortó con una sonrisa burlona:

—Hay una cosa que yo no he comprendido jamás, y es el sentido de la palabra donjuanismo. Yo en una sola noche me puedo acostar con diez *partenaires*. Así que no veo que puede tener de excepcional ese pobre hombre que se dedica a coleccionar conquistas.

Alain y yo manteníamos unos debates metafísicos despiadados: ¿teníamos que esperar a ser más viejos para parecer más serios y escapar así a la indeterminación de la juventud? Él me citaba ese pasaje de *El mundo de ayer* en el que Stefan Zweig cuenta cómo a partir de los diez años empezó a ponerse cuello postizo para parecer adulto. En todo momento disponía de un florilegio de citas brillantes que iluminaban nuestras conversaciones, y solo se permitía pensar siguiendo las huellas de los grandes precursores, una costumbre que aprendí de él. ¿Había que llevar un libro bajo el brazo para ir a una cita galante? Yo estaba a favor de las manos vacías, es una cuestión de estilo: hay que evitar el olor a sudor por cargar con un libro. Yo quería ir más ligero,; él, acarrear con el saber. Todavía hoy, yo disimulo mis lecturas en el

bolsillo, dentro de un periódico, para no «aparentar», mientras que él suele llevar consigo pesadas bolsas.

Alain también me ayudó a librarme del servicio militar gracias a una delicada artimaña en la que colaboró un amigo psiquiatra. El mismo Alain acababa de ser declarado «no apto» de esta manera. Después de una semana fumando en exceso, sin comer nada, durmiendo poco, me presenté una tarde, en un estado de gran deterioro físico, en el servicio de urgencias de un hospital de las afueras al norte de París, diciendo que había intentado suicidarme con barbitúricos. En realidad, solo me había tomado un Valium y medio. Había que estar grogui, pero consciente, para que los internos no te hicieran un lavado de estómago y descubrieran la superchería. La estratagema funcionó, me ingresaron, pasé tres días en el servicio de psiquiatría con auténticos enfermos mentales que se quedaban parados ante mi cama durante una hora, o permanecían con el rostro pegado a los cristales, murmuraban, daban voces. Las enfermeras, convencidas de que la causa de mi mal era un desengaño amoroso, se turnaban junto a mi cabecera para consolarme. Me mimaron, me trataron a cuerpo de rey. Un médico militar me convocó al centro de reclutamiento de Vincennes: examinó mi historial, me sometió a un largo interrogatorio. Yo argüí tendencias suicidas, provocadas por mi incapacidad para asumir mi papel de padre. El coronel, finalmente, formuló su dictamen:

—Estoy seguro de que es usted un impostor, pero no tengo ningún medio para demostrarlo. Ante la duda, prefiero relevarlo de sus obligaciones militares.

Yo estaba tan contento que tuve que encerrarme en el baño, víctima de un ataque de risa irreprimible. Después de aquella falsa tentativa de suicidio (TS) fui declarado P4 (Psiquiátrico 4), clasificación que en principio me cerraba las puertas a cualquier cargo público. A mí esto me traía sin cuidado. Había escapado de un año de vida cuartelaria, limpiando retretes. Por más que respete al ejército y admire sus hazañas, me felicito por haber evitado esa obligación.

* * *

Alain tenía una risa de gamberrillo pillado en falta y, para reflexionar, siempre hacía saltar en la mano izquierda un sempiterno lápiz. Uno se distraía con aquella rotación, mientras él iba progresando en sus argumentos. Se

asombraba de todo, improvisaba febrilmente, era capaz de captar una situación con una palabra, tenía un notable sentido de la fórmula, siempre se mostraba encantador, sonriente. A veces íbamos a comer con mi hijo a casa de sus padres, acogedores y cariñosos. Yo me imaginaba lo que habría sido mi vida si hubiese nacido en el seno de aquella familia. Han pasado cuarenta años y todavía recuerdo su dirección y su número de teléfono, vivían en el distrito X, cerca de la estación del Este. Con el paso de los años, Alain y yo evolucionamos hasta convertirnos en una especie de gemelos: nuestro mimetismo físico, vocal, y hasta en la indumentaria, era tal que muchas veces nos confundían. Incluso compartíamos algunas novias que no concebían salir con uno sin probar también al otro. Cuando escribíamos, nuestras frases estaban construidas según el mismo modelo: teníamos en común el gusto por las palabras raras, las proposiciones invertidas, las fórmulas deformadas, las bromas de colegial. Acabamos por parecernos tanto que nos fundimos el uno en el otro, y no sabíamos cuál era nuestro propio yo. Nos habíamos convertido en duplicados, en hermanos siameses: demasiado cercanos para formar un dúo, demasiado distintos para ser uno solo. Llegamos al extremo de envidiar las enfermedades del otro, que lo singularizaban. La relación corría el peligro de caer en el enfrentamiento por exceso de simbiosis. La rivalidad es el sentimiento más común en el ambiente intelectual; mantiene una sana emulación, pero siempre puede desembocar en celos estériles. Entonces hay que cambiar de rival, es decir, de modelo. En el amor, como en la amistad, la pasión rara vez se lleva bien con el tiempo; más vale un afecto sólido y templado, de esos que atraviesan el tiempo, que una breve llamarada sin futuro.

Así pues, nos convertimos en extraños a fuerza de intimidad, pero con una extrañeza irremediable que ninguna familiaridad posterior podría disipar. Decidimos distanciarnos para preservar nuestras identidades respectivas, trazar entre nosotros dos una línea de demarcación. La separación duró unos diez años. No fue el desacuerdo lo que causó la ruptura, sino el mimetismo. Fue una amputación dolorosa, pero necesaria. Incluso en la actualidad, cuando prácticamente hemos dejado de vernos, creo oírme a mí mismo cuando le oigo a él en la radio, y termino mentalmente sus frases antes que él. Ante ciertos acontecimientos, reaccionamos de manera semejante, como si nos comunicáramos por telepatía. Nuestros libros se responden, se toman temas prestados y se contradicen, creando un diálogo. Hemos establecido

cotos de caza exclusivos, que no cesamos de traspasar, pues siempre tenemos ganas de pisar el territorio del otro. Nunca nos hemos perdido de vista: incluso las críticas que nos hacemos son todavía hoy una manera de pedir noticias el uno del otro.

Con el tiempo, como esos gemelos que acaban distinguiéndose, también nosotros conseguimos encontrar una divergencia, y de gran calibre: Alain es profundamente pesimista sobre el futuro del género humano; yo, al contrario, creo en el poder de la libertad para superar los problemas que se alzan ante este. Él parece haber perdido toda esperanza en el hombre, mientras que a mí no cesa de maravillarme. Él vive en la nostalgia del pasado, mientras que yo me muevo por entero en el hambre del presente. Allí donde él ve catástrofes, yo diviso transformaciones. Él odia la tecnología, le aturde Internet; yo le saco provecho en la medida de mi limitada competencia. A veces él parece tan desdichado, tan conmovedor, tan perdido en una angustia abismal, que me entran ganas de consolarlo, decirle que el mundo nos sobrevivirá y que no tiene ninguna necesidad de nosotros. Después de todo, no somos más que unos saltimbanquis de las ideas. Si el barco se hunde, más vale brindar alegremente por el naufragio que sumirse en lamentaciones. Pero, al menos, hemos conservado en común la pasión por las controversias, la devoción por los textos, el odio al fanatismo, la indiferencia ante los honores. Más allá de riñas y susceptibilidades, él siempre será para mí mi hermano de tinta.

En 1973 empecé a elaborar una tesis con Roland Barthes sobre el utopista premarxista Charles Fourier. Yo le había escrito para proponerle un tema de doctorado, él aceptó inmediatamente ser mi director de tesis. Barthes era un hombre sencillo, de trato fácil, generoso con su tiempo y sus reflexiones. Su voz sonaba cálida, admirablemente timbrada, y estaba dotado de una inteligencia que se desplegaba sin aplastar nunca a los demás. Sus clases daban pie a innumerables declaraciones ardientes por parte de jóvenes efebos enardecidos. Él los cortaba en seco, no quería transformar su enseñanza en un espacio de ligue. Cada uno de sus libros constituía un acontecimiento que comentábamos con pasión. Su famosa frase de 1972: «De repente se me ha hecho indiferente no ser moderno» resonó en nuestros oídos como un trueno bienvenido, como la liberación de un estorbo que nos aplastaba. Si él, el icono de la hipermodernidad, se permitía una licencia así, es que se estaba terminando una época, que se abría una brecha en el cemento teórico que nos

había estado aprisionando durante tantos años. Por fin teníamos derecho a leer y releer las grandes novelas sin desdeñarlas ni sufrir mala conciencia. No era únicamente el marxismo lo que se descomponía, sino también el terrorismo intelectual de las vanguardias y sus audacias ya marchitas. En aquel momento nosotros éramos unos chulillos lenguaraces, unos pijos patéticos pero llenos de buena voluntad. Barthes no se desplazaba jamás sin su corte de fieles, que miraban con malos ojos a los recién llegados y trataban de alejarlos como esos esclavos armados con matamoscas que protegían al soberano contra el zumbido de los insectos. Fue una experiencia extraña: en su seminario todo el mundo hablaba como él, reproducía su manierismo, sus neologismos, copiaba sus tics, en una especie de contagio espontáneo. Aquel profesor enamorado de la proliferación de los lenguajes solo oía a su alrededor un único idioma, el suyo, propagado por sus alumnos transformados en loritos sabios.

Leí la tesis con él una mañana de mayo de 1975, en un aula de la Universidad de Jussieu, un horrible bloque de cemento que afea las orillas del Sena. Solo asistió a la lectura mi amigo Laurent Aublin, y ahora lamento no haber reclutado más apoyos. Mi madre me había suplicado que la dejara asistir a la ceremonia, pero yo la había disuadido de rodillas, y por prudencia había llegado a mentirle sobre la fecha y el lugar para evitar una situación grotesca: un propagandista del libertinaje cogido de la mano de su mamá. Habría sido capaz de aparecer de improviso y decir en voz alta lo que me repetía tantas veces:

—Lo que le pasa a mi hijo es que todavía no se ha recuperado de su asombro por tener algo entre las piernas.

En el jurado estaban también Gérard Genette y Julia Kristeva, ambos secos y antipáticos, adoptando desde el primer momento su papel de mandarines marxistas, que es lo que eran por entonces. Barthes, como de costumbre, estuvo a la vez perspicaz y benevolente. Mi tesis se titulaba, de manera algo provocativa: «El cuerpo de cada uno pertenece a todos». En ella yo propugnaba una especie de comunismo libidinal a partir de la teoría fourierista del intercambio amoroso, abierto a todos. Barthes subrayó que una utopía así presentaba un aspecto coercitivo y casi inhumano si había que llevarla al terreno de los hechos; estaba más emparentada con el ideal republicano de Sade que con el falansterio fourierista. Barthes insinuaba la objeción, más que subrayarla, discrepaba sin humillar. A diferencia de sus

dos acólitos, muy orgullosos de exhibir su saber, él se guardaba mucho de alardear con la potencia fálica del maestro: sabía eclipsarse y dejar que el alumno recorriera por sí mismo el camino hacia la verdad. La tesis fue aprobada, lo que constituyó un inmenso alivio. Tenía en las manos un diploma prestigioso y sin valor alguno en el mercado del trabajo; era la mismísima encarnación del estudiante sin blanca, ese tipo tan corriente en nuestra época de proletarios con título. Tan solo podía contar conmigo mismo. Esa fue mi gran suerte.

Dos años más tarde, Alain Finkielkraut y yo publicaríamos en la editorial Seuil *El nuevo desorden amoroso*. Nos quedamos estupefactos al saber por Denis Roche, nuestro editor, el que me había dado el empujón inicial publicando mi primer ensayo sobre Charles Fourier, que Roland Barthes solicitaba, por mediación de François Wahl, que se aplazara la publicación de nuestro ensayo. Él estaba a punto de publicar sus *Fragments de un discurso amoroso* y no quería competencia, temía que otro libro sobre el mismo tema se comiera al suyo. ¡El regreso del amor al terreno de la teoría empezaba con una discordia! A pesar de sus amaneramientos, de sus rebuscamientos que han envejecido mal, Barthes nos sigue gustando: nos liberó de cierto dogmatismo limitado y nos enseñó a leer de nuevo a los clásicos. Estaba demasiado influido por sus amigos de *Tel Quel*, y llegó a pronunciar frases indignas durante su viaje a la China maoísta hacia 1974 (todavía recuerdo su incomodidad en el seminario cuando le preguntamos: «¿Y Pekín, y la herencia del maoísmo?», y él despistó con un elogio de lo soso). Algo parecido ocurrió más tarde con Michel Foucault, cuando cometió sus deslices al hablar de la revolución iraní. Pero nos quedamos pasmados ante el hecho de que todo un profesor famoso, que acababa de entrar en el Collège de France, se alarmara frente al manuscrito de dos novatos que lo admiraban por encima de todo. En cualquier caso, nos plegamos a sus condiciones, y la publicación de *El nuevo desorden amoroso* quedó aplazada seis meses: esto no perjudicó en absoluto la carrera de ese libro que fue un éxito instantáneo, hasta el punto de que aparecieron ediciones piratas en toda la Europa del Norte y del Este. Nosotros éramos los primeros en destacar, discutiendo el eslogan situacionista del «Goza sin trabas», que la emancipación de las costumbres abría al mercado nuevos territorios de la intimidad e instauraba entre las personas una competencia erótica sin compasión. No le guardamos ningún rencor a nuestro antiguo mentor, éramos demasiado ambiciosos para

ser únicamente sus discípulos, pero el caso es que dejé de verlo. Todavía no sabíamos que un autor, cualesquiera que sean su edad y su prestigio, a cada libro que publica aspira a ser reconocido como el primer día, y espera con ansiedad los juicios de la crítica sobre su trabajo. Todo artista, todo escritor, por muy famoso que sea, vive con una obsesión: que su voz deje de escucharse. Es algo que nunca se cura, digan lo que digan, y publicar es siempre hacer una apuesta, someterse a las opiniones de un jurado invisible.

Barthes en mi recuerdo era un sensualista melancólico dotado de una seriedad que su elogio a los grandes transgresores apenas conseguía ocultar. Al contrario de Michel Foucault, libertino y rabelesiano, Barthes era pudoroso como una doncella, odiaba las conversaciones subidas de tono. A diferencia del primero, también famoso por sus impertinencias —a Jean Baudrillard, que en 1977 había publicado *Oublier Foucault* (*Olvidar a Foucault*), este replicó: «En cambio, mi problema es acordarme de quién es Baudrillard»—, Barthes no difamaba a nadie, practicaba la omisión, el silencio, si algo no le gustaba. Me intimidaba, y cuando tomábamos una copa juntos, yo me exprimía las meninges para mantener el nivel de la conversación, temiendo aburrirlo. Él, sabiendo que yo no era de su religión, dejaba vagar la mirada sobre todos los chicos que pasaban y lo saludaban con una sonrisa prometedora. Un día, mucho antes de la lectura de mi tesis, le mandé una carta para detallarle el estado de mi trabajo y la terminé con un pequeño toque personal, un problema sentimental que me tenía preocupado. Él me respondió con una nota y una simple frase: «No me gusta saberle desdichado», y aquello me conmovió. Me crucé con él en el bulevar Saint-Germain pocos meses antes de su accidente. Era un hombre envejecido, hundido, con el pelo encanecido a consecuencia del fallecimiento de su madre. Intercambiamos algunas fórmulas de rutina, una breve frase de pésame y nos separamos. Lamento no haberlo invitado a tomar algo. Tendría que haberle tendido la mano, decirle lo importante que fue para mí y para muchos miles de personas. ¿Fue un resto de rencor, o miedo al ridículo? Lo dejé partir con la arrogancia de los jóvenes hacia los viejos. No poder superar la muerte de la madre a los sesenta y pico años me parecía el colmo de la sensiblería. Todavía no me he perdonado haber dejado pasar aquella ocasión. Del mismo modo que a los quince años leemos a unos novelistas que nos superan y que no volveremos a abrir jamás, entre los dieciocho y los treinta dejamos pasar por desgana a gente excepcional que la vida pone en nuestro

camino y cuya auténtica dimensión solo descubrimos mucho más tarde. Para comprender a esos personajes, ponernos en su lugar, necesitamos tener la edad que tenían cuando los conocimos. Pero entonces ya es demasiado tarde.

En febrero de 1980, al salir de un almuerzo en la Brasserie Balzar con François Mitterrand, entonces candidato a la presidencia, a quien por lo demás tenía en muy poca estima, Barthes fue atropellado por una camioneta en la rue Des Écoles. Siempre es peligroso para un intelectual frecuentar el poder, aunque solo sea durante el tiempo de un almuerzo. Una leyenda dice que Barthes llevaba en aquel momento la tesis de un estudiante americano cuyo tema era las representaciones de la muerte en la cultura contemporánea. El estudiante en cuestión, un antiguo marine que había sido convocado para leer su tesis aterrizaba en París el mismo día en que su director era atropellado. Tuvo que volverse a casa, y según parece quedó marcado para siempre, como si aquello hubiese sido una maldición. Barthes se dejó morir durante tres semanas en el hospital. Michel Foucault y yo decidimos organizar una ceremonia de despedida con ocasión del traslado del cuerpo al depósito de París, en el Instituto Médico-legal del Quai de la Rapée. Asistimos muy pocos, apenas unas diez personas, en una mañana gris de finales de marzo, y conservo de ello una impresión de tristeza infinita. ¡Conocer tanta gloria y morir tan solo!

Paradoja de la posguerra: la generación que mató a la autoridad paterna buscó desesperadamente otros padres de repuesto. Se rebelaba para ser libre y luego se entregaba a un nuevo tutor. Unos se prosternaban ante Mao, Castro o el Che Guevara; otros, ante cualquier gurú patentado por la *intelligentsia*, pero lo esencial era la prosternación. También los padres espirituales pueden engañar, sobre todo cuando van de herejes y llaman a pisotear a los maestros para poder reinar mejor. Pero sus errores arrastran con ellos a miles, incluso millones, de seguidores y provocan muchas tragedias. Es deber de cada cual leerlos, amarlos, pero con discernimiento. La desilusión forma parte de la madurez intelectual, pero no es suficiente. Más allá de la idolatría y el desencanto, queda la gratitud hacia todos esos grandes pensadores que nos ayudaron en nuestro despertar. Asistir a la eclosión de una inteligencia que se va desplegando fue para nosotros un valioso privilegio. A todos esos transmisores que nos cedieron un poco de su clarividencia, nos hicieron crecer, muchísimas gracias, nuestro agradecimiento eterno.

TERCERA PARTE

CUENTA SALDADA

CAPÍTULO 6

UNA HERENCIA IMPREVISTA

Hay un poema terrible del inglés Philip Larkin (1922-1985), misántropo y misógino famoso en su país:

Tu mami y tu papi, bien que te jodieron,
a lo mejor no querían, pero lo hicieron.
Lo peor que tenían, es su legado,
y algún defectillo más, te han regalado.

Pero también a ellos les dieron por culo
unos cretinos de bombín y traje ridículo,
que cuando no le daban a la botella
estaban siempre a la greña.

El hombre lega al hombre la miseria.
Se agranda como una plataforma costera.
Lárgate lo antes que puedas,
y de hijos, ni los huelas.²

La insurrección no cuesta mucho. El gran arte consiste en no reproducir los defectos de aquellos a los que rechazamos. Cualquier rebelión es también retrasmisión involuntaria. Lo que es cierto para la vida familiar lo es igualmente para la vida política: cada revolución destituye a un dictador para instaurar a otro, la víctima de ayer, apenas instalada en el poder, se apresura a su vez a perseguir. No pasamos de la servidumbre a la libertad, nos conformamos con cambiar de cadenas. Este fue el torniquete infernal del siglo xx, la tragedia del comunismo y sus avatares. Frente al padre, un hijo solo tiene tres opciones: la sumisión, la huida o la desobediencia. Las tres pueden mezclarse. La rebelión no suele ser más que una emulación en modo acelerado: después de tirar del carro, el hijo alcanza el sillón paterno. Cree salirse por la tangente, pero está perpetuando la neurosis sin darse cuenta, o paga por los demás: se transforma en víctima expiatoria. Durante años, me he sorprendido a mí mismo agarrando unos enfados estrictamente calcados de los de mi padre, unos ataques de histeria en los que me pongo a gritar, me

sumerjo en un torbellino de ira. Es una especie de trance: en mi voz oigo la suya que grita conmigo. Él vocifera en mi garganta, toma posesión de mis cuerdas vocales. Como él, me encaramo hasta la cumbre, me convierto en un energúmeno pataleante. Sin querer, he repetido a las distintas mujeres con las que he vivido exactamente las mismas frases que mi padre decía a mi madre. Cuando me dejo llevar así, corro ante un espejo y creo ver, detrás de mis facciones convulsas, su rostro en sobreimpresión, dictándome órdenes. En los momentos de desánimo, me digo que mi existencia no habrá sido más que una larga escena doméstica con distintas personas. Solo torturamos bien a las personas que nos aman. Un día, con lucidez, mi padre me espetó:

—Ya puedes odiarme, no me importa, mi venganza es que te pareces a mí.

Todos los padres llevan a sus hijos sobre los hombros cuando estos son pequeños. Una vez crecidos, los hijos cargan a su vez a sus padres, como Eneas llevando a Anquises sobre su espalda para sacarlo de las ruinas de Troya; sienten sobre sus hombros, en la nuca, el peso de una criatura invasiva que se ha amalgamado con ellos y los está devorando a la manera de un íncubo o un *dibbuk* de la tradición cabalística. Incluso los progenitores más inconsistentes llegan a imponer sus prejuicios, sus manías. Terrible desengaño: creerse libre y descubrirse condicionado. Nuestros actos están escritos por adelantado, toda espontaneidad es la mentira de un orden familiar que se va escribiendo a través de nosotros. Cada uno de nosotros se debate en su genealogía, como una mosca en una telaraña, tratando de salir a flote, de hacer pie una vez más.

No hay nada más difícil que ser padre: si es héroe, te aplasta con su gloria, si es malvado, con su infamia; si es vulgar, con su mediocridad. También puede ser un héroe mediocre, o un malvado conmovedor. Haga lo que haga, se equivoca: o es demasiado o demasiado poco. Antaño asfixiaba a su prole, actualmente peca por su ausencia, todos los hombres de mi generación han sido padres intermitentes. Y cuando el padre muestra cariño, la gente ironiza sobre su feminización, su ablandamiento. Yo siempre me he emocionado al ver a papás jóvenes y menos jóvenes jugando con sus niños en los parques, cambiándoles los pañales, contándoles cuentos, cubriéndolos de besos. La familia contemporánea es como el sindicato del cariño: todo se negocia, desde el biberón hasta el dinero de la semana, todo se acaba solucionando en la efusión sentimental. Criamos a nuestros hijos para que algún día se vayan, y se van cuando nosotros tenemos más necesidad de ellos que ellos de

nosotros. La separación resultará todavía más lacerante. Un mundo sin padres no parece muy deseable, las familias monoparentales lo demuestran, y no hay madres buenas desde el momento en que solo hay madres. Lo que sustituye al padre es la sociedad de los hermanos, con su cabecilla, la dictadura de las pandillas dotadas de una estructura disciplinaria sin falla. Entonces, el único rito de paso es el motín, el enfrentamiento con la policía o con otras pandillas. Nuestros gendarmes y policías se extrañarían si les explicáramos que, con sus cascos, sus botas y sus porras, están ayudando a crecer a los jóvenes que los insultan. Las manifestaciones, las novatadas o el arresto constituyen en la actualidad el bachillerato psicológico de nuestros adolescentes. Es un ritual costoso y a veces sangriento, pero indispensable.

Así, mi padre me habrá comunicado su agresividad, una virtud odiosa en lo cotidiano, pero esencial en el oficio de intelectual, que es también el arte de encender la polémica. Mi madre, por su parte, se jactaba de haberme contagiado su mal dormir. Cuando me despertaba cansado, me daba unos golpecitos en la cabeza, cariñosamente: «¡Mira, en eso has salido a mí!».

Con la edad, el insomnio se convierte en un modo de vida. Es una experiencia total, la imposibilidad de tomarse un descanso, y superpone dos estados: el pánico y la resurrección. En las primeras horas posteriores a la medianoche, la noche se alza como un veredicto sin apelación. La mínima preocupación adquiere proporciones desmesuradas, uno se siente impotente, aplastado por la oscura masa de las contrariedades. La pesadilla solo cesa cuando la luz empieza a filtrarse por los postigos, cuando suena el carrillón de un edificio público y todo el inmueble se pone en movimiento como un animal entumecido. La luz es una aliada. Es el momento eufórico de quien ha estado bordeando los abismos y los ha sorteado. Levantarse es una serenidad que conquistamos sobre el terror. Basta con ponerse de pie para enfrentarse nuevamente al mundo. Yo era un ser yacente, ahora vuelvo a ser un ser vivo.

Para ocupar esas horas infecundas, las adrezo: pulo frases en mi cabeza, me preparo para leer grandes novelas (no hay mamotreto que se resista a las largas noches en vela), veo películas de terror, mi género favorito desde la adolescencia. Este tipo de cine tiene la virtud de tranquilizarme: me encantan los zombis famélicos, los psicópatas asesinos me calman, el impacto del pico para hielo sobre el cráneo de la víctima me parece tan delicado como el tintineo de una cuchara al cascar un huevo pasado por agua. Tiemblo para

verme liberado de la angustia, con la certeza de que al término de esa travesía finalmente podré cerrar los ojos. ¡Todo antes que el infierno de la clarividencia vana, la efervescencia estéril! O bien me pongo dibujos animados, esperando que esa dulce regresión me haga al fin dormir como un bebé.

A veces ocurre el milagro: en la calma nocturna surge una idea, una intriga germina gracias a las turbulencias cerebrales. Pero esa gracia es infrecuente, el polvo y las cenizas cocinados por una razón en trance de sofoco y las chispas creadoras del insomne están tan vacíos como la seudogenialidad que se atribuye a las drogas. Pero yo nunca me rendiré: sé como los antiguos que el sueño no es un arte menor, sino el testimonio de una existencia de calidad. Lo más insólito que puede ocurrirme es darme cuenta al despertarme de que al fin y al cabo he dormido bien y no tengo necesidad de más. Es una cosa que me emociona tanto que me impide pegar ojo durante varias noches.

Cuando era adolescente, solía tener un sueño extraño: huía de mi casa en pantalón corto, me metía corriendo en el ascensor, pero invariablemente una bruja con uñas ganchudas me atrapaba por los tirantes y me hacía subir de nuevo, como un yoyó. A medida que me izaba, yo me iba haciendo más pequeño y volvía a casa casi convertido en un bebé. Yo soy ese niño sujetado por los tirantes cada vez que quiere largarse y liberarse de su herencia. El dedo de la bruja son los vínculos de sangre, las leyes de la herencia, el peso de la memoria, de la genética, no importa la explicación que se le dé: ese dedo me retiene y hace de mí, quiera o no quiera yo, un hijo y un hijo de. Emanciparse es arrancarse de los orígenes, pero asumiéndolos.

—No olvides nunca que eres judío —decía a Alain Finkielkraut su madre.

—No olvides nunca de dónde vienes —me repetían como en un eco mis padres.

Eso significaba: sé modesto y, sobre todo, no reniegues de nosotros. Yo replicaba:

—Uno pertenece al mundo que se ha creado, no al mundo del que procede.

—¡No te pases de listo!

Por una dialéctica inesperada, resultará que mi padre me ha judaizado sin saberlo, añadiendo a su propio hijo a la lista de sus enemigos hereditarios. Si tuviera que trazar la genealogía de este malentendido, vería sus inicios en nuestro apellido, a la vez judío y protestante. Mi padre pretendía que los

Bruckner judíos se escriben con una diéresis y nosotros sin diéresis: dos puntitos separaban, pues, a los elegidos de los condenados. Una línea bastante delgada, como puede verse. Más tarde supe que en agosto de 1944, en el aeropuerto de Bron, los alemanes fusilaron, al creer que era judío, a un René Bruckner que vivía en Lyon y había nacido en 1921, como mi padre. Una homonimia turbadora. Por un reflejo instintivo, me identifiqué enseguida con aquellos a los que él odiaba. Un psicoanalista diría que quise expiar. No me cabe la menor duda: no es de ningún modo casual que lleve treinta años trabajando sobre la culpabilidad occidental y los meandros del arrepentimiento. Mis primeras intervenciones me situaron inmediatamente en el bando de los nuevos filósofos, con Bernard-Henri Lévy y André Glucksmann, y me colocaron en la lista de los intelectuales judíos. Así es como se me describe actualmente en Google y como me consideran la extrema derecha y los islamistas fanáticos. Cuando trato de desmentir mi pertenencia a ese grupo, la gente meneaba la cabeza con escepticismo:

—No pasa nada, nosotros respetamos su opción.

—Tú deberías salir del armario como *goy* —me dijo un amigo riendo.

A ojos de muchos me he convertido en un marrano al revés, un renegado odiado como sionista, un apoyo incondicional de Israel y los Estados Unidos, obligado a dar continuamente explicaciones sobre mis orígenes. Este estado de cosas es consecuencia tanto de una casualidad como de una opción inconsciente: convertirme finalmente en el objeto del odio de mi padre, encarnar en mi cuerpo lo que él más execraba. He tenido que desatar uno a uno los hilos de esta intoxicación ideológica. La cosa empezó con Vladimir Jankélévitch, profesor mío en la Sorbona, de origen ruso. Mi padre, hablando de él, lanzó una observación totalmente previsible:

—¡Qué lástima que todos esos hombres tan brillantes sean judíos!

En 1971 leí una tesina en la Facultad de Filosofía titulada «El mito de la degeneración en el nacionalsocialismo», decidido ya a purgarme de años y años de propaganda familiar, recurriendo directamente a los textos. Citando por casualidad a Daniel Guérin, militante homosexual y anarquista, supe por mi madre, ofendida, que él había denunciado a mi abuela materna durante la Liberación, en septiembre de 1944, ante el comité del distrito V de París. Aquella mujer razada, provista de una gran fuerza moral, había osado abandonar a su marido en los años treinta y educar ella sola a sus nueve hijos —cuando se largó de casa, sufrió, por suerte, un aborto del décimo—.

Pertenecía al círculo de la princesa Marthe Bibesco, escritora de origen rumano, y dirigía una librería, así como una pensión familiar en la rue de L'Estrapade, donde había alojado a varios suboficiales de la *Wehrmacht*. La salvó el testimonio de un periodista polaco, al que ocultó igualmente durante la Ocupación. Un hermoso ejemplo de equilibrio. Después de la lectura de la tesina y de las observaciones de detalle que planteé, me parece estar viendo a Jankélévitch comentándome, con su voz joven y entrecortada, parecida a la de Jean-Pierre Léaud en las películas de Truffaut, el carácter abstracto de mi estudio.

—Está muy bien, Bruckner, pero se diría que está usted hablando de la Disputa de los Universales. Hay poca pasión en su trabajo. Tiene que implicarse, muchacho, lo que usted estudia es una historia candente.

Tenía un porte magnífico, aquel *condottiere* del espíritu, con su cabellera blanca magníficamente desordenada, su larga mecha gris que seguía el contorno del rostro y lo convertía en un héroe romántico perdido en nuestra época. Él no había sucumbido a la moda del desaliño proletario que era el uniforme de aquellos años, sobre todo en la Universidad de Vincennes: la melena despeinada, el jersey con agujeros, la camisa por encima del pantalón, la barriga prominente, el eterno vaquero caído, los zapatones sucios. La generación de los zarrapastrosos. De él emanaba un magnetismo que me subyugaba y, cuando tocaba el piano para nosotros en su piso del Quai aux Fleurs, una pieza de Liszt o de Ravel, yo tenía la sensación de verme transportado a una novela de Turguénev o de Chéjov. La elegancia: la máxima intensidad con los mínimos efectos. Jankélévitch me escrutaba con perspicacia, intentando horadar mi caparazón. Yo me estremecía: lo admiraba muchísimo. ¡Si se enterara de la verdad sobre mi familia, quedaría deshonrado, perdería su estima para siempre! Entonces, como muchas veces después, oculté mi incomodidad mostrando una gran desenvoltura.

Leer en nuestros días, por ejemplo, en una página web islamo-fascista, que yo soy «un judío astuto, vendido a sus dueños yanquis, un lacayo de la autoridad sionista» me procura una especie de alegría morbosa. Es un homenaje en forma de escupitajo. Esta identidad por partida doble me sitúa en una posición coja. Conozco a algunos gentiles que celebran el Yom Kipur, la Janucá, la Pesaj, por necesidad de afiliarse a una minoría. Yo, que soy demasiado *cashrut* para unos y no lo suficiente para los otros, me siento permanentemente en la cuerda floja. Oscilo entre un sentimiento de

impostura y las delicias de la ambigüedad. Me alegro de haber corrompido nuestro apellido desde el interior, haberlo agregado sin querer a la familia mosaica. Soy un usurpador feliz. Siempre he soñado con el destino de mister Klein, ese personaje de una película de Losey protagonizada por Alain Delon que se deja detener en una redada durante la guerra, cuando en realidad no es judío. O bien abrigo una fantasía pueril de héroe salvador: paso por delante de una sinagoga e impido un atentado, protejo a los niños de un asesino loco que los quiere liquidar. ¿Cuántas veces no habré dicho a mi padre, para hacerlo enfadar?:

—¿Sabes que todo el mundo cree que soy judío?

Él refunfuñaba:

—Es una mentira horrible.

—Pues hay Bruckner sin diéresis en el muro de los deportados del memorial de la Shoah, en el distrito IV de París.

—Pura homonimia.

—¿Ya sabes que tu nieta Anna también es judía?

Su rostro se hundía. Estaba acosado. En 1983 ó 1984 mandó una carta a *Le Crapouillot*, que me había colocado por error en la categoría de los escritores judíos franceses. Durante años, inundó las redacciones con cartas exigiendo una rectificación cada vez que mi nombre era citado en la lista equivocada.

Y cuando le presenté a mi última compañera, Rihanna, mestiza belga-ruandesa, de madre tutsi y padre judío húngaro, sobrina-nieta del último rey de Ruanda, Kigeli V, exiliado en Washington, emitió un silbido de voz:

—Si eso te parece divertido, es tu problema.

Su propia sangre lo traicionaba. Había soñado con una teutona, le caía encima una mulata. Para tranquilizarse, exploraba con ella en los meandros de la genealogía: le explicaba que ella no era africana, sino nilótica (de la región del Nilo, como los egipcios), y su tez, relativamente clara según las horas (pálida por la mañana, oscura por la noche), lo dejaba más tranquilo. Ella lo escuchaba, irónica y cortés, le recordaba que su madre, originaria de Kivu, al este del Congo, era una africana corpulenta que apenas hablaba francés. A mi nuera, la compañera de mi hijo, italo-eslovena, le explicaba que tenía que olvidarse de su «*patois*» y hablar solo el italiano o el alemán, las únicas lenguas dignas de Europa Oriental. Por lo demás, consideraba que Eslovenia, provincia meridional de Austria, debería quedar reintegrada bajo el manto de Alemania o de Rusia. Por suerte, en él, el corazón era más fuerte

que los prejuicios, y fue un abuelo tierno y generoso. En cuanto entrábamos en el campo de las relaciones personales, él dissociaba el dominio de lo afectivo de sus propias opiniones, y sabía mostrar una auténtica disposición.

¿Soy yo mejor que mis padres? He evitado sus errores y he cometido otros. He empleado tantos esfuerzos en no repetir sus defectos que no he visto los que me amenazaban a mí. He dedicado mi vida a los libros, tal vez en detrimento de las personas. Como muchos de mi generación, he sido más bien un padre volátil a los veinte años con mi hijo, para transformarme más tarde, a los cuarenta y siete, en un papá-gallina clueca con mi hija. Servidor de un culto en vías de extinción, el del libro, en una época en que la ignorancia se ha vuelto militante, a veces me veo como el personaje de *Les Bidochon*, esa historieta de Binet: en una familia hortera de clase media francesa, un perro sabio, Kador, vulgar y sin raza, lee a escondidas a los filósofos, con cierta predilección por *La crítica de la razón pura* de Kant, mientras come su pienso. Cuando su dueño lo sorprende leyendo esas «cochinadas», le propina un tortazo y lo obliga a ver la tele con Mamá Raimunda. El perro suspira ante la vulgaridad de sus dueños y sueña con recuperar las bellezas de la más alta especulación. En el tren, el avión, el autobús, cuando todo el mundo teclea en su tableta o su *smartphone*, yo me siento como ese chucho apaleado, con mis libros y mis cuadernos, terriblemente anticuado.

Lo que hace a un artista es la resistencia, la voluntad de perseverar pese a las dudas, las malas críticas. Yo ejerzo una profesión cercana a la reclusión voluntaria. Escribir es encerrarse. El despacho es una prisión que nos abre las puertas de la libertad. De niño, adoraba los retiros en monasterios, con sus largas horas de meditación y plegaria, que tenían como función intensificar el silencio. Ahora llevo la Trapa en mí, tengo la celda en mi casa, me enclaustro durante todo el día y solo salgo por la noche para encontrarme con mis contemporáneos. Si he resuelto una dificultad o he terminado una página, me considero el más afortunado de los hombres. Me levanto por la mañana escuchando alguna cantata de Bach, la única prueba convincente de la existencia de Dios, como bien dijo alguien. Agazapado en mi tebaida, trabajando con música, en la cálida proximidad de los miles de volúmenes que me rodean, me siento increíblemente privilegiado. Tal como un autor se enclaustra para escribir, del mismo modo sueña con ver sus libros dispersos por las estanterías, sobre la arena de una playa o en el asiento de un tren. No

hay homenaje más hermoso para él que haber servido de pretexto para que dos amantes se reconcilien y se consuman de deseo. Una obra existe para ser leída, olvidada y transmitida según las leyes del azar. Creamos encarcelados, tan solo existimos en la dispersión.

CAPÍTULO 7

LA VIRULENCIA DEL VIUDO

Tal como yo lo veía, mi vida había transcurrido de un modo más bien feliz. Durante años no había visto a mi padre, y no lo echaba de menos. Lo había relegado al rango de las antigüedades. A veces hablábamos brevemente por teléfono, mi madre trataba de acercarnos, yo no tenía nada que decirle. Mis éxitos lo incomodaban y lo alegraban: desmentían todos sus apriorismos. Recuerdo su decepción apenas disimulada cuando le comuniqué por teléfono que acababa de obtener un premio literario por mi novela *Los ladrones de belleza*. Me preguntó si la votación no estaba amañada; ¿era el galardón era realmente merecido? En todo caso, el libro no le interesaba. Aquel mal bicho aún sabía disparar su veneno. Cuando mi madre murió, en 1999, después de una larga agonía, me encontré sin recursos frente a aquel viejo que se había convertido en un extraño para mí. Estaba tan seguro de que desaparecería que me quedé desamparado al encontrarme en los brazos a aquel hombre, fuerte como un toro a sus ochenta años largos. Tuve la impresión de haber sido transportado al pasado, a la gleba, a la mediocridad familiar. Era como regresar a una provincia abandonada, pero que sigue siendo maléfica. Volvía a ser el hijo sometido. Después de todos aquellos padres espirituales que me habían hecho crecer, el padre carnal, empequeñecido, recuperaba sus derechos. Me aseguraba que él nunca iba a superar el fallecimiento de mi madre. Yo reaccionaba con escepticismo, tal vez equivocadamente. Subestimaba el vínculo profundo que los unía a pesar de todo. Habían estado matándose el uno al otro como dos avispas en un tarro, pero al menos se habían puesto de acuerdo en qué compartir.

Mientras tanto mi padre había conocido algunos reveses económicos: después de veinte años de ascensión social, había caído en la espiral del endeudamiento, tal como le había sucedido a su padre, un heredero de un próspero industrial, que había terminado sus días siendo un indigente en un asilo del distrito XX. Inversiones arriesgadas, compras desmesuradas, amantes más jóvenes, es decir costosas, en fin, un pequeño delirio de

grandeza lo había dejado al borde de la penuria al cumplir la edad de la jubilación. Su desahogo, muy relativo, le había hecho perder el sentido de la medida. Se había alzado trabajosamente hasta la clase media-alta para despeñarse a toda velocidad hacia la pequeña burguesía. No cesaba de pensar en sus ambiciones frustradas, sus carreras imaginarias. Llevaba varios años viviendo a base de parches, préstamos a interés de usura que le facilitaban compañías sin escrúpulos. Apenas abría una cuenta, ya se informaba sobre el descubierto autorizado. Se permitía haraganear dando sablazos a primos o a benefactores episódicos y esperando que algún día lo liberaran de su deuda. Algunos tuvieron el detalle de morirse antes de la devolución. Había desplumado a todos los miembros de la familia, uno tras otro, sin dejar de insultarlos a sus espaldas. Insensiblemente, el prestamista se transformaba en sinvergüenza, ilustrando la famosa ley de la ingratitud: «No tengo enemigos, pues no he hecho ningún favor a nadie» (Jules Renard). Después de desvalijar a mis tíos y tías, se volvió hacia mí, con la excusa de mi éxito, y solicitando que, como devolución de los gastos que le había ocasionado mi educación, le pasara una renta hasta su muerte. Negociábamos mis liberalidades como dos mercaderes de alfombras, pero yo no me veía con ánimos para dejarlo tirado. De modo que a todos mis agravios se añadía este, que no era de los menores. Cada dos o tres meses me reclamaba su óbolo, y yo escupía en la bacinilla con reticencia. Vivía con la mano extendida, sin dejar de fustigar a los mendigos, a los inmigrantes y a los beneficiarios de la asistencia pública. Sin el menor pudor llegó a pedirle algo de dinero a su nieto. En mis dos familias, la paterna y la materna, reinaba una codicia totalmente balzaquiana: el odio al judío se explicaba porque proyectábamos sobre él nuestra pasión, tan francesa, por el dinero. La noche en que mi abuela materna murió, sobre su cadáver aún caliente sus dos hijas mayores se pelearon físicamente para llevarse una mesa o un mueble. Mi padre salió de madrugada con un par de sillas, arguyendo que la difunta se las había prometido. Cuanto más pequeño es el botín, más furiosos son los buitres.

En 1969, mi padre compró en el Luberon, en el municipio de Saint-Saturnin-lès-Apt, un molino en ruinas, mucho antes de que esta región se convirtiera en el lugar de veraneo de la *intelligentsia* parisina. Después del *Sturm und Drang*, la tempestad y el empuje nacionalsocialista, ahora acariciaba el sueño de un arraigo en el eterno Midi, inspirado en el *Félibrige* de Frédéric Mistral. Al rozar los cincuenta, se veía como un *gentleman-*

farmer provenzal. Se las daba de autóctono, se hizo empadronar en Vaucluse. Aquel molino que iba a ser su gran obra, su consagración social, fue su sudario, y al cabo de treinta y cinco años lo revendió por un mendrugo de pan, dejando una ruina informe, infestada de ratones, al borde de una carretera comarcal. Había contratado los servicios de un jardinero alcohólico, un buen hombre al que insultaba y amenazaba físicamente. Aquel empleado era el marido de una alcahueta que regentaba una pequeña casa de citas para camioneros entre Gordes y la aldea de Les Bassacs. La matrona, que había trabajado como furcia en Marsella, tenía el pelo como un cepillo y la corpulencia de un estibador: parecía un luchador de sumo hablando con el acento de Pagnol. Autorizaba a mi padre a maltratar a su marido, e incluso a apalearlo si le apetecía. Ella misma arrimaba el hombro en el garito en caso de apreturas, y les daba el toque final a los clientes con prisas. Mi padre solía ir regularmente a comer o a cenar a la fonda, y subía con una de las dos o tres chicas que trabajaban allí, alternándolas. Cuando se enfadaba, descargaba los nervios sobre el pobre infeliz, que lloraba de pena. Mi madre le advertía que algún día aquel hombre le iba a dar un buen golpe con la pala o el pico, como represalia. El jardinero acabó muriendo de cirrosis aguda. La casa de citas fue clausurada y la policía llegó incluso a interrogar a mi padre; como cliente asiduo, testificó a favor de la moralidad de la alcahueta, encerrada en la cárcel de Les Baumettes, en Marsella. Mi madre, que me contó todo eso muchos años más tarde, tuvo que sufrir una doble afrenta: enterarse de que su marido frecuentaba el burdel local y de que, además, era sospechoso de participar en los beneficios del comercio carnal. Escapó a la persecución policial, pero después, en un restaurante de Ginebra, dos tipos patibularios le partieron la cara: escoltaban a una de las antiguas dueñas de la mancebía provenzal, a la que había ido a saludar como si fuera una excompañera de promoción.

En aquella época dio un giro a la izquierda, se dejó crecer la melena, votaba a Mitterrand e incluso a los comunistas. Después de todo, el resto de la familia eran obreros y tenían carné del Partido o del sindicato CGT. Siempre agradeció al presidente socialista que cada año fuera a depositar flores sobre la tumba del mariscal Pétain en la isla de Yeu. Mi madre, por su parte, lloró cuando cayó el Muro, con el pretexto de que ahora el capitalismo ya no encontraría obstáculos en su expansión. Esta volatilidad ideológica, ese movimiento de balancín de un extremo a otro, es propia de nuestros tiempos

de confusión. A veces el antisemitismo regresaba a bocanadas, como un ataque de hipo. Decías: «Vaya, ya está otra vez», y después se le pasaba. Cultivaba su tendencia neorural, se inventaba unos orígenes occitanos, en busca de una nueva identidad, colaboraba con los grupos de defensa de la naturaleza. Le gustaban los Amigos de la Tierra, porque la Tierra «no miente», y la Confederación Campesina por su lucha contra la industria agroalimentaria y la *fast-food* americana. Vagabundeaba por las religiones alternativas que le proponía la época: el liberalismo, la ecología, el regionalismo, la revolución sexual. Henry Miller hizo una entrada triunfal en casa, al lado de Teilhard de Chardin y su punto Omega. La revista *Planète* de Louis Pauwels sustituyó a Rivarol, Gurdjieff, el teósofo sectario y sulfuroso, relevó a Brasillach. Mi padre llegó incluso a visitar a Lanza del Vasto, militante pacifista no-violento, discípulo de Gandhi, que había fundado la comunidad del Arca cerca de Lodève, en el Languedoc. Quedó impresionado, y no cesaba de entonar elogios a la belleza interior y el magnetismo de aquel amigo de Romain Rolland. También aprovechó para comprarse las obras de Luc Dietrich y René Daumal. Parecía haberse completado la metamorfosis que lo había llevado desde el dictador abusón hasta el poeta místico. No cabe imaginar mayor distancia. Muchas veces iba al Magreb para trabajar como ingeniero, y se extasiaba ante los éxitos argelinos y los errores de la Francia colonial, criticaba a De Gaulle por no haberles concedido la independencia en 1958. ¡Le habían dado la vuelta como a un calcetín! Se convirtió en defensor de la reconciliación franco-alemana, apoyaba a Joseph Rovin y a Alfred Grosser. Llegó incluso a reprochar a los angloamericanos no haber bombardeado Auschwitz, acusaba a los marines de haber cometido numerosas violaciones en Normandía, condenaba la guerra del Vietnam, en resumen, abrazaba el antiamericanismo de izquierda después de haberse alineado con el de la extrema derecha. Así abarcaba todo el arco político, y podía continuar con sus antiguas acrimonias mientras se jactaba de haberse renovado.

Con la edad, desarrolló una diabetes y me atribuyó a mí su aparición, cuando la realidad es que bebía y comía en exceso. La jubilación fue para él una tragedia: se sintió marginado, y cada día redactaba decenas de cartas, con su letra diminuta, para que volvieran a contratarlo, arguyendo sus habilidades y su conocimiento del alemán. Sus belicosos asaltos caían en saco roto; ya no tenía a nadie a quien martirizar, mi madre no era más que un despojo que él

había machacado. La penuria material conoce dos estados: el de la juventud está lleno de esperanzas. Te obliga a trabajar duro, a limitar los caprichos, a rivalizar en inteligencia e imaginación. La última miseria, la que llega a los sesenta, cuando viene después de cierto bienestar, una vez el disfrute del dinero se ha convertido en costumbre, es más cruel. Es la caída lenta, después de las grandes esperanzas, la experiencia del desclasamiento. Mi padre gastaba para olvidar que era pobre. En aquella época, mis padres tenían que mudarse cada cinco años: cada casa era la mitad de la anterior. Después de haber empezado en el distrito XVI, en la Puerta de Auteuil, acabaron en un estudio de treinta metros cuadrados en la rue Cabanis, frente al hospital Sainte-Anne, donde mi madre, decía amablemente mi padre, podría ir a curarse su dañado cerebro con solo cambiar de acera. Tuvo una última pasión: se enamoró de una joven del municipio de Eygalières, en Les Bouches-du-Rhône. Le dio muy fuerte, estaba dispuesto a abandonarlo todo por ella. Mi madre, oliéndose el peligro, llamó a la dama en cuestión y, sin dejar de amenazarla, le reveló que su anciano amante no tenía un céntimo y no podría asegurarle ningún futuro. Mi padre lloró durante meses, en el lecho conyugal, por el abandono de la amada, que ni siquiera era guapa, según decía —le gustaban las mujeres feas por sus encantos ocultos—. Pensar en aquel hombre maduro llorando en brazos de su legítima esposa la traición de su amante es algo que siempre me ha emocionado.

También está lo de los víveres. Durante la guerra pasó hambre. Su diario de batalla del periodo 1941-1944 está lleno de menús de restaurantes copiados, relatos de búsquedas de mantequilla, azúcar, queso. Una cena de caracoles regados con un pouilly-fumé en los Talleres de la Juventud en 1941 da pie a una página entera de anotaciones líricas. Encontrar algo que llevarse a la boca era su principal preocupación. La Segunda Guerra Mundial, en la conversación de mis padres, se reducía a la obsesión por el abastecimiento. No había carne, solo despojos, magros caldos de nabo, tupinambo, sopas de castaña, achicoria, sucedáneo de café. No había lugar para el sufrimiento ajeno, habían tenido su propia ración de penas. En nuestra casa, la despensa estaba llena de conservas, arroz y pasta. A cada crisis internacional, la de la Bahía de Cochinos, la de Suez, el *putsch* de Argel, mi padre volvía a casa con el portaequipajes atestado de alimentos no perecederos. Cada dos o tres años se preparaba para resistir a un asedio. Empleaba las largas tardes de invierno

en confeccionar conserva de melocotón, de pera, o botes de confitura, tareas que se le daban muy bien. Las conservas se pudrían en las estanterías, se solidificaban formando cristales de azúcar. Todavía guardo un bote de mermelada de grosella, un bloque de antracita irrompible, que contemplo como el vestigio de una civilización desaparecida. Cuando murió, los empleados de la mudanza encontraron en el sótano más de trescientos tarros de cristal. Así pues, había que alimentarse, no saltarse ninguna, sopa, verdura, y sobre todo carne, era un imperativo categórico que la buena carne muy poco hecha fortificaba los huesos. A las cuatro me daban una rebanada de pan cubierta por una gruesa capa de mantequilla salpicada con cacao en polvo. Sin contar el vaso de leche cotidiano, la llamada leche Mendès France, a la que habían puesto el nombre del presidente del consejo que en 1954 organizó el reparto de este brebaje en las escuelas e institutos, con gran enfado de los fabricantes de aguardiente y de Pierre Poujade, que acusaban a Mendès de «no tener ni una gota de sangre gala en sus venas». Poujade, sin saberlo, parodiaba la reflexión de Maurras que sostenía que un judío, al no estar arraigado en la tierra de Francia, jamás podría comprender los versos de Racine. Cuando vivíamos en Lyon, mi padre hacía incursiones a Suiza, el país de Jauja, y regresaba cargado de gruyer, *Appenzell* y chocolates, después de haber devorado alguna *fondue* por el camino. ¿Que se iba a El Aaiún, en el Sáhara occidental, para trabajar para la Real Compañía de Fosfatos? Se traía cinco kilos de judías verdes. ¿A Alemania? Salchichas y chucrut, vinos del Rin, *Schwarzbrot*, *Pumpernickel* (pan negro, pan de centeno). Teníamos las despensas del sótano repletas. Periódicamente, había que tirar los excedentes podridos por el calor o comidos por las cucarachas. En su juventud, mi padre se levantaba por la noche para prepararse tortillas y patatas fritas. Verlo comer me cortaba el apetito: engullía con los labios brillantes, se empachaba, se ponía colorado. Cuando mi madre y yo se lo hacíamos notar, él replicaba:

—Dejadme en paz, coño, me muero de hambre.

Estaba gordo, hinchado como un odre. En mi familia, la mayoría de los comensales terminaba las comidas con las mejillas moradas, la tez violácea, encendidos a base de bebida y comida. A mí me daba vergüenza aquella coloración que en mi cabeza remitía a nuestros orígenes campesinos, y en cuanto sentía que mi rostro se calentaba y se ponía colorado, me levantaba de la mesa, iba a refrescarme, o al tocador de mi madre a ponerme polvos para tener la piel más blanca. Quería estar siempre pálido, lívido.

Hasta su último año de vida, mi padre cruzaba todo París para llegar a mi casa con una cesta de comida llena de botellas de aceite de oliva, fruta, quesos curados, trozos de pan. Yo me mostraba emocionado y esperaba a que se fuera para tirar a la basura tres cuartas partes de la cesta. Obsesionado por la penuria, recogía por todas partes los sobrecitos de azúcar que habían quedado sobre las mesas y que acababan infestados de hormigas y pulgas en sus bolsillos. Había elevado la cultura del residuo al rango de las bellas artes. Cuando estaba en el hospital, tenía que llevarle fruta, mermeladas, incluso botellas de vino, que ocultaba detrás de la mesilla de noche, ante las cuales las auxiliares hacían la vista gorda. Un poco más y habría pedido que le colocaran víveres en el ataúd, no fuera caso que, en el más allá, Jesús y san Pedro se hallaran en situación de escasez.

Crecer es inventar la propia vida: envejecer es reducirla a algunos elementos anteriores. Si las decisiones han sido erróneas, la vejez será la imagen de esos errores. Mi padre sobrevivió trece años a mi madre, llegó a los noventa y dos, deteriorándose lentamente, sin perder jamás la cabeza, caminando bien, gozando de buena vista, agresivo e insultante. Cada vez se parecía más a Jean-Marie Le Pen, como si su apariencia le viniera dictada por sus opiniones. Chocheaba, removía disputas familiares que databan de cuarenta años atrás. Siempre había un tío indigno, una cuñada miserable, unos sobrinos fracasados. Todo quedaba consignado en una especie de caja de reproches de la que sacaba cada día nuevos agravios. Por antigua costumbre laboral, se despertaba a las seis de la mañana y se quedaba en la cama hasta las ocho, esperando el desayuno, hundido ante la tele a todo volumen. La tisana ocular lo tenía ocupado hasta la tarde. Yo le sugería que emprendiera un trabajo voluntario, que fuera útil a la sociedad. Él se encogía de hombros y farfullaba:

—¿Reunirme con otros viejos achacosos para ayudar a los parásitos? No, gracias.

Ya lo he contado: en el hospital donde agonizaba mi madre se encontró con una antigua amante que iba, por su parte, a visitar a su marido moribundo. Unieron sus viudedades y permanecieron juntos doce años. Era una antigua abogada que «compartía sus ideas». Yo me alegraba de aquella camaradería que iluminó sus últimos días; él le escribía casi cada día, a la antigua, largas cartas en francés o en alemán que a veces yo mismo echaba al correo. La amó

sinceramente. Ella lo acogía durante la mitad de la semana en su amplio piso del distrito XVI, donde él tenía su propia habitación. Fueron juntos a Australia, que les encantó: a la vuelta me dijo: «Por fin un país donde no hay “ni negros ni moros”, solo chinos diligentes». En cuanto a los judíos, «se quedan escondidos y calladitos».

Yo temía sobre todo tener que hacerme cargo de él, llevarlo a mi casa: en menos de veinticuatro horas nos habríamos matado. Lo invitaba a comer a casa. Aquellas visitas me angustiaban: no se iba nunca, se quedaba sin decir nada en su rincón de los desastres, con rostro desdichado y un pliegue de amargura, como si nuestra vitalidad insultara su pena. Como muchos ancianos, era presa de unos ataques de masticación automática que a mí me horrorizaban; le pedía que se controlara, y me daban ganas de pegarle la mandíbula con cemento para que se estuviera quieto. Él detestaba mi dúplex porque no tenía ascensor ni una habitación para él solo. Todo le parecía mal: los cuadros de las paredes, que habría querido destrozar, los muebles, la escalera demasiado empinada o un reloj de péndulo holandés desmontado que tenía ganas de triturar entre sus manos. Pero se quedaba; yo no tenía fuerzas para echarlo a la calle, sobre todo si se había mostrado elocuente, erudito, asombrándonos con sus conocimientos sobre los viñedos y la gastronomía.

Hacia el año 2007 se produjo un malentendido tecnológico que habría podido tener graves consecuencias. Yo había ido a dar una gira de conferencias por la India, un país sobre el que mi padre, que no había estado jamás en él, tenía una opinión tajante:

—Nunca saldrán adelante, con sus vacas sagradas y sus castas.

Le mandé un sms a su teléfono fijo para tranquilizarlo. Él no sabía leer los mensajes en el portátil. Se supone que el texto se lo tenía que leer una voz artificial. Yo había escrito: «*Voyage parfait. Tout va bien. Je t’embrasse*» («Viaje perfecto. Todo va bien. Un beso.»). Pero la voz cortó la última sílaba de la última palabra y leyó: «*Je t’aime*» («Te quiero»). Parece ser que se quedó muy afectado, según me dijo su compañera. Yo me sentía incómodo, pero no podía echarme atrás. La palabra fatal, excesivamente solemne, había sido pronunciada. Tuvo la decencia de olvidar aquella falsa declaración. El día en que cumplió ochenta y ocho años, celebramos su aniversario en la Closerie des Lilas, con mi hija. Él se presentó vestido con elegancia; fue un momento agradable. Llegó con antelación, comió y bebió con buen apetito:

primer plato, segundo plato, postre, chupito, y volvió a su casa en autobús. Me sorprendí a mí mismo pensando con un punto de admiración: «Ese hombre es indestructible».

Procuraba llamarle todos los días para interesarme por él. Se mostraba preocupado por mi inestabilidad sentimental; yo le explicaba que, como tantos otros, me muevo entre la necesidad de seguridad y la necesidad de libertad: cuando estoy solo sueño con la convivencia conyugal, cuando estoy en pareja siento cierta sensación de asfixia, me doy cabezazos contra los barrotes de mi celda. He acabado acostumbrándome a esta oscilación, renuncio a liberarme de ella, y encuentro en esta no-resolución el encanto de una posible solución. Seguiré hasta el final buscando un estado ideal, a medio camino entre el celibato y la vida compartida. Mis argumentos no lo dejaban nada convencido. Farfullaba: «Cuando seas viejo estarás solo». A veces se producía un milagro: comulgábamos alrededor de algunos autores fetiche: Maupassant, Zola, Daphne du Maurier. Hablaba de ellos con inteligencia. También adoraba a Irène Némirovsky, por razones menos claras, porque según su interpretación, la escritora «sentía vergüenza por ser judía y no manifestaba ningún odio hacia los franceses». Me había hecho descubrir sobre todo ese extraordinario relato de Villiers de L'Isle-Adam, «La tortura por la esperanza»: la historia de un inquisidor de Toledo que finge liberar a un rabino, deja que se vaya al campo, para luego volver a detenerlo *in extremis* y mandarlo a la hoguera prometiéndole que aquella misma noche estará en el paraíso. Todavía hoy no comprendo qué es lo que lo fascinaba en aquella historia: el sadismo untuoso del dominico, o bien el desvarío del rabino, engañado para ser castigado con mayor crueldad.

La mayor parte del tiempo, solo conocía un modo de expresión: la indignación. La suciedad de París, las cacas de los perros en las aceras, los mendigos, los gitanos, los jóvenes o los automovilistas lo sublevaban más que las matanzas de Oriente Medio o que un cataclismo en África. A un viejo cualquier cosa lo hiere; se siente de más, dependiente de todo el mundo, espía en la mirada de los demás la impaciencia por verlo desaparecer. La más mínima innovación técnica, los tics de lenguaje; todo lo remite a los siglos pasados. No perdona a la humanidad entera que vaya a sobrevivirle, la sociedad lo va empujando hacia la salida. Un simple tramo de escaleras en el metro representa para él toda una expedición, un esfuerzo desmesurado. La nueva longevidad que promete la medicina es también una maldición.

Envejecemos al mismo tiempo que nuestros progenitores, a veces incluso más deprisa que ellos. Los padres siguen ahí, malhumorados y canosos, cuando nosotros ya somos abuelos. La modernidad crea unas dinastías de decrepitos en estados más o menos avanzados de senilidad, familias de yacentes asistidos por otros viejos que son sus hijos, todos igualmente arrugados, encorvados, Matusalenes en todos los estadios. Nuestros padres, nuestros abuelos son los emisarios de una humanidad en las más altas esferas de la edad. Nos están diciendo una cosa muy sencilla: que la vida es aún posible. Que sea deseable, eso ya es otro cantar.

La maldad conserva, no cabe la menor duda. En las afueras de Lyon, en Charbonnières, teníamos dos vecinas, madre e hija. La primera, enferma de un cáncer de evolución lenta que no acababa de llevársela, perseguía a la segunda con una ferocidad sin límites. Oíamos sus gritos hasta altas horas de la noche, y sobre todo bastonazos y latigazos. La pobre hija, sin esperanzas ya de encontrar a un hombre que la sacara de aquel infierno, cayó enferma. La vieja la despertaba en plena noche, la obligaba a fregar el parque, a planchar la ropa. Nosotros la oíamos desgañitarse al otro lado de la pared.

—Tendría que haber abortado, ahogarte como se hace con los gatos al nacer, especie de inútil, pedazo de imbécil.

Mi madre cerraba la ventana con un estremecimiento. La hija, demacrada, flaca, no podía hablar con nosotros sin autorización expresa de su madre, y acabó dejándose morir de pena. Aquella mala madre la estuvo riñendo hasta el lecho de muerte. Le sobrevivió varios años y, por la noche, la oíamos gritar en la casa vacía, abominando de su hija, huérfana de aquella muchacha que había traído al mundo solo para matarla mejor.

Durante toda mi infancia, al oír los gritos de aquella bruja, tuve una obsesión: morir joven. Mi madre me lo había profetizado. A cada fiebre, infección, yo pensaba: «De esta no paso». A los veintidós años, cuando estaba hospitalizado por una hemorragia interna, consecuencia de una perforación gástrica, mi padre entró en mi habitación y me espetó:

—Estás pagando tu vida disoluta. Sigue así y no cumplirás los treinta.

Lo mandé a paseo, pero la observación había tocado una fibra sensible. Mi vida merecía toda clase de calificativos, pero por desgracia no el de disoluta. Durante los diez años siguientes, me levanté por la mañana temiendo no llegar a la noche. Actualmente, la muerte no me interesa: es inevitable y desagradable. Solo cuenta la muerte de los seres queridos, que siempre se van

demasiado pronto. Pequeña súplica a la Providencia: hazme desaparecer antes que aquellos a los que amo, no me hagas sufrir la culpabilidad del superviviente.

Hasta el final, mi padre estuvo fingiendo preocuparse por mí. Yo no podía con aquella solicitud: era una manera insidiosa de desearme mal fingiendo que se alarmaba por ello. Era como esos hipócritas que rondan la desgracia ajena para poder paladearla como golosos. Le habría gustado que yo cayera enfermo para sentirse menos solo. En cuanto llegaba a su habitación, me examinaba con amargura:

—¡Qué mala cara tienes!

—Pues estoy la mar de bien.

—Perdona, pero tienes una pinta horrible.

—¿Tú te has mirado al espejo?

No le gustaban mis libros; los encontraba demasiado largos, demasiado obsesivos, demasiado complicados, demasiado orientados. Cada vez que me comprometía con una causa o partía hacia algún punto lejano, en África, Asia o América Latina, empezaba a desanimarme:

—¡Anda, ve a perder el tiempo con esa gentuza! ¿Quién te manda ir a esos países de piojosos?

Yo no tenía un empleo fijo. A cada cambio de gobierno, me preguntaba:

—¿No te han ofrecido un puesto?

—Sí, presidente de la República, pero no he aceptado.

Él insistía:

—Sé amable con Fulano, algún día podrías necesitarlo.

Para hacerlo enfadar, lo llamaba después de una excursión por la montaña o una sesión de *jogging*: estaba jadeante, respiraba bien fuerte para que percibiera la energía que había en mí y su inmovilidad.

—¡Ah, papá, me siento en plena forma!

—Ya, ya, pero ten mucho cuidado con los infartos.

Su muerte cercana me provocaba unas ganas furiosas de vivir.

«Quédate con tu mierda de felicidad», me dijo mi madre una vez que me encontró de un humor demasiado alegre para su gusto. Cuando yo le decía: «Todo va bien», ella interpretaba: «No te necesito».

Una tarde, mi padre y yo nos citamos en Denfert-Rochereau, tenía que entregarle unos papeles. Nos sentamos en un café. La conversación pronto se agotó, como de costumbre, teníamos pocas cosas que decirnos, mientras que

mi madre y yo podíamos charlar interminablemente con fluidez sobre cualquier tema. Llega un momento en que entre dos personas ya está todo dicho: una especie de hielo paraliza el manantial viviente del lenguaje. Era un día de octubre, todavía hermoso y suave. Yo miraba caminar a las mujeres, tan coquetas, tan diversas, y sus andares me proporcionaban un poco de consuelo. No quiero ofender a los cascarrabias, pero la verdad es que el mestizaje en nuestras ciudades ha enriquecido considerablemente la paleta visual. Mirar a aquellas mujeres tan elegantes procedentes de todas partes era un contrapunto a aquel viejo verde. Su rostro estaba solidificado en una expresión de rencor. Una joven negra de formas redondeadas pasó rozando nuestra mesa, y mi padre soltó:

—Qué fea es la gente. Mira ese culo enorme. ¿Cómo se atreven a pasearse así?

Yo me incliné hacia él, irritado por aquella observación que apuntaba directamente contra mí.

—¿Sabes, papá? Hay hombres a los que les gustan muchísimo los culos grandes. Es una cuestión de gustos.

—Muy bien, pues todos para ti.

—La gente es hermosa, papá. Son las miradas las que son feas.

Dirigí al cielo una plegaria silenciosa: haced que nunca llegue a ser como él. Que mis hijos me rematen si tengo que acabar así. Lo peor de la vejez no es la decadencia física, es el asco hacia la humanidad. ¿Cuántos subversivos han terminado siendo unos gruñones? Rebeldes a los veinte años, mamarrachos quejicas a los sesenta. Mi padre me educó en el odio hacia los demás, yo elegí consagrarme a su celebración. La belleza del mundo y de los seres no cesará jamás de dejarme sin aliento.

CAPÍTULO 8

DEBERÍAS HACER UN STEFAN ZWEIG

Nunca he sabido lo que es una vida exitosa; en cambio, sé lo que es una vida odiosa. En el atardecer de su existencia, cuando habría tenido que bajar la guardia, hacer balance, mi padre halló una nueva rabia. Diciembre fue para él una nueva primavera. La edad no es sinónimo de sosiego, sino de empeoramiento. El odio era la energía que necesitaba para seguir con vida, para arrastrar su osamenta. Entonces, su pasión racista lo volvió a atacar con una virulencia incrementada por las dificultades financieras. La brasa judeófoba no estaba del todo apagada, bastó un poco de viento para convertirla en incendio. Aquel retorno al nazismo de su juventud, después de un largo paréntesis, era tal vez una manera de vencer al tiempo. Si hubiese reconocido que se había equivocado, como esos comunistas desesperados después de la caída del Muro en 1989, se habría sumido en la desdicha, su existencia habría adquirido la apariencia de un largo camino sin salida. Prefirió verse como el depositario de una verdad inaudible en un mundo atrapado en la mentira.

A cada nuevo achaque, repetía a los médicos:

—¡Tengo derecho a vivir hasta los cien años, ya lo saben! Su obligación es mantenerme en forma.

Se había convertido en un fardo que suscitaba la rabia y la mala conciencia. Yo decidí jugar a ser el buen hijo, a pesar de los pesares. Si lo hubiese abandonado, no habría podido mirarme al espejo. La culpabilidad acudía para hacer reflotar un afecto intermitente. Llega un momento en que las relaciones con una persona son tan enrevesadas que ya no puedes distinguir entre el amor y el deber. Yo detestaba a mi padre, eso seguro, pero no todos los días. Mi buena disposición lo preocupaba: le olía a chamusquina. Pero si no lo llamaba, se sentía abandonado. Por la tarde iba a su casa, en la rue Cabanis. Golpeaba la puerta con los nudillos: estaba sordo. Lo encontraba sentado delante de la tele a todo volumen. Ya no oía nada, solo el timbre del teléfono, que descolgaba incluso cuando sonaba en la pequeña pantalla. La televisión

es la auténtica familia de los viejos y los enfermos, es una compañera inagotable que siempre tiene algo que decir y enseñar. Su apartamento era algo abominable. Las paredes se agrietaban, unas manchas inmensas se extendían por el techo. La mesa, partida en dos como por un hachazo, estaba cubierta de papeles, de restos de comida, de los medicamentos más diversos. Lo peor era el suelo: allí las basuras se acumulaban sin retirarse jamás. Había hecho con ellas pequeños montículos, como monumentos prehistóricos, entre los cuales se paseaban las cucarachas. En aquel polvo, como buen geógrafo que era, había trazado caminos, creado bifurcaciones.

—Bueno, ya sabes, las cucarachas son señal de limpieza. Son unos insectos extraordinariamente meticulosos, no entrarían jamás en una casa sucia.

La cocina por sí sola ya era todo un poema: atestada de cazuelas, mendrugos de pan grisáceos, café abandonado, bolsitas de té secas. Las compotas de fruta se pudrían lentamente en su propio jugo, los restos de estofado se ponían verdes en pleno invierno, y él me prohibía tirarlos. En cuanto entraba, me tapaba la nariz ostensiblemente y aullaba:

—¡Debería darte vergüenza vivir en esa pocilga!

Era su frase favorita cuando entraba en mi dormitorio de niño. Él adoptaba un aire indefenso:

—Pero, Pascal, qué dices, si está limpísimo.

A mí se me encogía el corazón, le proponía la ayuda de una asistenta, que consintió en aceptar el último año. Me ofrecí a ir con mi hijo para hacer una limpieza general, fregaríamos las habitaciones con mucha agua, llamaríamos a unos pintores profesionales para que pintaran las paredes, y sobre todo nos ocuparíamos del cuarto de baño que oscilaba entre el salón mortuorio y la letrina municipal.

—Dame cuarenta y ocho horas y te devuelvo el piso como nuevo.

Se negó en redondo. No era él quien tenía que pintar el techo, era el Ayuntamiento de París. Como Job, se había enamorado de su estercolero. Ya no lo veía. No tirar nada, no perder nada, ni siquiera un billete de metro: ahora la consigna era esta. Recogía y guardaba el más diminuto fragmento de madera o de metal que encontraba en la calle. Por si acaso. Del mismo modo que su propio padre al final de su vida, hurgaba en las basuras, sacaba pedazos de juguetes, como trozos de mecano. La maldición del desecho lo atacaba a su vez. Náufrago en su domicilio, conservaba en carpetas con más de cincuenta años más del doble de cartas que había redactado «por si acaso».

Temía por encima de todo los robos, las hordas de asaltantes que, según él, lo tenían en un lugar preferente de sus listas. Se veía a sí mismo como un hombre adinerado rodeado por una pandilla de atracadores. Yo le soltaba:

—Pero si no tienes nada que se pueda robar, solo porquería. Mira a tu alrededor, por el amor de Dios. Vives entre la mierda, ¿me oyes?, ¿en qué idioma te lo tengo que decir?

La asistente, una mujer marroquí, para ser admitida tuvo que pasar un auténtico examen, además de una prueba de moralidad, como si hubiera ido a servir en la residencia de Su Alteza. El Gran Mamamuchi busca personal de servicio. Se exigen referencias. Pero le tomó cariño: la invitaba a café, a licores, a la mínima ocasión quería abrir una botella de champán; le hablaba de Marruecos y de su amor por ese país. Se hizo indispensable para él. Ella me pasaba unos informes apocalípticos sobre la higiene de la casa. Para realizar ciertos trabajos se ponía máscara y guantes. El cuarto de baño y el retrete, negros de mugre, eran impracticables, estaban impregnados de una peste sofocante. En la cama, que no se hacía nunca, campaban los peluches: osos, conejos, zorros, ratones; y todo aquel zoológico se desplegaba ante una foto piadosa colgada de la pared, la del mariscal Pétain. Los peluches, según decía, eran un juego entre su última novia y él. No quise averiguar más. Una vez la novia fue a casa de él y después me llamó con el estómago revuelto. Su minúsculo apartamento se había convertido en un vertedero. Me recordaba a esos seres fósiles incrustados en un rincón de acera como santos en sus hornacinas. Se había construido una caverna en su fortaleza de detritus. Allí permanecía como un rey derrocado, sentado sobre su trono de deyecciones. Después de su muerte, en el congelador de su casa se encontró una carcasa de pollo de al menos dos años de antigüedad, de la que solo quedaban los huesos. La carcasa, entre miles de filamentos de hielo, ofrecía su aparejo a la intemperie, prosiguiendo su navegación en el tiempo. Habría podido permanecer en la banquisa durante muchos años más.

La diabetes le devoraba las piernas, le dificultaba la circulación sanguínea, los dedos de los pies se le gangrenaban: le cortaban uno, luego dos, luego tres, lo iban encogiendo varios centímetros cada vez. Él no se quejaba, exhibía su muñón con coraje. Peleaba, contaba los días que le quedaban hasta el alta, se negaba a que lo mandaran a un asilo. Su compañera me suplicaba:

—Usted, que tiene «el brazo largo», que tiene influencias, haga algo para que su padre consiga los cuidados que necesita. ¡Estoy segura de que usted

tiene relacioooooones!

«Tener el brazo largo» era una expresión de la posguerra; puesto que yo tenía el brazo largo, los médicos podían acortar tranquilamente el de mi viejo.

Estaba inválido, pero seguía siendo orgulloso e insufrible. Al acercarse a la muerte, no apareció en él ninguna templanza.

—¿Cómo te gustaría que fuera tu entierro?

—¿Pero de qué hablas, desgraciado? Yo estoy en plena forma, pronto voy a salir, ¡qué te has creído!

Si me hubiera dicho una vez, una sola, que había cometido errores y maltratado a mi madre, lo habría estrechado en mis brazos, habríamos llorado juntos, yo lo habría acompañado con el mayor cariño posible hasta el final. Pero no, se obcecaba en su delirio. Había momentos en que quería mandar al paredón a todo el mundo: a Marlene Dietrich, la traidora que cantó para los yanquis, a los rateros del tirón, a los carteristas gitanos, a los que hacían trampas en los distribuidores automáticos; a todos una bala en la cabeza. ¡Para dar ejemplo! «A ese lo mandaba yo al paredón» era su expresión favorita. Me recordaba al general Alcázar de Tintín, periódicamente derrocado por su adversario, el general Tapioca, y que a la mínima ocasión mandaba a sus opositores ante el pelotón de fusilamiento.

En el hospital, mi padre, siempre bien afeitado y con el pelo corto, iba vestido con una extraña bata a medio camino entre el atuendo de un cosmonauta y un pañal. Envejecer es habitar un cuerpo que ya no nos pertenece y que sigue su propio curso: los órganos se deterioran, el pudor se relaja, los esfínteres también, en una continua sinfonía de pedorretas. El regreso al estadio del recién nacido, pero sin la gracia infantil. Eso, a él no le daba ningún apuro. Lo paseaba en silla de ruedas por los pasillos, y él iba tocando su pequeño claxon particular. Apenas llegábamos a su habitación, yo ya no pensaba más que en huir. No me veía con ánimos de besarlo, apenas le rozaba las mejillas. Habría tenido que cogerle la mano, apretarla entre las mías. El contacto con él me repugnaba. Se alegraba de mis visitas, que eran un fastidio para mí. Pequeña tragedia de la existencia: las mismas situaciones no tienen la misma densidad para las distintas personas que las viven. El almuerzo de un amante abandonado con su antigua novia que para él es una fiesta, es para ella tan solo una formalidad. Estamos desajustados.

Mi padre había entrado en la etapa de los acontecimientos anodinos: no tenía nada que contar quitando los cuidados de las enfermeras y los progresos

de su curación. Su vida no era más que la crónica de sus dolencias cotidianas. Hablar mal de sus vecinos, su deporte favorito, despotricar de mi hijo conmigo o despotricar de mí con mi hijo le llevaba una media hora larga, después de lo cual ya había agotado su depósito de calumnias. Rumiaba en un monólogo sin fin, insultaba al Gobierno, a los médicos, a la humanidad. Me asaltaba la pesadilla de que pudiera vivir otros cinco o seis años, arrastrándose de una residencia de ancianos a una clínica, obligándome a encadenar mi vida a la suya. Muchas veces estallaba y un día, ante mi hijo, estupefacto, exploté:

—¡Joder!, ¿cuándo va a diñarla ese viejo imbécil?

Me arrepentí de aquel acceso de mal humor, por más que nunca había sido tan sincero. Quién sabe si nuestros hijos no quedarán aliviados a nuestra muerte. Él me miraba con cara de malo. La situación se había invertido, ahora él dependía de todos. En su mirada no detecté ningún miedo, ninguna petición de piedad: aquello era furia en estado puro. Y esta advertencia: «Algún día te verás en mi lugar, y me las pagarás, tu hijo y tu hija me vengarán». Yo, a pesar de todo, admiraba su orgullo: un viejo cabrón, pero con un par de cojones. Él se moría de ganas de insultarme, pero se contenía. A veces se impacientaba, levantaba la voz. Yo gritaba más fuerte, me iba dando un portazo. Volvía con el rabo entre las piernas. Aquel hombre me transformaba en verdugo. Pero guardaba su terror a la muerte para sí mismo. Apenas había salido del hospital, ya me llamaba para saber si había llegado bien. Un trayecto en metro o en autobús era elevado a la categoría de aventura en tierras extrañas. Quería mantener el contacto con el exterior, al precio que fuera.

Adoraba los relatos policiacos, igual que yo. Le recordaba las palabras de Sartre, que una vez confesó que le gustaba más leer novela negra que a Wittgenstein. Cada semana le compraba libros nuevos. Habían dejado de gustarle las policíacas: las encontraba demasiado violentas, vulgares. También en literatura, en cuanto nos alejábamos de los clásicos, nuestros gustos divergían. Le pasé *La Femme changée en renard*, de David Garnett, un miembro del grupo de Bloomsbury, que se formó en torno a Virginia Woolf: en el transcurso de una cacería por el bosque, un *gentleman* inglés ve con asombro cómo su esposa se convierte en una zorra de pelaje rojo intenso y se escapa por el sotobosque. Él acepta la metamorfosis y deja que cada noche se vaya muy lejos para reunirse con sus hermanos zorrunos. Por la

mañana, vuelve sucia, con heridas y arañazos. Este relato, maravillosa metáfora de la feminidad como algo salvaje, lo escandalizó. Tiró el libro a la basura, de donde tuve que recuperarlo. Imaginar que mi propia madre algún día hubiera podido transformarse en gata o en cánida y salir a retozar por los tejados o por el campo era algo que lo volvía loco. Yo mantenía la esperanza de convertirlo a mis gustos, pues prefiero compartir que enfrentarme. Mi hijo, especialista en informática, quería iniciarlo en Internet. Él declinó el ofrecimiento, detestaba los ordenadores, los teléfonos móviles, y convertía su ignorancia en rebelión contra la modernidad.

Su juego favorito consistía en detallar la profusión de bienes que nos iba a legar, como si fuera Rockefeller o Rothschild en persona.

—¡Tres marinas holandesas del siglo XVIII!

—Son copias, papá, menos de cincuenta euros la pieza.

—Un reloj Rolex de tu madre.

—Una imitación, papá, comprada en un mercado de Delhi hace veinte años: dos euros como mucho.

—Un collar de perlas que le regalé a tu madre, muy caro.

—¡Todas falsas! Lo he hecho peritar.

—¿Y mis terrenos en el Luberon?

—Tres trozos llenos de piedras al fondo de un torrente, donde no se puede construir. Solo para las cabras. Ni el notario quiere ir.

Fanfarroneaba, se llenaba la boca de posesiones, se las daba de gran señor ante su hermana y sus sobrinos, cuando la verdad es que estaba totalmente arruinado. Varias veces le di a entender que no pensaba aceptar la herencia, porque no quería cargar con sus múltiples deudas. Él se indignó como si le estuviera infligiendo una afrenta.

Los servicios de geriatría condensan todas las patologías más una, la de lo irremediable. Al pasar de una habitación a otra, uno siente el deseo contradictorio de mimar a cada enfermo y de ahogarlo con una almohada. Algunos pacientes parecen tan ligeros, con unos huesos apenas más pesados que la piel, que cargar con ellos debe de ser como llevar una nube. Entramos en un infierno asepticado donde los condenados, enchufados a toda clase de máquinas, gritan su desasosiego. Los pasillos están invadidos por seres amputados, impedidos, que lloriquean pidiendo ayuda entre la indiferencia general. Todo ese rebaño de seudocadáveres iba cayendo alrededor de mi padre, que los veía sucumbir sin inmutarse. Llevaba una contabilidad

macabra. Cada vez que se llevaban a uno de sus compañeros de habitación al depósito, gritaba: «¡Uno menos!». Él era el único que resistía; él iba a enterrarlos a todos. Apuntaba los muertos como si fueran victorias suyas. Pronto regresaría a casa dejando tras de sí una ristra de fiambres. Su cinismo me tranquilizaba: veía en él una prueba de vitalidad.

Nunca se valorará lo suficiente la calidad y generosidad de la sanidad pública francesa, abierta a todos sin distinción de fortuna o nacionalidad. Aquel hospital estaba lleno de antillanas, magrebís y africanas, y su juventud y su abnegación me compensaban de aquellas visitas espantosas. Aquellas mujeres son unas santas que se entregan sin calcular y a cambio reciben pedradas. En realidad es a ellas a quienes iba a ver yo. Ni siquiera mi padre era insensible a sus encantos: tenía sus favoritas, en especial una graciosa bereber a quien prodigaba interminables lecciones de geografía e historia. Quería convencerla a cualquier precio de que, en Argelia, los franceses lo habían hecho todo. Ella lo escuchaba con una paciencia admirable, él hablaba sin parar, era el cuentacuentos del servicio de amputaciones. Por desgracia, la cabra siempre tira al monte, y un día, a una muchacha de Costa de Marfil que no le había traído la palangana con suficiente rapidez, le gritó:

—¡Vuelve a subirte al árbol, mona asquerosa!

Ella se negó a volver a su habitación. A él le pareció extraño.

—¡Hay que ver lo susceptibles que son, esa gente, es que no se les puede decir nada!

Yo lo reñí como a un niño maleducado, lo exhorté a que pidiera perdón. ¿No le daba vergüenza tratar así a unas personas que venían cada día a limpiarle el culo y cambiarle los pañales?

—Pascal, muchacho, el problema es completamente el contrario. Son ellas las que tendrían que sentirse felices por estar a mi servicio. Gracias a personas como yo, pueden trabajar.

Cuando fui a contarle el incidente a la enfermera jefe, ella se encogió de hombros.

—A esos viejos ni los escuchamos. Lo que digan no tiene ninguna importancia.

Aquella indiferencia me hirió aún más que el ultraje paterno. Otra vez lo encontré exasperado: una enfermera africana, al salir de la ducha, le había preguntado:

—¿Ya se ha lavado bien el pajarito, señor Bru'ner?

La expresión me pareció deliciosa, y la adopté inmediatamente. Mi padre no estaba nunca contento: las curas dejaban mucho que desear, la comida era infecta, los médicos no le decían nada concreto, los cirujanos siempre tenían prisa. Su caso no interesaba a nadie. Era un bebé arrugado y gruñón, que necesitaba que lo lavaran y le cambiaran los pañales, e ilustraba esa ley de la insatisfacción permanente en democracia: no importa lo mucho que se haga por una persona concreta, a ella nunca le parecerá suficiente. Cuanto más recibe, más se queja. Cuando yo ya me hartaba de su palabrería, le soltaba:

—¿Tú sabes lo que le cuestan a la sociedad? Solo la habitación, doscientos euros al día en alojamiento y comida. Y no cuento las curas, las operaciones ni las pruebas. Y a cambio de todo eso tú no pagas nada.

—Alto ahí, alto ahí, que yo he cotizado toda mi vida; yo no soy ningún parásito, como todos esos africanos, esos rumanos y esos kurdos.

Exasperado por ese moribundo en plena forma que medraba a costa de nuestro agotamiento, un día le espeté a bocajarro:

—¿No crees que deberías hacer un Stefan Zweig?

—¿Qué es eso?

—Ya sabes, Stefan Zweig se suicidó al final de su vida, en Brasil, desesperado por cómo iba el mundo y por el ascenso del nazismo. ¿A ti no te dan ganas de anticiparte a la llamada?

Se quedó horrorizado. Pero si hubiese aceptado, el horrorizado habría sido yo. Había desarrollado una aversión hacia Stefan Zweig: su literatura, al contrario que la de Schnitzler o Werfel, era lectura de mujeres; había puesto fin a sus días con un gesto que él consideraba cobarde, «afeminado». Yo, a cada visita, le cantaba las bellezas de la muerte voluntaria.

—Tú eres muy libre de pensar lo que quieras, hijo mío, pero en lo que a mí respecta, quítatelo de la cabeza.

No quise insistir, pero durante un tiempo nuestros coloquios me procuraron un gran placer. Le describía con complacencia aquellas tribus primitivas en las que los ancianos van a esconderse en la selva para morir.

Para darse ánimos, recuperaba sus diatribas. Tenía su Oficina de Asuntos Judíos a domicilio, y mantenía el fichero escrupulosamente al día; era conmovedor ver su obstinación en el odio. Sobre Israel cambiaba de opinión todos los días: una vez era un Estado ejemplar, otra vez una nación abominable, un país de metecos sin tradiciones; prefería mil veces Irán, heredero de la gran civilización persa. No le gustaban ni los inmigrantes ni

los delincuentes: pero el hecho de que en algunos barrios de la periferia se persiguiera a los hombres que llevaban la kipá le hacía recuperar las esperanzas. La victoria póstuma de Hitler en ciertos sectores del mundo árabo-musulmán lo ponía muy contento. Veía con buenos ojos a esas muchedumbres que abucheaban a los «sionistas» en Gaza, El Cairo o Beirut. Es verdad que aquellos barbudos estropajosos no desfilaban con el gallardo orden de marcha de las SS, pero al menos el relevo estaba asegurado. En cambio, los grupos ultranacionalistas franceses, húngaros o griegos solo le provocaban escepticismo. Aquellos hombres estaban demasiado gordos. En efecto, lo que separa a los nazis de ayer de sus avatares contemporáneos es la obesidad. Contemplar un desfile al paso de la oca en París, Atenas o Budapest significa comprobar los estragos de la cerveza, las palomitas, las hamburguesas, la *musaka* o el *gulasch* sobre los salvadores de la patria. Están sobrealimentados, van vestidos con unas camisetas que no consiguen disimular sus michelines. No tienen ninguna clase, solo tienen barriga. Como buena parte de la extrema derecha, y a pesar de sus muchas reticencias, prefería los árabes a los judíos. También le gustaba el predicador Tariq Ramadan, «un chico muy guapo que habla muy bien» y se atreve a atacar a Israel. En cuanto a François Hollande, que entonces era candidato a la presidencia, solo podía ser judío, como todos los franceses que llevan un apellido de ciudad o de país.

—Y la Trierweiler esa, con un apellido así, ¿de dónde te crees tú que sale?
—repetía, como si él se apellidara Dupont o Dupuis.

Había una cuestión que lo obsesionaba: mi madre ¿había caído enferma por herencia? ¿Había un germen sifilítico en la familia de ella que le hubieran ocultado, alguna tara vergonzosa?

—¿Sabes una cosa, Pascal? En 1939, en Alemania, a tu pobre madre (la llamaba siempre pobre madre, otorgándole la condición de santa eterna), la habrían mandado a la cámara de gas. La epilepsia era considerada una enfermedad degenerativa. No habríamos podido hacer nada.

Su afán exterminador ahora se extendía a su propia esposa: tampoco ella habría merecido vivir. Un día me enseñó muy ufano un artículo del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 21 de enero de 2011, con una entrevista a Stéphane Hessel, donde el antiguo resistente afirmaba:

La ocupación alemana, si se la compara con la ocupación de Palestina por los israelíes, fue una ocupación relativamente inofensiva, quitando algunos

elementos excepcionales como los encarcelamientos, los internamientos, las ejecuciones y el robo de obras de arte.

—¿Qué, qué tenéis que responderle, tú y tus amiguetes judíos, a ese antiguo luchador del maquis?

Yo seguía llevándole libros de historia con la esperanza, vana, de abrirle los ojos: una monografía de Heydrich por Edouard Husson, por ejemplo. Sin darme cuenta me comportaba como un adictólogo: alimentaba su pasión a dosis reducidas, reduciéndoselas poquito a poco: el *Diario* de Goebbels por un lado, seguido por un estudio de Christopher R. Browning sobre los *Einsatzgruppen* por otro. El veneno y el antídoto. Él los hojeaba con aire dubitativo y me los devolvía al cabo de veinticuatro horas. No había nada que no se supiera ya. Conmigo prácticamente había dejado de discutir sobre esas cosas, porque yo estaba, como le dijo a mi hijo, «judaizado hasta la médula». Pero la pasión era más fuerte que la prudencia, y nuestras últimas conversaciones estuvieron adornadas con perlas de este tipo, sobre todo cuando quiso mandar a todo Wall Street a la silla eléctrica después de la crisis de 2008, es decir, a Madoff, a los directivos de Lehman Brothers y a todo Goldman Sachs. Su odio era prosélito. En resumen, él y yo estábamos embarcados en dos proyectos pedagógicos incompatibles. Yo seguía esperando que me dijera: «Estaba equivocado». Él seguía esperando que yo le confesara: «Tú tienes razón». Mi padre era un zombi agresivo, unas veces prostrado, otras veces desgañitándose; era como esos insectos que se quedan atrapados en el papel pegajoso, adherido al objeto de su cólera. Su verborrea morbosa terminaba con mi paciencia. Yo había esperado como un tonto una redención, y recibía una reafirmación.

El mal progresaba. Un día tuve que acudir urgentemente a su casa. Se le estaba pudriendo el pie derecho. Tenía dificultades para andar, tuve que llevarlo prácticamente en brazos. Estaba temblando. Por un instante, imbuido de mi poder, tuve la tentación de soltarlo. Hacerle pagar todo de una vez. En aquel mismo instante, se me escapó de entre las manos y se derrumbó sobre el suelo. Fue un momento espantoso: ver a aquel viejo tirado por el suelo, a mi propio padre, incapaz de levantarse, me retorció el corazón. Me sentí culpable. Yo lo había deseado y él se había caído. Me acordé de Ella Fitzgerald, que había terminado su vida ciega, con las piernas amputadas, en una silla de ruedas, por culpa de la diabetes. Sufrió la amputación a la

mañana siguiente. La cicatrización fue lenta. Él exhibía sus mutilaciones con orgullo, como si fueran heridas de guerra, y no entendía que los demás apartáramos la cara con repulsión. Una semana después de la operación, me recibió una mañana con una gran sonrisa de éxtasis:

—¿Sabes qué? Acabo de tener un sueño maravilloso. Agárrate bien, era el día del nombramiento de Hitler como canciller, en enero de 1933. El pueblo había salido en masa a las calles para aclamarlo. Él circulaba en un magnífico Mercedes descapotable. Todo era posible todavía.

Nos pasábamos el día hablando de pies, se había convertido en un experto en el riego sanguíneo de estos apéndices y de las técnicas ortopédicas. Podría llegar a andar con unos zapatos especiales que le regalaría la Seguridad Social, y luego haría sesiones de recuperación, decía. Ya se había apuntado a unas clases de rehabilitación. Tenía un aguante inconcebible. Aquella planta del hospital estaba llena de amputados como él en estadios más o menos avanzados de descomposición. En la sala de lectura, de televisión, unas figuras famélicas, vestidas con pijama o chándal, miraban *Les Feux de l'amour* con la boca abierta, pasmados. De vez en cuando un delicioso olor a especias invadía los pasillos: las auxiliares de clínica y los médicos se preparaban un cuscús o un *curry* en la cocina, y los efluvios anulaban durante una hora o dos la peste a desinfectante. El domingo lo encontraba en misa con otros internos. Nunca había sido muy creyente, pero aquello le suponía una distracción. Un cura prometía a los moribundos los gozos del paraíso, una eternidad de beatitudes y toda la santa mandanga; los feligreses entonaban cánticos, pronto Dios iba a acogerlos en su seno, y quien no se consuela es porque no quiere. Una monja, africana o bengalí, iba a besar a todos los participantes. Mi padre hacía una mueca cuando la monja depositaba un beso en su mejilla:

—¡Hay que ver las chorradas que llegan a inventarse esos curas!

* * *

Cuando me enteré de su muerte, el 18 de agosto de 2012, mediante un lacónico sms de mi hijo que recibí a las cinco de la madrugada, yo estaba de vacaciones con el resto de la familia y algunos amigos a orillas del lago Powell, en el Oeste americano, a caballo entre Arizona y Utah. Una arritmia ventricular le había provocado un paro cardíaco a la hora del almuerzo. No había sufrido. Quedé a la vez aliviado y abrumado. Inmediatamente pensé:

«Vuelven a empezar las complicaciones». Un hilillo de tristeza quedó ahogado por una oleada de angustia ante las gestiones que tendría que emprender. No me defraudaron, y comprendí que iba a hundirme en una ciénaga administrativa. Todavía dura. Afortunadamente, mi hijo se ocupó de lo más pesado. La burocracia asegura a cada ciudadano una especie de eternidad ficticia que puede durar años, cuando recibes correo o llamadas dirigidas a una persona fallecida. Todavía ahora, cuando alguien telefonea llamándome por el nombre de mi padre, yo respondo: «Lo siento muchísimo, estoy muerto, no puedo seguir hablando».

De todos modos, quedé fulminado: lo había creído invencible. Dios había tardado más de medio siglo en atender mis plegarias, debía de haber tenido un trabajo de mil demonios, durante todo ese tiempo. En el ínterin, entre mi padre y yo se había establecido otra relación: la cólera se había atenuado sin que por ello se instalara el afecto. Yo le profesaba un cariño dolorido y teñido de exasperación. Ya no tenía ni fuerzas para odiarlo. Lo había perdonado por puro cansancio. Enumeraba los motivos que no me había dado para no odiarlo completamente: después de todo, habría podido matarme en un ataque de furia, machacarme, mi madre se había ofrecido como escudo protector, habría podido negarse a pagarme los estudios, ponerme a trabajar en una fábrica a los catorce años... Habría podido ser mucho peor. A fin de cuentas, había tenido bastante suerte en comparación con las catástrofes que se evitaron. Era mi manera de exonerarlo. Sobre todo tuve que consolar a mi hijo, destrozado, porque había establecido unos vínculos muy fuertes con su abuelo; él lo había descubierto en la cama con la mandíbula desencajada. También tuve que reconfortar a mi hija, que sufrió un ataque de nervios. Tardamos mucho tiempo en apaciguar sus sollozos. Aquella pena, la de una chica joven cara a cara con el horror de la mortalidad, me hizo llorar, no la noticia en sí. En la Roma antigua, el ciudadano se convertía en *major*, es decir, adulto, cuando desaparecía su padre. Yo tuve que esperar hasta los sesenta y tres años para salir de la minoría de edad: no tiene nada de extraño que pasara tanto tiempo vegetando durante la adolescencia.

Nuestra última conversación telefónica databa de dos días antes: yo lo llamé desde Mesa Verde, en Colorado. Él evocó inmediatamente aquella civilización troglodita amerindia desaparecida en el siglo XIV a consecuencia de un trastorno climático o un hundimiento demográfico. Estaba leyendo *Pot-*

Bouille, de Émile Zola, el décimo volumen de la saga de los Rougon-Macquart, la historia de un edificio parisino situado en la rue de Choiseul, y de las intrigas que se tramaban en él, adulterios, separaciones. La palabra *Pot-Bouille*, calcada de «*poule au pot*», gallina a la cazuela, remitía al caldo indigesto que se comía en casa de los matrimonios pobres. Estuvimos hablando largo rato, como si la distancia dotara a nuestra conversación de cierta fluidez. Al colgar, le dije a mi hija:

—*Chapeau*, el viejo, conserva la cabeza intacta, o puede que tenga incluso más.

A mi regreso descubrí el sabroso mundo de las pompas fúnebres, esa combinación de retórica compasiva y matemática financiera. Me gustó la obsequiosidad, la voz dulzona, la sonrisa sintética de los empleados. Su mímica hiperbólica está hecha para distraernos de nuestro dolor, y a veces lo conseguían. Mi padre fue inhumado en Hauteville, un 1 de septiembre, con un frío de ejecución capital, en el cementerio presidido por una línea de alta tensión. Cuando ya estuvo en el ataúd, los empalagosos empleados se convirtieron en alegres mocetones que se quitaron la chaqueta para colocar la placa de mármol sobre la tumba, con la ayuda de una grúa mecánica. A mí aquel buen humor me gustó, y por mi parte deseé que mi entierro diera lugar a banquetes y risas, en vez de a lágrimas quejumbrosas. Al mirar la fosa familiar, a donde mi padre me había invitado varias veces a reposar entre mi madre y él, dejando todavía espacio para mi hijo, me dije: «¡Antes la fosa común que ese agujero!».

La filosofía del enterrador se limita a un negocio delicado: ataúd de pino, ataúd de roble, de caoba, asas de madera, de latón, de cobre, interior acolchado de raso, y cada artículo es facturado según una delicada jerarquía.

—Su pobre padre ha tenido que ser retocado: son setecientos euros.

Traducción en román paladino: una parte del rostro, debajo de los ojos, estaba hundida, los tanatoprácticos han más tiempo del que pensaban. Hubo que poner escayola a toda prisa.

Me negué a ver el cadáver cuando volví del viaje, y pedí que sellaran el féretro. Quería conservar la imagen sonriente del anciano que, desde la ventana de su clínica de convalecencia, en la periferia oeste de París, se despidió de mi hija y de mí cuando nos fuimos de vacaciones, con la seguridad de volver a verlo al cabo de tres semanas. Su estado mejoraba sin discusión, hablaba con voz fuerte. En aquel rostro fatigado se leía una

esperanza de reconciliación, la alegría de tener una familia que lo iba a suceder. Aquella sonrisa radiante, aquella mano agitada decían también que cada hombre es más grande que él mismo y lleva dentro unos recursos de bondad que él ignora. Por un instante, había sido tocado por la luz, redimido.

Desde la muerte de mis padres, me cruzo con ellos por la calle, incluso en el extranjero, encorvados, caminando con paso menudo. Vienen a visitarme en forma de seres desconocidos, todos los ancianos de Francia me hablan de ellos, me dan noticias de ellos. Aunque protestante de nacimiento, mi padre deseó una ceremonia en la iglesia de Saint-Étienne-du-Mont, en la montaña de Sainte-Geneviève de París, donde se casó, donde mi madre también tuvo su misa de difuntos. El edificio es un monumento histórico y literario, puesto que allí, entre otras cosas, Eugène de Rastignac asistió, solo, al funeral de Papá Goriot, despojado hasta del último céntimo por sus hijas en su lecho de muerte, «amando hasta el dolor que le causaban». Me puse en contacto con el párroco, un gallardo paladín de la fe de esos que el catolicismo todavía produce de vez en cuando. Deploraba el descreimiento de los franceses, su falta de convicciones.

—¡Hay algo que no funciona en este país!

Me facturó por el servicio quinientos euros en metálico, sin recibo, más una pequeña propina para el oficiante, es decir, él mismo.

—Yo creía, padre, que la Iglesia había hecho voto de pobreza...

Frunció el ceño sin responder. Hubo otro tema de discusión: la naturaleza de mi petición: ¿quería misa completa o simple funeral? El cura ya estaba harto de esos funerales en los que nadie comulga, nadie se persigna, nadie se arrodilla. La iglesia no es un supermercado. Él quería fervor o nada. Yo le dije sin rodeos:

—Señor párroco, solo habrá dos tipos de público: judíos y comunistas. Tal vez tres o cuatro católicos practicantes dispuestos a recibir la comunión. Si no le gusta, lo dejamos correr.

Pobre papá: él que soñaba con el dominio de la raza aria, el reino de la Bestia de presa, en el hospital lo cuidaron africanas y magrebís, su nieta Anna era judía, su última nuera era de origen ruandés. Y encima tuvo que aguantar la misa celebrada por un cura que pronunció mal su apellido varias veces ante una asistencia escasa (mi madre había llenado la sala, trece años antes) y resolvió el trámite en cuarenta minutos. En cuanto al registro de pésames, solo hubo una firma: la de una turista coreana que se equivocó y creyó que se

trataba del libro de visitas de la iglesia. Cuando salíamos, un grupo de jóvenes ensayaba ante la iglesia una coreografía con música de Elton John, un cantante que a mi padre le daba asco por sus feas costumbres. Después del funeral, iba una boda, seguramente más jugosa. A veces Dios tiene sentido del humor.

EPÍLOGO

AL DESCUBIERTO

En febrero de 2012, recibí una llamada perentoria del servicio de urgencias del hospital Ambroise-Paré, en Boulogne. Mi padre acababa de ser ingresado en un estado de extrema confusión. Su vida no estaba en peligro, pero estaba tardando en recuperar la razón. Llegué al cabo de una hora, lo encontré en una especie de box separado por tabiques móviles, atado a la cama. Tenía hematomas por todas partes, el rostro tumefacto, los labios partidos, una mejilla le sangraba. Se había caído sin romperse nada, por suerte, y después había permanecido mucho rato en el suelo, con el riesgo de sufrir una embolia. Deliraba, pronunciaba frases incoherentes, gruñía. Le habían puesto una especie de vestidito azul que le llegaba hasta las rodillas. Me quedé sorprendido por la blancura de sus piernas, sin un pelo. Era lampiño como un bebé. En un momento dado, se agitó, se apartó la bata y lo vi desnudo.

Abrí los ojos de par en par: estaba circuncidado. Sin la menor duda. Estaba clarísimo. Me incliné para asegurarme de que no estaba siendo víctima de una alucinación. Mi padre estaba tumbado, totalmente al descubierto. La desnudez de los padres tiene algo de chocante, los devuelve a la condición común, subraya las imperfecciones de la carne. Son personas como las demás. El tabú no oculta lo diferente, sino lo semejante. Recordé que en Lyon, a los nueve años, tuve que sufrir una operación de fimosis, un problema del frenillo muy frecuente entre los muchachos. Mis padres suplicaron al cirujano que no me circuncidara, no fuera que estallara una nueva guerra. El facultativo no prometió nada ni nada cumplió.

En cuanto mi padre recuperó el conocimiento, lo acosé a preguntas. ¿Cómo había podido atravesar los países en guerra, instalarse en Berlín y en Viena, en el ojo del huracán, con semejante estigma, con el peligro de ser denunciado? ¿O es que fue operado después de 1945, en un momento en que ese tipo de intervención era muy infrecuente? Él lo negó todo, se escandalizó ante mis preguntas. Me pidió que me ocupara de mis asuntos. Yo puse a la

familia en pie de guerra, pregunté a las personas cercanas, nadie estaba al corriente. ¿Por qué no me habían dado jamás una explicación?

No lo sabré jamás.

Solo tengo una certidumbre: mi padre me permitió pensar mejor pensando contra él. Yo soy su derrota: ese es el regalo más hermoso que me hizo.

Mientras el horizonte se hace más estrecho, yo conservo una línea de conducta: no cambiar nada de mi vida, confirmar todas mis opciones. Me iré sin haber aprendido nada, solo el precio sin precio de la existencia.

El mundo es una llamada y una promesa: en todas partes hay seres sobresalientes, obras maestras que descubrir. Hay demasiadas cosas que desear, demasiadas cosas que aprender y muchas páginas por escribir. Mientras sigamos creyendo, mientras sigamos queriendo, estamos vivos.

Yo espero ser inmortal hasta el último aliento.

Créditos

Título original: *Un bon fils*

Primera edición digital: septiembre de 2016

© Editions Grasset & Fasquelle, 2014

Copyright de la traducción © Lluís Maria Todó, 2015

Copyright de la introducción © Juan Manuel Bonet, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores

Coordinación editorial: Enrique Redel

Corrección: Susana Rodríguez Álvarez

ISBN:

Depósito Legal:

IBIC: FA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Notas

- [1.](#) Insultos racistas y clasistas en francés. (*N. del T.*)
- [2.](#) Traducción de Damià Alou.